

se DAVID MARTÍ

LAS BRUJAS DE ARNES

MÁS DE 15.000 LIBROS VENDIDOS EN CATALÁN

*Dos mujeres, un secreto, un
único destino. Una historia
de amor y esperanza en la
España del siglo XVI.*

Lectulandia

Año 1533. En el pequeño pueblo de Arnes, en medio de la belleza imponente de los bosques y las montañas de Tortosa y Beceite, con el río Ebro de fondo, María, una joven fuerte y valiente, da a luz a su hija Luna. Inmensamente feliz, la abuela de la recién nacida, Magdalena, experta comadrona y firme defensora de los poderes benéficos de la naturaleza, ha querido dar la bienvenida a su nieta con una antigua oración llena de sabiduría. Pero ha tenido un fatídico descuido: el viejo cura ha escuchado las palabras y está dispuesto a llegar donde sea para acabar con esa herejía. Al crecer, Luna será iniciada en el poder de los elementos por María y un misterioso texto, el Libro de las Esencias, un compendio de todos los conocimientos mágicos y naturales que a lo largo de los siglos ha pasado de generación en generación. Sin embargo, madre e hija, y toda su antigua sabiduría, corren peligro. El fanatismo y la incompreensión se han extendido por la región y las acusaciones de brujería se acercan al pueblo. Como dignas herederas de su linaje, a Luna y a María les corresponde proteger el libro secreto y continuar con la cadena, aunque eso signifique acabar en la hoguera durante su fuga a Barcelona.

Lectulandia

David Martí Martínez

Las brujas de Arnes

ePub r1.0

Titivillus 19.05.16

Título original: *Les bruixes d'Arnes*
David Martí Martínez, 2010

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Esta novela está dedicada a todos aquellos
que se atreven a creer en la magia de la vida.*

I

La noche oscura

El despertar

Nacía un nuevo día de primavera del año 1533 de Nuestro Señor y los primeros rayos de sol se elevaban por encima de las Roques de Benet y la Serra de Terranyes, acariciando tímidamente la cara este del pueblo de Arnes.

El día despertaba lentamente y las ventanas de la habitación de María tenían, como siempre, los portalones abiertos de par en par para poder disfrutar, desde la cama, de la reconfortante compañía de unas montañas que nunca se cansaba de mirar. Sin duda, lo que más le gustaba de todo era la salida del sol. Un instante mágico en el que el astro rey, demostrando una vez más su generosidad, regaba de vida los rincones más escondidos de aquella tierra.

A pesar de estar rodeada de tanta belleza —la naturaleza se había convertido con el paso de los años en su mejor confidente—, sus sueños, una noche más, habían estado plagados de nieblas y sombras.

—¡Qué broma más pesada! —dijo en voz alta mientras se estiraba como un gato para desperezarse.

Había despertado con la desagradable sensación de tener un nudo en la boca del estómago que incluso le había provocado náuseas. De momento, la sensación de mareo no iba más allá pero, por si acaso, buscó con la mirada la situación exacta del orinal.

Desde hacía unos meses, le costaba descansar por la noche. Primero pensó que ese malestar era debido a su estado. Esperaba su primer hijo y durante las últimas semanas se había convencido de que el mal cuerpo que tenía, así como las dificultades para dormir, eran a causa de su avanzado embarazo.

Pero la cruda realidad era que la noche oscura, el nombre que se había inventado para describir las largas noches llenas de paisajes desconocidos, personajes enigmáticos, mensajes indescifrables, sudores y sufrimiento, no tenían ninguna relación con el hijo que sentía cada vez más revoltoso en su interior.

La noche anterior había sido especialmente oscura, y mientras observaba por la ventana, tapada hasta la nariz con la sábana y la manta de lana que habían estrenado el último invierno, intentaba hacer memoria. Le costaba recordar exactamente todos los detalles, pero lo que no podía olvidar era la imagen, grabada a fuego en su cerebro, de la cara cruel y siniestra de un hombre de ojos claros y penetrantes que le susurraba al oído:

«¡Morirás en la hoguera, bruja!».

Por unos instantes le pareció escuchar, como impulsada por el viento de poniente que se acababa de levantar con violencia y que hacía bailar los portalones, la voz seca y autoritaria del hombre que había visto en sueños. Incluso le pareció percibir el desagradable olor que desprendía. Un hedor que le recordó, sin ninguna duda, a la mismísima muerte.

De repente, volvieron a aparecer las náuseas y, esta vez sí, acabó vomitando un poco de líquido, restos de la leche con miel que Martín le había llevado a la cama hacía ya unas horas. A pesar de tener la piel de gallina por el miedo, decidió pensar en otras cosas. Con cierta dificultad, y todavía con el regusto de la bilis, se levantó de la cama con una mano en el vientre, mientras con la otra se cogía de una barra del cabecero de madera para no perder el equilibrio.

Era evidente que su hijo no tardaría demasiado en nacer y el simple hecho de imaginarlo entre sus brazos la reconfortó al instante y alejó, como si fuera un hechizo, todos los fantasmas nocturnos.

Después de lavarse la cara con agua bien fría, se recogió en una cola los cabellos rizados, rebeldes y negros como sus noches oscuras, y se cambió la ropa de dormir por una falda y una blusa bien holgadas. Prácticamente arrastrándose, se dirigió hacia la cocina, donde hacía rato que escuchaba cómo su madre trajinaba cacharros arriba y abajo.

Al asomar la cabeza por la puerta, miró, divertida, la cara de su madre, Magdalena, pintada de blanco con la harina que iba esparciendo sobre la mesa para hacer el pan. Más tarde, como era costumbre, lo llevarían al horno, que estaba muy cerca de casa, para cocerlo.

—¡Buenos días María! ¿Suced algo? —preguntó Magdalena, sorprendida al ver la sonrisa maliciosa de su hija.

—¡Buenos días, madre! ¿Sabes que hoy te has levantado muy hermosa, con un color de mejillas que enamora? ¡Pareces una reina! —respondió ella mientras le daba un beso.

Seguidamente, María cogió un trapo colgado cerca del fuego y limpió con mucho cuidado la cara de su madre. Una vez satisfecha, al ver que no le había dejado ni el menor rastro de harina, lo volvió a colgar cerca del fuego y abrazó a su madre durante un buen rato sin decir nada. En medio del silencio, María buscaba el calor materno, y quizás también, aunque inconscientemente, algunas respuestas sobre las pesadillas que la perseguían cada noche.

Magdalena no necesitó ninguna explicación. Enseguida notó que las lágrimas de su hija le humedecían el pecho y tuvo muy claro lo que había sucedido.

—Has vuelto a soñar, ¿verdad? —le preguntó directamente.

Con los ojos todavía húmedos, María asintió con la cabeza. Estaba muy cansada, casi sin ánimos para hablar, y a pesar de ello, con un esfuerzo considerable, quiso dar

algunas explicaciones sobre aquellos sueños que la obsesionaban de tal modo que incluso la hacían dudar de su buen juicio.

—Madre, tengo miedo. Hoy ha sido distinto, más real que nunca. He visto la cara de un hombre que... Sus ojos, madre. Sus ojos me atravesaban el alma como cuchillos y, mientras me señalaba con el dedo, ha dicho algo de una bruja... Y su olor...

Magdalena, con toda la delicadeza y el aplomo que fue capaz de demostrar, no dejó que hablara más. Sin dar ninguna explicación, y sin querer demostrar en ningún momento que tenía el corazón en un puño, le selló la boca con la mano para que no hablara y le dio un beso.

—Corre, muchacha, acompáñame al corral a buscar leña —dijo repentinamente, dando la conversación por terminada—. Hoy necesitamos tener el fuego bien vivo. Para almorzar herviremos judías verdes y patatas, y después, si te apetece, lo freiremos con aceite de oliva, ajos y tocino curado.

—Sí, madre, me parece muy bien. A Martín también le gusta. Le podemos guardar un plato para cenar —respondió María, un poco desconcertada.

Durante el resto de la mañana, ninguna de las dos mujeres volvió a hablar del tema. Cada una se dedicó a hacer sus tareas y al mediodía se sentaron en la cocina en silencio, mientras primero pelaban las patatas y después cortaban las judías para hervirlas.

Cuando terminaron, fueron conscientes de que, por primera vez en su vida, los silencios se habían vuelto incómodos entre ellas. Sobre todo para Magdalena, que no dejaba de pensar en la mejor manera de contarle a su hija el secreto que le había ocultado desde hacía tantos años.

Finalmente, después de respirar hondo unas cuantas veces, se decidió a hablar.

—María, me parece que ha llegado el momento de explicarte una vieja historia sobre las mujeres de nuestra familia.

—¿Qué quieres decir exactamente? No tengo ánimos para escuchar acertijos a estas horas.

—Por favor, déjame hablar. Solo te pido que me escuches con atención. Es importante que sepas algunas cosas que sospecho que te harán sentir mejor. Mira, hija, me gustaría hablarte de tus noches oscuras.

María no pudo articular palabra alguna. La única cosa para la que encontró fuerzas fue para abrir sus ojos como platos, justo antes de que su madre empezara a hablar. Era evidente que Magdalena había sabido captar toda su atención.

—Desde hace muchos años espero el momento exacto en que se manifieste tu don, con la intención de acompañarte en tu descubrimiento y compartir todo aquello que he aprendido a lo largo de la vida. Reconozco que tuve muchas dudas justo antes de tu matrimonio con Martín, cuando te gustaba jugar a curarme el dolor de espalda con las manos. Pero hace unos meses, cuando me empezaste a hablar de tus extraños sueños, de repente lo tuve mucho más claro. Y hoy me lo has confirmado. María, lo

que te está pasando ya ha sucedido antes. De hecho, por mucho que ahora mismo te cueste entender, deberás aprender a vivir con estas visiones porque, por muy extraño que te pueda parecer, estás bendecida con un don muy especial por el que mucha gente sería capaz de matar.

—Madre, ¿de qué me estás hablando? —respondió María con un hilo de voz.

—Lo que quiero que sepas es que las pesadillas que tienes casi todas las noches no son solo sueños desagradables. En realidad, tienes el poder de ver las cosas que sucederán en el futuro. Tal como le sucedía a mi abuela tienes un don extraordinario, hija, y a pesar de que soy plenamente consciente del desconcierto que provoca cuando se despierta, con el tiempo aprenderás a convivir con él. En nuestra familia, a este don lo hemos llamado «la Tradición» y cada mujer de nuestro linaje lo ha manifestado de una forma distinta. Y de esto hace ya muchas generaciones.

María enmudeció. Lo único que era capaz de sentir eran las gotas heladas de sudor que le resbalaban por la espalda y que, en cuestión de pocos segundos, le empaparon la ropa. Con un movimiento instintivo, mientras se esforzaba por entender lo que le acababa de explicar su madre, se secó el sudor que le entraba en los ojos, como si de esta manera, al hacer desaparecer el escozor, pudiera ver más claro lo que estaba sucediendo.

A pesar de estar físicamente en la cocina, sentía su cuerpo flotando a varios pies del suelo, como si estuviera viajando sobre una nube de tormenta que descargaba rayos y truenos a su alrededor. No podía dejar de pensar y la verdad era que, en el fondo de su corazón, todo lo que le estaba explicando su madre le resultaba familiar. Era como si, de repente, hubiera empezado a recordar algo que había olvidado durante largo tiempo. A menudo había tenido la sensación de que alguno de sus sueños, quizás los más infantiles, se hacían realidad. Pero hasta ese momento lo había atribuido a la casualidad.

—María, ¿qué piensas de todo esto? Háblame, por favor.

Pero antes de que la muchacha pudiera empezar a formular el montón de preguntas que le rondaban por la cabeza, recordó algo que le cortó la respiración. Necesitaba asegurarse de haberlo entendido bien.

—Si es verdad lo que dices y los sueños que tengo son una premonición de lo que sucederá en el futuro, entonces... —empezó a decir María.

No tuvo tiempo de nada más. De repente sintió que algo se rompía en su interior y, mientras se le escapaba un quejido de dolor y una densa oscuridad la envolvía, se desplomó en medio de la cocina.

Magdalena no pudo hacer nada para evitar la caída. Inmediatamente se arrodilló al lado de su hija y vio, aliviada, que solo se había dado un golpe en la cabeza. Tuvo que acercarse mucho para entender lo que estaba susurrando.

—Madre, ¿es cierto todo lo que me has explicado?

—Sí, es verdad, pero ya hablaremos otro día. Ahora me parece que tu hijo tiene prisa por venir al mundo y debemos recibirle como se merece.

—Sí, madre. Pero si lo que dices es verdad, entonces el hombre de mi sueño...

La última cosa que vio María antes de perder el conocimiento fueron los preciosos ojos color miel de su madre, que la miraban con una pena infinita.

Después, todo fue silencio y oscuridad.

La Tradición

María despertó bien entrada la tarde, al sentir el trapo empapado con agua fría que le ponían en la frente. Abrió los ojos muy lentamente y, después de reconocer el paisaje que se veía a través de la ventana, se sorprendió por todo el alboroto que había en la habitación.

Teresa y Dolores, vecinas y amigas de la familia, corrían arriba y abajo, haciendo viajes a la cocina sin parar, con una agilidad sorprendente para su edad, cargadas con trapos limpios y ollas llenas de agua caliente. Desde el comedor, e incluso desde la calle, María podía oír muchas voces conocidas que se interesaban por su estado.

Al saberse la noticia de que María estaba a punto de dar a luz, en el pueblo se vivió una auténtica revolución y todo el mundo se acercó a la casa de la calle Mayor para ver si podían ayudar en algo. Al final, la mayoría entendieron que molestaban más que otra cosa y regresaron a casa, después de prometer que volverían para felicitar a los padres tan pronto como hubiera nacido la criatura.

El párroco, más estirado de lo necesario, estaba en la cocina en compañía de los familiares más cercanos, royendo —con el par de muelas que le quedaban— un buen pedazo de longaniza acompañado de pan, mientras aprovechaba, entre mordisco y trago de vino, para soltar un sermón a todos los presentes que, francamente, no le prestaban la más mínima atención.

María se sentía tranquila y preparada para afrontar lo que estaba a punto de suceder, pero a pesar de disfrutar de dicha sensación de paz, enseguida echó de menos la presencia de su esposo.

—Madre, ¿dónde está Martín?

—Después le pediré a José que lo vaya a buscar al taller. No te preocupes, pequeña, seguro que se ha distraído con el trabajo. Debe de estar a punto de llegar —le contestó con un tono poco convincente, enfadada por la poca vista de su yerno en un momento tan especial—. Has dormido toda la tarde. Estabas agotada. Ahora es necesario que te relajes cuanto puedas y que respires profundamente antes de empezar. Ya has roto aguas y tienes muchas contracciones, así que te ayudaré a incorporarte en la cama. ¡Tu hijo está a punto de nacer!

Magdalena, entre todas sus habilidades, destacaba por ser una experta partera que había ayudado a parir a muchas mujeres del pueblo y se sentía especialmente ilusionada por el hecho de que, esta vez sí, quien estaba a punto de nacer era su primer nieto.

—Oh, Lucina, diosa que presides los partos, yo te ruego que nazca sin mal ni dolor y que pueda vivir largamente —recitó con solemnidad mientras encendía unas

velas bendecidas y colocaba bajo la almohada una bolsa de parto donde había escrito, en una lengua secreta, unas palabras muy poderosas para proteger a la madre y al bebé.

Inmediatamente después, mientras Teresa y Dolores sujetaban a María por los hombros, Magdalena untó la barriga de su hija con un ungüento para hacer menos dolorosa la salida del niño y le pidió que separara las piernas y empezara a empujar con todas sus fuerzas. Todo estaba a punto.

—¡Respira y empuja fuerte, María! Tu hijo ya empieza a sacar la cabeza. Venga, un poco más. Lo estás haciendo muy bien, pequeña.

Apenas un rato más tarde, justo en el momento en que una preciosa luna llena iluminaba todos los rincones de la habitación, los sollozos de una niña, alzada por su abuela para comprobar que se encontraba entera y sana, hizo enmudecer todas las voces. Y después, al cabo de unos segundos, el silencio se llenó con las ruidosas felicitaciones y muestras de alegría que provenían de la cocina y la calle.

—¡María, es una niña! —dijo Magdalena medio llorosa—. ¡Y está llena de vida! —añadió emocionada mientras lavaba a la pequeña y aprovechaba para colgarle del cuello un talismán con un pequeño trozo de coral rojo.

—Eres preciosa, hija mía. ¡Mirad qué angelito! —dijo María mientras acariciaba a su hija. Y, al ver cómo la luz que entraba por la ventana se hacía todavía más intensa, no lo dudó ni un segundo—. Pequeña, ¡te llamaremos Luna!

Magdalena, que estaba sentada a los pies de la cama, miró fijamente hacia la luna llena y, con una sonrisa de oreja a oreja, continuó con sus plegarias.

—Antepasadas de nuestra familia, os pido que ayudéis a esta niña a ser una digna sucesora de nuestro linaje —susurraba mientras imponía sus manos en la cabeza de la pequeña—. En nombre del poder de los cinco elementos: del Fuego, del Agua, de la Tierra, del Aire y de la Madera —continuó diciendo mientras elevaba ligeramente el tono de voz—. En nombre del Padre Sol y la Madre Luna, en nombre de los Elementos Sagrados de la Naturaleza, diosas de la antigüedad, os ruego humildemente que esta niña se convierta en nuestra luz...

—¡Madre! —gritó de repente María mientras miraba hacia la puerta y tragaba saliva—. ¡Madre, tenemos compañía!

La única cosa que pudo ver Magdalena cuando abrió los ojos y miró hacia la puerta fue una sotana negra que salía en estampida de la habitación, como alma que persigue el Diablo, visiblemente confundido, pero con la satisfacción propia de quien descubre un gran secreto. El párroco, lleno de odio y de rabia, repetía incesantemente entre dientes:

—¡Brujas! ¡Son brujas!

Hierro al rojo

Martín había madrugado mucho. Cuando salió de casa, tuvo que colocarse correctamente el gorro de lana para taparse las orejas, ya que, a pesar de que el día se intuía bastante templado y apenas acababa de salir el sol, se había levantado una repentina y gélida ráfaga de viento. Al mirar hacia el cielo, tuvo la impresión de que la primavera tardaría en arrancar aquel año.

Después de colgarse al hombro la bolsa de cuero donde llevaba un buen pedazo de pan con queso y la bota de vino —para engañar el hambre durante el día—, giró hacia la derecha y recorrió la docena de metros que le separaba de la plaza donde estaba la antigua prisión y la entrada del castillo, desde cuya torre se contemplaban unas vistas que abarcaba toda la comarca.

Siempre que pasaba por delante del castillo, lloviera o nevara, no podía evitar detenerse unos minutos. Sin quererlo, su mente se aceleraba para imaginar cómo habría sido la vida en aquellas tierras en tiempo de los sarracenos.

El pueblo de Arnes había sido edificado en la cima de una colina cercana al río Algars, en un terreno salvaje, abrupto y escarpado que poco a poco, a fuerza de sudor, lágrimas y tenacidad se fue pacificando durante la Reconquista, hacía más de cuatro siglos. Los antepasados templarios de Martín habían rehabilitado el castillo con el objetivo de utilizar la fortificación como punta de lanza desde donde perseguir los últimos grupos de musulmanes que se habían hecho fuertes en la zona. Pero ahora, ya en época de paz, los hospitalarios, a quienes pertenecía el municipio, habían cedido las tierras del castillo al cabildo, quien, a su vez, lo había vendido a los vecinos del pueblo para que construyeran sus casas.

—¡Buenos días, Martín! —saludó José al cruzarse con su amigo—. Escucha, Martín, ¿me oyes? ¿Se puede saber dónde tienes la cabeza?

—Nada, cosas mías. Estaba pensando... ¡Buenos días, José! ¿Sabes que María está a punto de parir? —dijo Martín visiblemente emocionado, tan pronto como volvió a poner los pies en la tierra.

—Sí, muchacho, ya me lo ha dicho Ramona. ¡Muchas felicidades! Ya os visitaremos después de cenar y tomaremos un vaso de vino y pastas para celebrarlo.

—José, ¡eres un goloso! —dijo Martín mientras daba una afectuosa palmada en la espalda de su amigo y retomaba el camino hacia el Portal del Sastre para salir del pueblo y dirigirse hacia su taller—. Hasta la noche. Ahora me voy corriendo que se hace tarde y hoy tengo muchísimo trabajo.

A pesar de la incipiente bonanza económica que se vivía en la comarca, la necesidad había obligado a Martín a hacer de todo un poco. Con la pequeña forja que

tenía en el taller, y gracias a la habilidad de sus manos, había conseguido que su trabajo como herrero fuera reconocido en todos los pueblos de los alrededores. Desde Horta de Sant Joan hasta Beceite. No solo trabajaba bien, sino que lo hacía rápido y con gran calidad, por este motivo sus vecinos lo respetaban y le hacían todo tipo de encargos con los que conseguía el dinero necesario para ir tirando: herraduras para los animales, herramientas para el campo y la casa, e incluso —y sobre todo en fechas señaladas—, pequeñas joyas que él, con una gracia sorprendente, sabía hacer dignas de los reyes más exigentes.

El taller estaba muy cerca del antiguo molino de aceite, en una pequeña casa de piedra situada en la cima de una colina desde donde le gustaba ver las puestas de sol, con el pueblo de Cretas en la lejanía.

Mientras abría la puerta del taller con la llave que solía llevar siempre encima, no podía dejar de pensar en el inminente nacimiento de su primer hijo y eso le hacía sentir especialmente feliz.

La familia crecía y por este motivo llevaba días dándole vueltas a la propuesta que José le había hecho unas pocas semanas atrás.

Hacía muchos años que, en las afueras del pueblo, habían construido un pozo donde almacenaban la nieve en invierno. La construcción, imponente por la altura y el grosor de las paredes, se usaba de hielera artificial donde iban colocando, alternativamente, capas de paja y de nieve para que el hielo se pudiera conservar lo máximo posible, para después, una vez endurecido, cortarlo en bloques de diferentes tamaños según las necesidades de la parroquia.

La idea era buena y, a pesar de que no eran los primeros en pensarla, sus buenos contactos, la posibilidad de ganar más dinero y el hecho de que nunca le diera pereza, convertían la oportunidad de asociarse con su viejo amigo en un negocio de lo más atractivo.

Sabía que el trabajo era muy duro y, a parte de los inconvenientes que había —como su poca tolerancia al frío, que enseguida le hacía enrojecer las mejillas y la nariz—, las perspectivas eran muy halagüeñas puesto que, cada vez más, la gente usaba ese sistema para conservar los alimentos y como remedio para ayudar a curar la fiebre de los enfermos.

«¡Sí, me gusta la idea!», pensó mientras preparaba el fuego de la forja. «Después lo comentaré en casa para conocer su opinión», se repitió para reafirmar una decisión que, en el fondo, ya tenía tomada.

Cuando el fuego estuvo bien vivo, empezó a darle salida a los trabajos que aún tenía pendientes y así, entre golpes de martillo, hierro al rojo vivo, mordisco de queso y tragos de vino, pasó la jornada en un suspiro. Y cuando quiso darse cuenta, ya había oscurecido por completo.

«¡María!», recordó de repente.

Y, justo en el momento en que se colgaba la bolsa de cuero al hombro para regresar corriendo al lado de su mujer, dio un brinco al escuchar la violencia con la

que llamaban a la puerta.

—¡Martín, abre! ¡Maldito muchacho, abre la puerta! —resoplaba el párroco del pueblo con un tono que le sorprendió por completo.

—Señor párroco, ¿qué sucede? —respondió Martín mientras abría, visiblemente nervioso—. ¿Venís a darme alguna noticia? ¿María? ¿El niño? ¡Hablad, por el amor de Dios!

La escena que descubrió al abrir la puerta le acabó de desconcertar.

El párroco no estaba solo y lo primero en lo que se fijó Martín fue en el resplandor de la espada que el soldado llevaba colgada del cinto y que brillaba a la luz del fuego que ya empezaba a consumirse.

—¡Señor párroco, explicaos! ¿Qué significa todo esto?

—¡Guarda silencio y escucha! Vengo a hablarte de Magdalena y de María. Necesito cierta información sobre algo que he escuchado hace un rato, mientras tu mujer paría. Y haré todo lo que sea necesario para conseguirla. No sé si me explico con suficiente claridad —respondió mientras cerraba la puerta a sus espaldas y hacía una señal al soldado para que, con la mano puesta en la empuñadura de la espada, evitara cualquier intento de fuga.

Nadie supo jamás de qué hablaron. Nadie sabrá jamás lo que sucedió entre aquellas cuatro paredes. La única cosa segura es que cuando José, con el cuerpo caliente por el vino que había tomado en la taberna, se acercaba al taller para dar la noticia del nacimiento de su hija a Martín, la casa de piedra estaba cercada en llamas y tres cuerpos se asaban, muertos, en su interior.

Remordimientos

El impacto de la noticia fue difícil de digerir. Las risas y las muestras de alegría que poco antes se habían vivido por todo el pueblo, dejaron paso a un silencio difícil de soportar, solo quebrado, de vez en cuando, por las conversaciones en voz baja que grupos de hombres y mujeres mantenían en los portales de sus casas.

A medida que pasaban las horas, las calles fueron quedándose desiertas. Y como intuyendo que alguna cosa realmente grave sucedía, ni siquiera a los gatos les apetecía salir a cazar ratones. Aquella noche, a pesar de que solo se veía luz en la casa de la calle Mayor, nadie pudo dormir, intentando encontrar una explicación a la tragedia que había sacudido la plácida vida del pueblo.

Cuando José, acompañado de las autoridades, se acercó a la casa para hablar con Magdalena, prácticamente era incapaz de sostenerse en pie. Se sentía culpable por no haber llegado antes al taller de su amigo. Quién sabe, quizás habría evitado lo que, pensaba, había sido un terrible accidente.

Sin duda, el fuego de la forja —en un descuido fatal— prendió alguna madera y el incendio se debió propagar sin control, en apenas un instante. La espesa humareda y la voracidad de las llamas habrían impedido cualquier intento de huida.

—¡Maldita sea, no debería haber ido a la taberna! —repetía una y otra vez con el alma llena de remordimientos.

—¡Magdalena, no sabes cómo lo siento! —dijo el señor corregidor, para dar el pésame a la suegra del difunto.

Pero ella, con la cabeza en otro lugar y obsesionada con la imprudencia que había cometido horas antes al decir las plegarias en voz alta, tardó un buen rato en responder.

—Gracias por vuestra visita, señor corregidor —dijo entre lágrimas—. No sabéis como agradecemos vuestro interés en unos momentos tan difíciles. ¡Ha sido un accidente terrible! Nuestro Señor se ha llevado precisamente hoy a un buen hombre... ¡Jamás podrá conocer a su hija!

—Lo lamento mucho. Realmente ha sido un día muy extraño. La vida y la muerte nos han venido a visitar con muy pocas horas de diferencia. Soy consciente de la dificultad del momento, Magdalena, pero además de darte el pésame quería hacerte una pregunta relacionada con el párroco —dijo clavándole la mirada.

—¿Cómo os puedo servir? —le pidió ella humildemente.

—Mira, Magdalena, iré directo al grano. Esta noche, después de estar en vuestra casa, el párroco me ha venido a ver. No me ha querido explicar lo que le preocupaba. Solo ha dicho vaguedades y excusas sin sentido, pero estaba nervioso y me ha pedido

permiso para que uno de los soldados le acompañara a hacer una gestión muy importante —dijo el corregidor mientras se rascaba la barbilla—. La verdad es que su petición me ha sorprendido mucho, y ahora tenemos tres hombres muertos. Uno de ellos es tu yerno y los otros dos, el párroco y el soldado.

—Sí, todo lo que decís es muy extraño... —respondió expectante—. ¿Pero cómo os puedo ayudar? La realidad es que estoy tan intrigada como vos —mintió Magdalena a medida que se iba haciendo una idea más clara de lo que había sucedido.

—Ha sido un accidente, señor corregidor —intervino providencialmente José, quien hasta aquel momento había sido un testigo mudo de la conversación—. Lo más probable es que el párroco haya aprovechado la gestión que debía hacer para acercarse al taller de Martín y ser el primero en darle la noticia del nacimiento de la pequeña —dijo convencido—. Ya sabéis que siempre tuvo cierto afán de protagonismo —argumentó para hacer más sólido su razonamiento.

—Sí, tenéis razón. Es tarde y el día ha estado demasiado lleno de emociones —dijo el corregidor mientras relajaba las facciones de la cara—. Después del entierro, y durante una semana, celebraremos una misa diaria para dar consuelo a sus almas. Y ahora, vayamos a descansar. Todos lo necesitamos.

Cuando el corregidor se fue, Magdalena respiró aliviada. Estaba convencida de que no se llevaría a cabo ningún tipo de investigación sobre la tragedia que había puesto en grave peligro su secreto.

Pero la realidad era muy diferente y mientras el corregidor se dirigía a casa, preocupado por las explicaciones que debería dar al obispado de Tortosa por las extrañas circunstancias que habían envuelto la muerte de su delegado en el pueblo, fue abordado por una figura oscura que apareció súbitamente entre las sombras de uno de los callejones.

—¡Hombre de Dios, qué susto me habéis dado! ¿Acaso queréis verme morir de un ataque al corazón?

—¡Disculpadme señor corregidor! Hace horas que os espero y he perdido los nervios —respondió el hombre vestido de negro, visiblemente fuera de sí.

—¿Pero no sois el joven Carbón, el ayudante del párroco? ¿Por qué me esperabais escondido en este portal?

—Señor corregidor, dispongo de una información muy importante relacionada con los hechos que han acaecido esta noche en el taller de Martín. No ha sido ningún accidente. ¡Ha sido un asesinato y debéis hacer justicia!

—¿Se puede saber de qué estáis hablando? —preguntó el corregidor, molesto por la rotundidad de las acusaciones.

—Esta noche, antes de visitaros, el párroco ha venido muy exaltado a la sacristía.

—¿Y os ha explicado qué le pasaba? Cuando ha venido a casa me ha pedido permiso para que uno de los soldados le acompañara a hacer una importante gestión... Pero no entiendo qué tiene que ver todo esto con la afirmación que habéis

osado hacer hace un instante. ¡Hablad claro, por favor!

—¿No os ha dicho nada más? —insistió el joven Carbón.

—No, nada más... ¡Así que os pido que habléis!

—Señor corregidor, ¡el párroco ha descubierto a unos herejes en el pueblo, y a estas horas, uno ya está muerto!

—¿Os referís a Martín? ¿Al soldado? ¡No os entiendo!

—Me refiero a Martín y a las dos mujeres... ¡Son brujas! ¡Y si vos sois incapaz de impartir justicia, será Dios quien las castigará al tormento eterno por su herejía!

—¡Lo que decís no tiene ningún sentido! Al escucharos solo oigo las palabras de un joven ofuscado por el dolor. Os recomiendo que vayáis a descansar y que dejéis de ver fantasmas donde solo hay hechos trágicos, fruto de un lamentable accidente. ¡Id a dormir y olvidaos de estos malos pensamientos!

—Os lo repito, señor corregidor, si vos no sois capaz de hacer justicia, será Dios quien hará pagar a las dos mujeres por sus pecados.

—Ya os he dejado bien claro lo que pienso. Así que insisto en que os retiréis a descansar. Mañana ya veréis como tenéis la cabeza más despejada —insistió el corregidor mientras seguía su camino.

Al cabo de unos minutos, en la soledad de su celda, el joven Carbón escribía una carta a la luz de las velas explicando detalladamente lo que había sucedido. Era necesario poner urgentemente el descubrimiento en conocimiento de sus superiores. Y no quería dejarse llevar por la impaciencia, tal como había hecho su protector. «¡Maldito borracho!», se dijo pensando en el viejo párroco. «Si no hubierais sido tan impetuoso, ahora mismo ya oleríamos a leña quemada y carne asada. Y no precisamente a la vuestra ni la del soldado que os ha acompañado. Solo uno de los herejes está muerto, pero yo acabaré el trabajo que vos habéis empezado. Y esta vez sin contratiempos», concluyó en el momento en que la pluma y la tinta empezaban a escribir el siniestro mensaje.

Monseñor, me dirijo a vos para informaros de unos terribles hechos que han acaecido en el pueblo de Arnes, donde considerasteis oportuno enviarme para completar mi formación. El Maligno ha hecho acto de presencia en este lugar y, en una acción de evidente desprecio a las leyes divinas, unas mujeres han invocado al Innombrable y, con su ayuda, han asesinado al viejo párroco y al soldado que le acompañaba en el momento en que empezaban una investigación sobre la presencia de brujas en el pueblo.

Os ruego que toméis cartas en este turbio asunto que afecta directamente a dos mujeres llamadas Magdalena y María, madre e hija, que el viejo párroco ha descubierto en pleno ritual diabólico, mientras invocaban al Mal justo en el momento en que nacía su descendiente.

He intentado hablar con las autoridades civiles, pero su actitud beligerante me hace temer que hayan estado poseídas por las brujas, que parecen doblegar su voluntad a conveniencia.

Con el corazón encogido por los acontecimientos, quedo a la espera de vuestras urgentes instrucciones.

De repente, una voz conocida le hizo volver instantáneamente a la realidad. El joven vicario sintió cómo el corazón le salía por la boca por culpa de aquella inesperada interrupción.

—Carbón, me lo he pensado mejor. He venido a ofreceros un trato —dijo el corregidor sin pensárselo dos veces—. Y me parece que lo encontrareis interesante...

—¿Qué pretendéis? Hace un momento, con vuestro desprecio, me habéis demostrado vuestra incompetencia para resolver esta situación. Pero, por suerte, Dios me ha traído a este rincón del mundo para hacer cumplir su palabra. Sois un hombre demasiado simple para entender los designios divinos —respondió el vicario mientras doblaba la carta que estaba sobre la mesa.

—Y vos un joven muy ambicioso, por lo que veo. No perdéis el tiempo. Sospecho que el papel que escondéis es una denuncia formal contra Magdalena y María. ¿Me equivoco?

—No. No os equivocáis —le confirmó Carbón con un tono de satisfacción que asustó al corregidor—. Hay hermanos míos, verdaderos soldados de Dios, muy capaces de hacer confesar sus pecados a aquellas dos brujas, ¿lo sabíais?

—No tengo ninguna duda, pero insisto una vez más en que lo que ha sucedido en el taller de Martín solo ha sido un triste accidente. Así lo haré constar delante de todos. Esta será la versión oficial. Martín era un buen hombre, y Magdalena y María son personas muy queridas y respetadas en nuestro pueblo. Si las queréis acusar de algo tan grave como lo que habéis insinuado, deberéis aportar pruebas. Y me parece que, a parte del testimonio de un viejo párroco medio sordo y borracho, que ya está muerto, no tenéis nada más. Si insistís en continuar con esta farsa, declararé en vuestra contra sin dudar. Hay muchas personas que han visto hoy al viejo párroco comer y beber sin medida en casa de las dos mujeres. Así que vos mismo.

Después de pensar durante unos instantes, sintiéndose atado por los argumentos del corregidor, Carbón vio claro que su plan, de momento, no tenía ninguna posibilidad de éxito, y menos aún si no contaba con la complicidad de las autoridades. En un acto que demostraba de nuevo sus pocos escrúpulos, pensó que, al menos, disponía de una buena oportunidad para obtener algún beneficio personal.

—Mi silencio puede ser muy caro —se atrevió a decir.

—Lo sé —afirmó el corregidor mientras tiraba sobre la mesa una bolsa llena de monedas.

Con ansia desmesurada, el joven empezó a contarlas con la intención de comprobar si la oferta por hacerle callar era suficientemente importante o bien podía

regatear alguna que otra moneda más.

—Ya os advierto que se trata de una generosa cantidad —insistió el corregidor.

—¿Treinta monedas? ¿Pero por quién me habéis tomado? —preguntó Carbón visiblemente ofendido.

—Os tengo por un Judas capaz de destrozar la paz de todo un pueblo por culpa de vuestra ambición sin límites y vuestra obcecación —respondió tranquilamente el corregidor—. Y os informo que mañana mismo, después del entierro, deberéis iros de esta tierra para no volver nunca más.

—¡Sois un malnacido! —replicó el vicario con la cara roja de rabia.

—Y vos un pobre desgraciado lleno de delirios de grandeza. Tenéis aptitudes, lo reconozco, pero no será aquí donde hagáis carrera. Ahora preparaos. Mañana, cuando oficiéis la misa de difuntos, deberéis poner vuestra mejor cara a la viuda y a su madre. Y no es ningún ruego. Es una orden. ¿Os ha quedado claro?

—Sí —respondió Carbón desarmado por la seguridad del corregidor.

—Pues ya podéis ir recogiendo vuestras pertenencias. Mañana haré que os acompañen a Tortosa, ¿entendido?

—Sí —afirmó el joven aspirante a inquisidor.

—Una cosa más. Como se os ocurra hablar con alguien de lo que ha sucedido en esta habitación, os mataré con mis propias manos. A vos y a vuestros padres —acabó diciendo el corregidor mientras cogía la carta de encima de la mesa y la echaba al fuego.

Cuando salió a la calle, agradeció poder respirar un poco de aire fresco. Las piernas todavía le temblaban pero, a pesar de eso, se sentía satisfecho por haber resuelto una cuestión que le había obligado a amenazar de muerte a un sacerdote.

Solo unos pocos metros más allá, en medio del frío de la celda, Carbón se desnudaba y comenzaba a flagelar su cuerpo enérgicamente mientras pedía perdón a Dios por su extrema debilidad moral.

El entierro

A la mañana siguiente, el pueblo despertó en medio de un silencio sepulcral, como si el universo entero estuviera de luto por la tragedia vivida la noche anterior.

A primera hora ya se empezaron a formar pequeños grupos de gente vestida de negro y aspecto cansado que, a medida que avanzaba el día, se fueron convirtiendo en riadas populares que recorrían las calles en dirección a la plaza Mayor. Un lugar colapsado por la gran cantidad de almas que querían entrar en la iglesia, para despedirse de Martín y de las otras dos víctimas.

Magdalena y María se habían empezado a vestir de riguroso negro con los primeros cantos del gallo, después de pasarse la noche entera velando los restos a medio calcar del cuerpo de Martín.

Lo habían llevado a casa a la hora escasa de haberse dado la voz de alarma por el incendio que quemaba el taller, instantes después de que el médico certificara su muerte.

Como tenía el rostro carbonizado por el fuego, el amuleto que le colgaba del cuello había resultado vital para identificarlo.

Para evitar el sufrimiento innecesario de ambas mujeres, José había pedido expresamente que colocaran el cuerpo dentro de un ataúd, clavándole la propia tapa.

Era tal el estado en que lo habían hallado, que fueron incapaces de contener las arcadas al presenciar las terribles heridas.

Un mal trago que nadie tenía por qué volver a pasar; especialmente la viuda y la suegra.

A menudo la vida estaba llena de ironías crueles y difíciles de entender. Y aquella tragedia era un claro ejemplo de ello.

Martín se había levantado el día anterior como siempre: joven, alegre y optimista. Pero ahora de todo aquello no quedaba nada. Ni rastro de sus ojos grises, ni de la larga cabellera rubia, ni de su rostro pecoso, ni de las caricias y los besos que dedicaba a su mujer cuando estaban juntos.

Desgraciadamente, todo aquello ya formaba parte del pasado.

La comitiva fúnebre inició su recorrido en la casa de la calle Mayor —dirección a la plaza—, acompañada por un silencio sepulcral y respetuoso que solo se rompía, de vez en cuando, por los sollozos de dolor de madre e hija.

Y pese a la tristeza que se respiraba en el ambiente, sus pasos estuvieron acompañados en todo momento por los más allegados a la familia, así como por el corregidor, que caminaba entre ambas mujeres, sujetándolas del brazo.

Espontáneamente, la gente del pueblo había formado un pasillo que se abría a

medida que la comitiva iba avanzando por los callejones, hacia la iglesia.

Magdalena y María siempre se habían sentido queridas por sus vecinos, pero aquella demostración de afecto superaba cualquier expectativa.

—¡Ánimo, María! —Se escuchaba de vez en cuando—. Ahora debes ser más fuerte que nunca.

Y ellas solo podían agradecer de todo corazón las muestras de apoyo.

Al llegar al final de la calle San Roque, justo antes de enfilarse hacia la iglesia, se detuvieron para rezar frente a la capilla del santo, momento que el corregidor aprovechó para hablar discretamente con Magdalena.

—No debéis sufrir por nada, Magdalena. Todo está arreglado. Vuestro secreto está a salvo.

La mujer lo miró sorprendida, pero enseguida fue consciente del importante papel que su viejo amigo estaba teniendo en toda aquella trama que, sin percatarse, se iba cerrando peligrosamente a su alrededor.

—Gracias, señor corregidor. Sois un hombre justo.

—No es la justicia lo que debéis temer, sino la obcecación de ciertos individuos. De momento estáis seguras, pero temo que esto no haya hecho más que empezar. La intransigencia se está extendiendo a gran velocidad por nuestras tierras y lo sucedido no nos traerá nada bueno... Pero ya hablaremos con tranquilidad. Ahora vayamos a la iglesia. Hay mucha gente que os quiere acompañar en estos momentos tan dolorosos.

—Pues no les hagamos esperar —respondió Magdalena, mientras cogía del brazo a su amigo en un gesto cargado de complicidad y agradecimiento.

La iglesia estaba llena de gente. A pesar de ello, Magdalena no podía apartar la mirada de los bancos más próximos al altar, donde se sentaban, desde hacía un buen rato, los familiares del viejo párroco, llegados a toda prisa de Tortosa, y del soldado que también había perdido la vida. Carbón hablaba nerviosamente con ellos, gesticulando histriónicamente, mientras miraba de reojo a las dos mujeres, que lentamente se dirigían hacia el lugar que debían ocupar.

Aquello no podía traer nada bueno.

Madre e hija fueron a saludar, pero el recibimiento fue tan frío y distante que rápidamente optaron por sentarse en el banco de las autoridades, donde el corregidor observaba la escena. Sin duda, el veneno que Carbón había inoculado en las mentes de los familiares de los difuntos, empezaba a hacer efecto. Pero solo hizo falta una mirada del corregidor para que el joven párroco volviera a ocupar su lugar en el altar mayor y dejara con la palabra en la boca a los familiares del soldado muerto.

—¡Venid aquí! —dijo el corregidor a Magdalena y a María.

Y mientras dudaban si sentarse en un lugar u otro, Carbón observaba, impaciente, desde el altar. Había pasado toda la noche en vela, embalando sus pocas pertenencias y atormentando su cuerpo hasta tal extremo que prácticamente era incapaz de mantenerse en pie. Con la carne desgarrada y la sangre caliente que se deslizaba por sus piernas, había tenido tiempo de reflexionar y había llegado a la conclusión de que

tenía la obligación de vengarse. Ahora no era el momento, pero llegada la hora no dudaría en encender personalmente la pila de leña que habría de servir para quemar vivas a aquellas mujeres y, por qué no, también a la niña recién nacida que justo en aquellos momentos dormía plácidamente en la casa de la calle Mayor.

«La pequeña bastarda también quemará en la hoguera», pensó Carbón mientras se le escapaba una carcajada que captó inmediatamente la atención de los presentes.

—Señor vicario, deberíais empezar la ceremonia —dijo el corregidor, sorprendido por la impertinencia del joven—. Ya sabéis que os esperan en Tortosa.

Carbón se giró unos instantes hacia la imagen de Jesús que presidía el altar y, mientras se santiguaba antes de empezar la misa, no pudo evitar recordar una de las frases preferidas del viejo párroco, cuyo cuerpo ocupaba uno de los ataúdes que habían depositados a sus pies: «Viejo borracho, al final resultará que teníais razón cuando me decíais que la venganza es un plato que se sirve frío».

Y con una incipiente sonrisa en el rostro, que ni se molestó en disimular, indicó a todos los presentes que se levantaran y rezaran un padrenuestro en recuerdo de los difuntos.

El escondite secreto

Pocas semanas después del entierro de Martín, el pueblo empezó a recuperar la normalidad. El buen tiempo se había instalado definitivamente y facilitaba el trabajo de los campesinos, quienes, dada la bonanza del clima, se atrevían a predecir un año de excelentes cosechas.

El frío había desaparecido y ahora era un auténtico placer pasar las horas paseando por los alrededores del pueblo, viendo cómo despertaba la vida tras el paréntesis del invierno. Merecía la pena perder unos momentos para maravillarse con los bailes y las imposibles piruetas que las golondrinas dibujaban en el cielo después de tantos meses.

Magdalena y María dedicaban gran parte del tiempo a tejer ropa para la niña —en la cocina—, y habían podido hablar muchos sobre lo sucedido.

—Hija, estoy convencida de que Martín ha muerto para protegernos. De nosotras depende que hagamos nuestras vidas dignas de su sacrificio, así se sentirá orgulloso de la decisión que tomó aquella noche, cuando se enfrentó a nuestros perseguidores.

—No lo entiendo, madre. ¿De qué nos tenía que proteger? Nunca hemos hecho daño a nadie, sino al contrario. La gente nos aprecia y siempre tenemos la casa llena de vecinos que vienen a pedirte todo tipo de consejos.

—Ya lo sé, María. Pero esa no es la cuestión —quiso precisar—. Tu hombre murió para proteger lo que sabemos y, sobretodo, lo que pensamos. Hija, la noche que nació Luna tuve un descuido imperdonable: el párroco me escuchó mientras hacía un ritual de bienvenida a la niña. Y las consecuencias de mi error ya las conoces... Vivimos tiempos oscuros y hay gente muy poderosa que quiere que se confundan las cosas. Gente que nos considera lo suficientemente peligrosas como para desearnos la muerte. La nuestra y la de todas las mujeres que son como nosotras —añadió con tristeza.

—¿Por qué nos odian tanto?

—Es muy sencillo. Lo hacen porque somos mujeres y porque, con nuestros conocimientos, cuestionamos muchas de las creencias que nos han impuesto durante siglos. Y lo intentan a base de atemorizarnos con los terribles tormentos que nos esperan en el infierno, si nos atrevemos a traspasar los límites marcados. Y nosotras, además, somos doblemente peligrosas, porque somos las legítimas descendientes de la Tradición. ¡Nos tienen miedo, María!

—No acabo de entenderlo —confesó la joven.

—Lo sé. Pero ya lo harás. Y algún día se lo tendrás que explicar a Luna.

—Así lo haré, madre. Tienes mi palabra —respondió sin demasiado

convencimiento, mientras amamantaba a su pequeña.

—Hay otra cosa, María. Esta tarde deberíamos pasar por el taller. Todavía hay un par de cosas que tenemos que hacer.

—¿De qué se trata, madre? —preguntó llena de curiosidad—. No estoy segura de estar preparada para regresar al lugar donde murió Martín.

—María, debemos despedirnos de él tal como manda la Tradición. Se lo debemos. Y también es importante que recuperemos una cosa que tu esposo guardaba en el taller.

—¿Qué es? ¿Más misterios, madre?

—Tú misma lo descubrirás. Ahora solo puedo decirte que es nuestra bendición, y por desgracia, también nuestra maldición. —Y ahí lo quiso dejar.

—Madre, quería hablarte de otra cosa —dudó María antes de plantear una cuestión que le rondaba por la cabeza desde hacía varios días.

—Tú dirás.

—Madre, ¿somos brujas?

Magdalena no quiso responder directamente.

—No es tan sencillo —se dijo a sí misma antes de acercarse a su hija para darle un beso. Y para quitar hierro al asunto, continuó bromeando:

—No lo creo. ¡No tenemos ninguna verruga en la nariz! ¡Ni tan siquiera podemos volar montadas en escobas! —Y en un tono más serio, añadió—. María, no somos brujas. Somos elegidas. Y tenemos mucho trabajo por hacer.

Por la tarde, el sol calentaba con fuerza, invitando —todavía más— a pasear.

Las dos mujeres y la pequeña Luna, colgada del cuello de María, salieron de casa y giraron hacia la derecha para andar la docena de metros que las separaba del castillo.

Sin quererlo, María pensó en su esposo cuando pasaron por delante de su lugar preferido. Y a pesar de la nostalgia que la invadió, no quiso detenerse ni un segundo, así que prosiguieron su camino —a buen ritmo— hacia el portal del Sastre, para salir del pueblo y dirigirse al taller.

De lejos, y cuando estaban a la altura del molino de aceite, se quedaron impresionadas al ver las paredes del taller completamente ennegrecidas por las llamas. Cuando estuvieron más cerca, comprobaron que el tejado se había desplomado y solo quedaba un trozo de puerta medio quemada y astillada por las hachas de los hombres que habían apagado el incendio.

Al entrar —y después de abrirse paso entre los restos de las vigas y los escombros del techo— sintieron que el ambiente todavía estaba impregnado por el olor a humo y muerte. Y esto las hizo estremecer de la cabeza a los pies.

—María, sé que no es nada fácil para ti —dijo Magdalena para dar fuerzas a su hija—, pero antes de irnos es necesario que recuperemos un objeto muy valioso.

Sin esperar una respuesta, Magdalena se dirigió hacia el pilar central, que hasta hacía muy pocos días aguantaba el peso de las vigas, y empezó a limpiar el suelo hasta que, en medio del polvo, se hizo visible una plancha de hierro que Martín había colocado sobre una pequeña puerta de madera.

Después de comprobar que las llamas no habían alcanzado el escondrijo, Magdalena respiró tranquila y dio las gracias a Martín por el ingenio que había demostrado tener una vez más.

—María, ayúdame a mover la plancha. ¡Debemos apresurarnos! Esta vez no quiero sorpresas —dejó caer la mujer ante la estupefacta mirada de su hija.

Entre las dos, y a pesar de llevar a Luna colgada del cuello, movieron la plancha y abrieron la puerta con mucha más facilidad de la que esperaban.

Magdalena cogió rápidamente el hatillo que había escondido y lo desenvolvió solo un momento para comprobar que su contenido estuviera en buen estado. Después, lo envolvió y lo guardó en la bolsa de cuero donde llevaban la merienda.

Preocupada por mantenerse alejada de miradas extrañas, salió inmediatamente del taller para asegurarse de que nadie las espiaba. Después de lo que había sucedido, cualquier precaución era poca.

Cuando regresó, satisfecha, tarareaba una canción que a menudo le cantaba a la pequeña Luna. Y frente a la mirada expectante de María, se vio obligada a justificarse.

—Te lo explicaré en casa. Ten un poco más de paciencia —dijo para tranquilizarla—. Ahora vamos a jugar con la niña hasta que llegue el momento de hacer el ritual. ¡Hace una tarde radiante!

Y así, entre risas, juegos y adivinanzas, fue pasando la tarde.

De repente, Magdalena, muy seria, se levantó del tronco de olivo donde estaba sentada y, después de escudriñar el cielo con la mirada, cambió de expresión. Los ojos le brillaban con tanta intensidad que parecía una auténtica diosa.

—Fíjate, María, ha llegado el momento. Una pareja de buitres sobrevuelan nuestras cabezas. ¡Es una buena señal, hija, una señal excelente!

—¿Madre, por qué dices que es una señal? ¿Cómo sabes que ha llegado el momento? —preguntó María mientras levantaba la cabeza para fijarse en el majestuoso vuelo de las rapaces.

—Porque me lo han dicho ellos, está claro —respondió Magdalena con toda naturalidad—. Hija, este es mi don. Soy capaz de comunicarme con los seres vivos de la naturaleza.

—¿Y por qué precisamente los buitres? —dijo María con ciertas gotas de escepticismo.

—Los buitres son los animales sagrados que guían las almas hacia el cielo —respondió Magdalena midiendo muy bien las palabras.

—¿Quieres decir que estos pájaros han venido para acompañar el alma de Martín al cielo? —preguntó María entre un mar de lágrimas.

—Exactamente, hija. Es tal como dices.

María, que solo un mes antes se lo hubiera tomado como una broma, primero miró hacia arriba, después a Magdalena, y finalmente —con el convencimiento propio de quien se rinde al destino— dijo:

—¿Empezamos?

El Libro

Con la seguridad de estar en casa, cuando la pequeña Luna dormía plácidamente en su cuna, Magdalena fue a buscar a María, llevando con ella el hatillo que habían recuperado del taller de Martín.

—¿Tienes un momento, María? —le preguntó—. Me gustaría enseñarte una cosa.

—Enseguida vengo, madre. Deja que me ponga el camisón y que compruebe si Luna descansa.

Mientras la esperaba en la cocina, Magdalena retiró el costurero y los ovillos de hilo que estaban encima de la mesa y pasó un trapo untado con un cremoso ungüento. A continuación, colocó unas velas con las que dibujó la forma de una media luna de fuego. Rápidamente, la sala se impregnó de un aroma a flores frescas que enamoraba.

Una vez terminados todos los preparativos, con mucho cuidado, depositó un libro muy grueso en el centro de la mesa.

Cuando María entró, se quedó boquiabierta. En el ambiente había algo mágico, y su madre, vestida con una túnica blanca —que le daba un aspecto majestuoso—, la miraba con curiosidad mientras intentaba descubrir su reacción al desvelar el contenido del hatillo.

—Puedes cogerlo, hija. Ahora te pertenece —propuso Magdalena para romper el hielo.

María enseguida fue consciente de que, entre sus manos, tenía un gran y antiguo tesoro. Las tapas del Libro estaban elaboradas con cuero gastado y ennegrecido por el paso del tiempo, trabajadas con unos elegantes grabados dignos de los mejores maestros, como su Martín. En la portada, había incrustadas unas delicadas láminas de oro que dibujaban un símbolo cuyo significado desconocía, pero que pronto le recordó a una luna creciente rodeada de estrellas.

María lo observó durante un buen rato, hipnotizada, y al abrir el libro para ojearlo y ver de qué trataba, se sorprendió al comprobar que buena parte de los folios estaban en blanco.

—¿Madre, qué es esto? —preguntó mientras lo miraba una y otra vez, al mismo tiempo que le daba vueltas, con mucho cuidado, entre las manos.

—Durante muchos siglos, este libro se ha conocido como el Libro Jurado pero yo prefiero llamarlo el Libro de las Esencias.

—Explícame más cosas, madre. Por favor... —pidió la muchacha, respetuosamente.

—Este libro ha viajado por todo el mundo, hija, y contiene el conocimiento de gente muy sabia y generosa, que a lo largo de diferentes épocas se atrevieron a

traspasar sus límites y las imposiciones de los tiempos que les tocó vivir. Cada una de estas personas quiso dejar su legado para que las generaciones futuras vivieran de acuerdo a unas leyes que no tienen nada que ver con las de los hombres.

—Pero madre, ¿por qué hay folios en blanco? —quiso saber María—. Parece un libro inacabado.

—Es cierto, María. Si hay folios en blanco es porque la Humanidad debe tener esperanza. Hija, todavía hay mucho por escribir... —Magdalena dudó unos instantes—, y algún día también harás tu aportación. Este es el motivo por el que hoy quiero entregártelo.

—Y tú, madre, ¿por qué no has escrito nada? Eres una mujer sabia que...

—María, mi papel es otro. Mi misión solo ha sido la de custodiar el Libro durante los últimos años —hizo una pausa—. En realidad, el Libro de las Esencias te estaba esperando a ti.

María no pudo reprimir las ganas de leer el principio, donde, con una clara caligrafía, de trazos limpios y redondeados, escritos en tinta roja, se plasmaba el sagrado juramento que, desde aquel momento, la vincularía para siempre al pliego de viejos folios.

Unas hojas que recogían, en esencia, los conocimientos de las mujeres y los hombres más sabios de toda la historia de la Humanidad, y que, en una cadena insólita, se habían confabulado para dejar constancia escrita de todo lo que habían aprendido a lo largo de sus vidas.

Este libro es fruto del pensamiento libre de personas que, como tú, osaron preguntarse y buscar respuestas. Y por este sencillo acto de curiosidad, por el simple hecho de que te estés preguntando sobre el sentido de la vida, debes saber, antes de seguir leyendo, que serás perseguido.

Si estás leyendo estos viejos folios deberás ser plenamente consciente de que tienes entre manos un gran tesoro. Una recopilación única de conocimientos milenarios que te harán replantear la existencia.

El origen de este libro se remonta en la oscuridad de los tiempos, cuando los hombres y la Naturaleza vivían en un equilibrio y armonía perfecta; cuando todo formaba parte de todo y las personas, los animales, las plantas y las rocas hablaban un único lenguaje universal que iba mucho más allá de las palabras y de los prejuicios que tanto daño han hecho y harán a todos los habitantes de nuestra gran madre Tierra.

Para encontrar tus raíces y ser digno de escribir en este libro, deberás ser capaz de sumergirte en tu interior, tan profundamente como las raíces de los robles sagrados y los árboles de los bosques que los rodean, y encontrar el coraje que te permita expresar de manera clara y precisa todo lo que hayas aprendido, con un único objetivo: compartir y ser luz. Una luz que guíe al resto de la Humanidad en los días de oscuridad que han de llegar.

Debes saber que este libro está vivo y que en el momento preciso deberás dejarlo en manos de otros que puedan enriquecerlo, para que siga, de este modo, su camino.

Para formar parte de esta conjura, debes jurar solemnemente por tu vida y la de los que amas que el legado que dejes escrito será capaz de transformar las almas de todos los que lo lean.

Debes jurar por tu vida y la de los que amas, que darás lo mejor de ti.

Debes jurar por tu vida y la de los que amas, que lo protegerás de miradas indeseables.

Este debe ser tu compromiso.

Si deseas formar parte de este círculo, ha llegado el momento de que rubriques este sagrado juramento con tu sangre.

—¡Sí, lo juro! —afirmó totalmente convencida María, mientras cogía el pequeño cuchillo de oro y piedras preciosas que su madre había dejado sobre la mesa y se hacía un corte en la palma de la mano.

Magdalena, que había salido un momento para calmar los sollozos de Luna, entró en la cocina y, al ver la sangre que goteaba encima de la mesa, suspiró profundamente, consciente de las impredecibles consecuencias de aquel juramento.

—Se ha vuelto a derramar sangre, hija. El Libro de las Esencias vuelve a estar vivo. Que las Diosas de la Luz guíen tus pasos y protejan tu camino.

—Que así sea, madre —respondió María mientras un viento helado, aparecido de la nada, la hizo estremecer de arriba a abajo—. Que así sea...

II

Primavera

El convento

Un soleado día de primavera de 1548, quince años después de que el Libro de las Esencias regresara a la vida tras un largo período de oscuridad, María y Luna hacían los últimos preparativos antes de salir de excursión por el campo, con la intención de recoger hierbas medicinales con las que preparar sus remedios.

Magdalena había muerto varios otoños atrás, con la llegada de los primeros fríos, y con el paso del tiempo Luna se había convertido en una adolescente decidida, fuerte y hermosa.

Aquella mañana, la naturaleza había despertado con fuerza después del profundo sueño del invierno, y aquí y allá, en los campos que no estaban trabajados, aparecían vistosas y coloridas flores que tapizaban la tierra. Unos imaginarios mares de flores rojas, blancas y amarillas que se combinaban con otros océanos de color verde, donde los tallos de la cebada y el trigo empezaban a bailar impulsados por las caricias del viento.

Y la serena y espontánea belleza de la naturaleza las hacía encoger.

Mientras llenaban el zurrón con orégano, espliego y poleo, María propuso, como quien no quiere la cosa, alargar un poco más la excursión para acercarse al convento construido a los pies de la montaña de Santa Bárbara.

A medida que ascendían por el camino, flanqueado a ambos lados por imponentes cipreses plantados muchos años atrás para refrescar el paso de los peregrinos, sentían que algo mágico impregnaba la atmósfera de aquel lugar sagrado.

Al superar el último recodo, algo cansadas por el esfuerzo, apareció ante sus ojos la imponente construcción de piedra que parecía acompañar silenciosamente, desde su privilegiada situación, la vida y pensamientos de todos los habitantes de los alrededores.

Inevitablemente, dedicaron unos momentos a contemplar el impresionante paisaje que tenían ante sí: Horta de Sant Joan, con el castillo y la iglesia coronando el punto más álgido del pueblo, se alzaba majestuoso como si fuera un testimonio mudo de la historia de aquellas tierras. Un poco más allá, se apreciaba el campanario de Arnes y a su espalda —girando un poco la cabeza—, podían intuir, entre las ramas de los pinos, el pueblo de Bot.

Este era su mundo, un territorio donde la naturaleza había ido forjando, generación tras generación, la personalidad única, justa y generosa de los que vivían allí. Donde las rocas, los bosques, los animales y las aguas cristalinas de los ríos se habían llegado a fusionar con tanta armonía que formaban un todo único e indisoluble.

Y ambas eran muy conscientes de ello. Desde siempre habían sabido que allí existía algo invisible a los ojos de los hombres que bendecía su tierra.

Después de recuperar el aliento, María quiso enseñar a Luna uno de sus rincones preferidos del convento y, de dos en dos, en una carrera improvisada llena de risas e inocentes empujones, subieron los peldaños de la magnífica escalinata de piedra que conducía al atrio. Con un movimiento brusco, María dirigió la atención de su hija hacia unos sarcófagos que, situados a lado y lado de la puerta del convento, custodiaban majestuosamente los misterios que se escondían entre las gruesas paredes.

—¡Madre, son tumbas! ¿Quién está enterrado aquí? ¡Son gigantescas! —dijo Luna emocionada.

—¡Precisamente, hija! Deja que te cuente una vieja historia que me explicó tu abuela Magdalena hace ya muchos años —dijo María, empezando a hablar de gigantes, de templarios y de la Virgen—. Dice la tradición que aquí vivían dos gigantes muy fuertes, llamados Rotlá y Farragó. Expertos artesanos que destacaban por su habilidad en el arte de la construcción. Dice la tradición que un día que se estaban divirtiendo mientras lanzaban piedras, descubrieron una imagen de la Virgen e, inmediatamente, se enzarzaron en una discusión, porque ambos la querían. Y, justo cuando la discusión era más acalorada, apareció por el lugar un caballero templario llamado Bertrán Aymerich, que les propuso un juego para terminar con la disputa. Deberían lanzar dos rocas y quien la enviara más lejos se convertiría en el legítimo propietario de la imagen. Rotlá fue el ganador, y cuando cogía la estatua para admirarla, la Virgen se pronunció: «La piedra que has lanzado, a partir de hoy, se llamará la cima de los Gigantes, allí deberéis construir una casa dónde podréis adorarme y que se convertirá en vuestro hogar». Y así fue como la construcción de la iglesia se realizó durante siete años, hasta que llegaron más caballeros templarios para fundar la encomienda de Horta, momento en que los gigantes se retiraron a vivir a la cima de la montaña.

—¿Quieres decir que todo esto lo construyeron los dos gigantes? —preguntó Luna con una mezcla de incredulidad y curiosidad.

—Un poco de paciencia, hija. Todavía no he terminado la historia —exclamó María, divertida por la reacción de Luna—. Dice la leyenda que en estas tumbas están enterrados los dos gigantes y también Bertrán Aymerich. Y según se dice, si durante la noche de San Juan alguna persona de corazón puro rasca la piedra de los sarcófagos y, justo antes de ir a dormir, se bebe el polvo de las piedras disuelto en agua, en sueños se le aparecerá el espíritu de Bertrán para ayudarlo a descifrar el significado de los símbolos esculpidos en las tumbas. Según se cuenta, estos símbolos son un mapa que, correctamente interpretado, indica cómo entrar en una cripta secreta donde los templarios escondieron libros sagrados, entre los que se encontraba alguno que hablaba del arte de cómo construían los gigantes.

—Madre, por favor, que ya no soy una niña pequeña. ¡Estas historias solo son

leyendas! ¿Tesoros ocultos? No me dirás que tú te lo crees... —dijo Luna, sorprendida por la inocencia que parecía demostrar su madre.

—Eso es lo de menos, hija. Lo que realmente importa es que tengas claro cuáles son las raíces de tu pueblo y que puedas sentirte orgullosa de pertenecer a él.

Luna no abrió la boca. Se limitó a sentarse en la escalera de piedra y dejó volar la imaginación para remontarse unos siglos atrás y fantasear con todo lo que le había explicado María. «No sufras, madre», pensó mientras entornaba los ojos para sentir el calor del sol. «Estoy muy orgullosa de ser quien soy y de venir de dónde vengo».

Después de unos momentos de duda, María añadió de repente:

—Luna, yo sí que creo en esta leyenda. De hecho, tu abuela Magdalena, hace ya muchos años, vino al convento una noche de San Juan para llevarse un poco de arena de las tumbas a casa...

—Claro, madre, y ahora me dirás que aquella noche, a la abuela, se le apareció el espíritu de Bertrán Aymerich, ¿verdad?

—Exactamente —contestó María.

—Madre, no me tomes más el pelo —respondió Luna mientras empezaba a correr, escaleras abajo, para ir a refrescarse a la fuente.

María siguió con la mirada los pasos de su hija, y llena de amor —y con una gran sonrisa en el rostro—, recordó que ella había reaccionado con la misma incredulidad cuando Magdalena le había empezado a hablar de los misterios de su familia quince años atrás.

La dinastía de los Aymerich

Era evidente que aquel no era un paseo improvisado.

María llevaba días sintiendo que había llegado el momento de hablar a su hija sobre una serie de cuestiones que, durante muchos años, había demorado.

Por lo que había visto en sueños, ese era el entorno ideal para abordarlas.

Luna había crecido rodeada de un ambiente donde cada palabra, cada acto e incluso cada silencio tenían un objetivo concreto. Nada era fruto del azar y así era como ella misma lo había aprendido de Magdalena y esta, a su vez, de su madre, siguiendo una dorada cadena que se remontaba a los orígenes de su linaje, y que mantenía vivos unos conocimientos que se habían transmitido generación tras generación.

La joven, sin ser consciente, condensaba en su cuerpo adolescente toda la sabiduría de las mujeres de la familia. Luna no lo sabía, pero ahora, por fin, había llegado el momento de empezar a despertarla.

A la hora en la que el sol calentaba con más fuerza, las dos mujeres se sentaron a la sombra de la higuera que estaba junto a la fuente para recuperar fuerzas y comer un poco. Pero María estaba tan ensimismada que era incapaz de saborear el fuerte sabor del queso y la dulzura de la fruta que llevaban para almorzar. Tenía mucho trabajo por hacer y se limitó a comer sin ganas, más pendiente de su hija que otra cosa.

Sencillamente, no había tiempo que perder.

—Luna, mucho antes de que aquí vivieran los frailes franciscanos, toda la tierra que puedes ver, incluso la que hay más allá del horizonte, pertenecía a una de las órdenes militares más importantes que haya existido jamás. Me refiero a la de los caballeros templarios, unos monjes guerreros que juraron proteger la vida de los peregrinos cristianos en las tierras de Oriente, después de la conquista de Jerusalén.

—Madre, ¿más historias de espíritus? —preguntó sarcásticamente Luna, mientras mordía la manzana que tenía entre las manos.

—Eres muy graciosa, hija —replicó María, y en un tono más serio, añadió—: No, ahora no quiero hablarte ni de gigantes ni de espíritus. Solo quiero hablarte de los antepasados de tu padre.

El efecto sedante de aquellas palabras fue inmediato sobre Luna y, sin pensarlo ni un segundo, dejó la pieza de fruta dentro del zurrón, apoyó la cabeza sobre el pecho de su madre y cerró los ojos, con la intención de no permitirse ninguna distracción.

—Luna —empezó a decir María mientras acariciaba el pelo de su hija—, ya sé que tienes muchas dudas sobre la veracidad de la historia que te he contado antes, pero la realidad es que hay mucha más verdad de lo que pueda parecer. Es mucho

más que un cuento para niños. Reconozco que la historia de los dos gigantes es inverosímil, pero la verdad es que Rotlá y Farragó existieron realmente hace más de cuatrocientos años y fueron dos de los caballeros más fuertes, nobles y valientes que jamás se hayan conocido en toda la cristiandad. En compañía de Bertrán Aymerich, forjaron una amistad que iba mucho más allá de la simple relación de vasallaje que unía a los dos guerreros con su superior. Su vínculo común, aquello que les unió para siempre, fue la voluntad de superar los condicionamientos establecidos en su época. Osaron cuestionarse todo lo que sabían, como ha sucedido entre las mujeres de nuestra familia, y por tal razón fueron perseguidos hasta el fin de sus días.

—Madre, todo eso sucedió hace mucho tiempo y no acabo de entender qué relación tiene con mi padre.

—Tiene mucha más de la que puedas imaginar, hija. Y enseguida lo entenderás. En el siglo XII, estos tres hombres iniciaron un largo viaje que les llevó desde las ciudades sagradas de Jerusalén, Santiago de Compostela y Roma hasta los desiertos más remotos del mundo. Durante estos largos peregrinajes llenos de aventuras, risas, llantos y encuentros con personajes cargados de misterio, llegó a sus manos, mientras cabalgaban por las lejanas tierras del Oriente, un libro sagrado, muy antiguo y cargado de sabiduría que permitió a Bertrán Aymerich convertirse en una persona muy importante dentro de su orden. Durante muchos años, incluso durante su exilio voluntario en Horta, formó parte de un selecto grupo de personas que tenían la misión de dirigir la Orden del Temple. Él fue un Hijo del Valle, uno de sus responsables espirituales, y quizás el más respetado de todos ellos.

—¿Por qué vinieron a Horta? ¿Y qué relación guarda con mi padre? — interrumpió Luna, impaciente.

—Un momento, pequeña, un momento. Bertrán Aymerich llegó a esta tierra huyendo de unas personas muy poderosas que habían descubierto su gran secreto y se lo querían arrebatar. Una vez instalado en el convento, cuando tuvo claro que su tesoro estaba a salvo, escondió el libro en una cripta.

—Todo esto es muy interesante, madre. Pero ¿qué tiene que ver con mi padre? — insistió de nuevo Luna.

—Hija mía, a pesar de que Bertrán Aymerich se comportó durante toda su vida como un caballero ejemplar que respetaba escrupulosamente las reglas de su orden, en estas tierras conoció una mujer que le hizo recordar que, antes que soldado era un hombre. Y se enamoraron perdidamente el uno del otro.

—Madre, ¿ahora me hablas de caballeros, doncellas y amores imposibles?

—No, Luna, lo que quiero decirte es que, fruto de aquel amor, nació el abuelo del abuelo de tu padre y, para evitar dejar pistas a sus perseguidores, la mujer de Bertrán renunció al apellido de su esposo. Tu padre, como antes hicieron el resto de sus familiares, quiso respetar la decisión de su ilustre antepasado. Así que yo te saludo, Luna Aymerich, heredera de los dos linajes más poderosos que jamás hayan pisado estas tierras. Descendiente de valientes caballeros y de sabias mujeres que, desde

hace años, aprendieron a hablar con la naturaleza. Hija de Martín, un hombre bueno, fuerte y discreto que vivió siempre de acuerdo con las enseñanzas que su antepasado templario trajo a este rincón perdido del mundo.

El silencio que siguió a la revelación de María solo se rompió con el sonido grave de los cantos gregorianos que atravesaban los muros del convento, como si quisieran acompañar a las dos mujeres en aquel instante tan trascendente.

Luna no podía dejar de llorar por la emoción que la embargaba al conocer, por fin, el secreto de un padre al que nunca llegó a abrazar. Sin saber muy bien por qué, mientras dirigía todos los pensamientos hacia Martín, elevó los brazos muy arriba, como si quisiera tocar el cielo azul con las puntas de los dedos, y de la nada apareció una nube de preciosas mariposas pintadas de mil colores que empezaron a bailar entre las dos mujeres, mientras les hacían cosquillas con las alas.

Después de unos minutos de juegos, risas y lágrimas de alegría, la nube de mariposas se dirigió a gran velocidad hacia la cima de la montaña donde, de repente, apareció el arco iris más vivo y brillante que jamás hubieran visto.

—¡Es padre, que viene a compartir con nosotras este momento! —exclamó Luna—. ¡Dice que nos quiere mucho y que siempre estará con nosotras! ¡Mira, madre, mira, es padre! —gritó mientras mantenía los brazos en alto y la nube de mariposas volvía a revolotear a su alrededor.

Pero María no pudo responder. Estaba demasiado impresionada con el don que su hija acababa de revelar ante sus ojos.

«Sin duda es una digna heredera de la Tradición», pensó mientras corría al lado de Luna para abrazarla. «Será la más poderosa de todas nosotras».

Salvador

Desde primera hora de la mañana —cuando se había despertado—, Salvador sentía una agradable sensación en el cuerpo. Presentía que aquel día iba a ser distinto de los anteriores y, a medida que habían ido transcurriendo las horas, se había convencido de que iba a acontecer algún hecho especial. Y como es bien cierto que Dios existe, el espectáculo que acababa de presenciar así lo confirmaba. De nuevo, su intuición no le engañaba.

El joven franciscano había estado espiando a las dos mujeres desde que sus risas le habían distraído de las plegarias. Enseguida percibió que no eran unas devotas cualquiera. Aquellas mujeres habían ido al convento por algún motivo que no tenía nada que ver con él, con lo que pudo relajar la mirada y observarlas con otros ojos; con una mezcla de curiosidad y complicidad que lo animó a seguir las durante unas horas, con el sigilo y la prudencia del cazador que espera el momento oportuno para aparecer frente a su presa.

Salvador llevaba años acallando las voces de su mente mediante la oración y, cuando conseguía que su pensamiento descansara y se rindiera a un poder superior, se transformaba en otra persona; en alguien capaz de realizar las proezas más inalcanzables. Razón por la que toda la vida se había sentido diferente, y más desde que —años atrás— había descubierto que su mejor amigo —aquel a quien hacía cómplice de sus miedos, de sus anhelos más profundos, y con quien discutía sobre el bien y el mal—, era Jesús, el hijo de Dios.

Desde pequeño, Salvador había sido el centro de muchas miradas. Cuando vivía en Santa Coloma de Farners —el pueblo que le había visto nacer—, se dio cuenta de que poseía un don nada común. Aún mantenía frescos los recuerdos de su infancia, cuando hacía de pastor. Le gustaba pasar las horas tocando la flauta y lo hacía con tal gracia que incluso parecía que las ovejas bailaban al ritmo de sus melodías. Recordaba aquel momento y también una noche en la que, preocupado por la sequía que sumía su tierra, golpeó con su bastón una roca de la que empezó a brotar agua, con la que pudo dar de beber al rebaño. Pero, de eso hacía ya muchos años.

Salvador pasó algunos meses de su adolescencia en Barcelona, con su hermana, y allí aprendió el oficio de zapatero. Pero, a pesar de la seguridad de aquella vida, envidiada por muchos, había algo en su interior, una vocación negada durante mucho tiempo, que le acercaba cada día más a Dios.

Y todos los que descubren y tienen claro su propósito, tarde o temprano deben rendirse a él, tal y como hizo Salvador el día en que se presentó ante las puertas del convento de Santa María, en Barcelona. Pretendía pedir a los franciscanos que lo

admitieran en su comunidad como hermano converso. Y lo consiguió.

Pero su satisfacción no fue completa, dado que Salvador era depositario de aquel don tan preciado y pronto las obras de Dios empezaron a manifestarse mediante su cuerpo. Primero eran pequeños acontecimientos sin importancia que, eso sí, sorprendían a sus compañeros —y nunca dejaban indiferente a nadie—, pero al cabo de un tiempo, el padre provincial decidió enviarlo a Tortosa, cansado de los ruegos de sus hermanos, que le acusaban de perturbar la paz del convento.

En Tortosa, su fama como sanador creció a la misma velocidad que su entrega a la oración. Aquella era una herramienta que le permitía curar los males de las personas que le iban a visitar en busca de consuelo. Aunque de nuevo, el destino confabuló en su contra, empujando a los frailes con los que compartía el convento a que pidieran al padre provincial un nuevo exilio para el devoto franciscano.

No es que no fuera querido en la comunidad, sino más bien que el convento se convirtió en un continuo vaivén de personas que querían verle y encomendarse a su sanación. Un hecho que, obviamente, desbarataba la paz de aquel lugar, tal y como le había sucedido en Barcelona.

Y así fue como el fraile —que ya empezaba a ser conocido entre sus hermanos con el sobrenombre de Salvador «el Alborotador»—, había ido a parar a Horta, un pequeño pueblo perdido entre las montañas donde llevaba una vida casi de ermitaño.

Ahora, en medio de lo que muchos podrían considerar el vacío, entre frondosos bosques y duros pedregales, había topado con dos mujeres que eran como él.

Con lo que se vio obligado a presentarse, de una manera que las tranquilizara.

Deseaba demostrarles que hablaba su mismo lenguaje.

—Disculpad. Me llamo Salvador y soy uno de los frailes que vive en esta comunidad. En mi nombre y en el de mis hermanos os doy la bienvenida —dijo de repente, mientras salía del lugar en el que había permanecido escondido, y que se encontraba muy cerca de donde María y Luna jugaban con las mariposas.

La primera reacción de María al escuchar la voz del hombre a sus espaldas, fue proteger con su cuerpo a Luna, en un acto reflejo propio de cualquier madre que siente el peligro rondando en el ambiente. Sin quererlo se le habían disparado los recuerdos del día en que nació su hija y el viejo párroco había descubierto su gran secreto.

—¡No, por favor, no os asustéis! —quiso aclarar Salvador, al ver sus caras de miedo—. No nos conocemos, pero podéis considerarme vuestro amigo.

—¿Qué has visto? ¡Habla! —gritó María mientras, instintivamente, cogía una piedra del suelo por si era necesario defenderse.

—Puedes soltar la piedra. No os deseo ningún daño. No tengáis miedo —aclaró el fraile mientras se acercaba lentamente a la mujer.

—¿Qué has visto? —insistió María.

—Solo he sido testigo de la obra de Dios. Solo he visto a alguien que puede hacer lo mismo que hago yo.

Al terminar de pronunciar aquellas palabras, Salvador chasqueó los dedos y las mariposas que unos instantes antes jugaban con las dos mujeres, fueron a posarse sobre sus hombros.

—¡Me hacen cosquillas! —dijo el fraile en medio de una gran carcajada que acabó por contagiar a María y a Luna.

No fue necesario decir nada más. En aquel mismo instante, los tres tuvieron claro que, en el mismo lugar donde siglos atrás tres hombres con una cruz roja en el pecho habían elegido compartir un destino común, acababa de nacer una gran amistad.

Gracias a ello, pasaron la tarde conversando con la misma confianza que los viejos amigos que se reencuentran tras años de separación.

María y Luna estaban tan sorprendidas como satisfechas de haber conocido a alguien con quien poderse mostrar tal cual eran, sin miedo a ser juzgadas o rechazadas.

Cuando el sol empezaba a esconderse, se despidieron con el compromiso de verse unos días más tarde en Arnes, con motivo de la celebración de la Fiesta de la Miel, una jornada festiva en la que las abejas y la miel —tan presentes desde tiempos inmemoriales en aquellas tierras— servían de excusa para organizar un gran mercado que atraía visitantes de todos los pueblos cercanos.

Aunque lo que ninguno de los tres podía saber era que, en el mismo momento en que Luna y María tomaban el camino hacia casa —cuando las primeras estrellas aparecían en el cielo—, desde una de las celdas del convento, alzaba el vuelo una paloma que portaba un mensaje que habría helado la sangre al mismísimo Diablo.

Y es que desconocían que, muchos años atrás, alguien había decidido dedicar el resto de su vida a hacer cumplir un sagrado juramento de venganza. La señal que indicaba el comienzo de la cacería volaba, en aquellos instantes, sobre los campos de olivos y almendros floridos hacia un destino desconocido.

Al dirigirse hacia la entrada del convento, Salvador se sorprendió al ver que unas manos animaban el vuelo de la paloma mensajera desde una de las ventanas cercanas a su habitación. Aquella celda siempre había estado vacía y, a pesar de que en un primer momento no le prestó ninguna importancia, muy pronto se detuvo al sentir el escalofrío que le recorría la espalda. Intuía un grave peligro. Y enseguida supo que, a partir de aquel día, él y sus nuevas amigas deberían mantenerse con la guardia bien alta.

Con el ímpetu del que quiere evitar un gran mal, Salvador corrió en dirección a la puerta del convento y, al adentrarse en la celda desde la que alguien había liberado a la paloma, lo único que encontró fue una vela negra aún humeante y dos pequeñas figuras de cera con forma de mujer, sobre las que habían grabado los nombres de María y Luna.

Sorprendido, tuvo que esforzarse para ver que, en la figura de mayor tamaño,

alguien había clavado unas agujas oxidadas a la altura de los ojos.

«Padre nuestro que estás en los cielos, líbranos de todo mal», recitó mientras se santiguaba varias veces e intentaba alejar el profundo malestar que se había instalado en su corazón.

Tenía que avisar a sus amigas cuanto antes.

La Fiesta de la Miel

El segundo domingo de junio, tal como era costumbre, María y Luna se apresuraron a salir de su casa para dirigirse hacia la plaza Mayor, donde, con el tiempo justo, debían montar la parada en la que ofrecían jabones, perfumes elaborados con esencia de espliego, ungüentos para los golpes y diversas hierbas curativas.

Tenían poco tiempo antes de que llegara la avalancha de visitantes que, año tras año, ocupaba las calles del pueblo y, por ello, anduvieron a paso ligero cargadas con los voluminosos y pesados fardos, mientras repasaban mentalmente todo lo que tenían que hacer: colocar las tablas de madera sobre los troncos de olivo, extender el mantel bordado, desenvolver los paquetes...

Siempre habían disfrutado de la feria, pero aquel año, inquietas y temerosas por el extraño hallazgo que les había transmitido Salvador, tenían muy claro que debían acudir a aquella cita anual más por necesidad que por otra razón.

Además, y a raíz de lo sucedido, se habían visto en un par de ocasiones con su amigo, intentando encontrar una explicación coherente que justificara la presencia de aquellos objetos en un lugar tan sagrado como el convento; pero no lo habían conseguido.

Eso sí, de lo que no tuvieron ninguna duda —después de estudiar minuciosamente la vela y las figuras de cera—, era que su escurridizo oponente era un experimentado practicante de las artes oscuras.

Por tanto, debían extremar las precauciones.

«Una fuerza oscura nos persigue. Y el nigromante es poderoso, muy poderoso», pensó María, después de haber consultado en viejos libros la naturaleza del ritual que se había llevado a cabo en el convento el día de su primer encuentro con el fraile Salvador.

«Y debe estar muy bien relacionado para que alguien le abra las puertas de una comunidad tan pequeña sin despertar ningún tipo de sospecha», siguió pensando sin compartir su preocupación con Luna.

María estaba realmente preocupada, más si cabe desde que, coincidiendo con el macabro descubrimiento, empezó a notar las primeras molestias en los ojos.

Desde hacía varios días su visión no era, ni mucho menos, tan nítida como solía ser unas pocas semanas antes. Y a pesar de que primero lo atribuyó a alguna molestia pasajera, poco a poco se convenció de que era víctima de un maleficio, con lo que se vio obligada a recurrir a antiquísimas fórmulas magistrales para contrarrestar los efectos de aquel mal de ojo que sufría.

Colocó bajo la cama unas tijeras abiertas y dos dientes de ajo —uno entre las

hojas y el otro dentro de los agujeros de los mangos—, y repitió durante una semana, antes de dormir y hasta la extenuación, una letanía cargada de poder: «Que el ajo te haga huir, que las tijeras te corten, que todo lo que me envías te vuelva multiplicado por mil».

Y hasta que no empezó a recuperarse, no fue consciente de que estaba experimentando otra de las batallas de una guerra milenaria que había enfrentado a los hombres desde los primeros albores de la humanidad.

El conflicto entre el bien y el mal, entre el blanco y el negro, entre el orden y el caos.

Así que, con tales pensamientos rondándole por la cabeza, era evidente que el hecho de participar aquel año en la feria le causaba demasiadas preocupaciones. Pero en un acto de valentía, tanto ella como Luna y el fraile Salvador, habían decidido que nada ni nadie podría condicionar sus vidas. Es más, si mantenían todos los sentidos alerta y los ojos bien abiertos, incluso era posible que tuvieran entre sus manos la posibilidad de encontrar alguna pista que les facilitara información sobre su enemigo.

Ahora más que nunca, necesitaban una luz que iluminara su camino.

—Lo más lógico es pensar que aquel al que buscamos sea uno de los hermanos que se han incorporado más tarde a la comunidad a la que pertenezco, ¿no crees, María? —comentó Salvador.

—Sí, tienes razón, pero intuyo que solo vemos la parte más superficial del asunto. Este ritual de artes oscuras esconde una trama mucho más elaborada. ¿Quién se tomaría tantas molestias por dos mujeres humildes como nosotras? Y, sobre todo, ¿cuál es el motivo que le mueve a actuar de esa manera? Algo se nos escapa, Salvador, y hasta que no tengamos claro cuál es el origen de toda esta locura no sabremos a qué nos estamos exponiendo.

Preocupada, María había querido buscar consejo entre sus amigas. Cinco de las mujeres más ancianas y sabias de aquellas tierras, con quienes compartía algo más que una simpatía mutua.

Aprovechando la celebración de la feria, donde la gran afluencia de gente conseguiría que su presencia pasara completamente desapercibida, convocó una reunión con el objetivo de encontrar respuestas a las muchas preguntas que rondaban por su cabeza de forma insistente.

Llegada la hora convenida, dejó a Luna a cargo de la parada y se dirigió, discretamente, a la intimidad de la casa de la calle Mayor, donde la esperaban las ancianas.

Cinco mujeres conscientes de que existía algún motivo realmente importante que justificaba la urgencia con la que se había convocado la reunión.

Sin muchos preámbulos, decidieron entrelazar sus manos y formar un círculo, para que la más anciana empezase a hablar.

—María, hay una nube negra sobre vuestras cabezas y debéis estar alerta, muy alerta.

—Sabias amigas, este es el motivo por el que os he convocado a esta reunión — quiso aclarar la madre de Luna—. Desde hace varios días tenemos la certeza de que alguien muy poderoso, un practicante de las antiguas artes de la oscuridad, ronda nuestras vidas con un propósito que todavía no nos ha sido revelado. Tengo miedo por mi hija y por el fin de nuestro linaje.

—Haces bien en estar preocupada, María. El deseo del nigromante es eliminaros de la Tierra, tal como se hace con las malas hierbas. Le mueve la fuerza más poderosa e implacable de todas las que existen: la sed de venganza. Ten bien presente que solo se detendrá por dos motivos: su muerte o el cumplimiento de aquello a lo que juró dedicar el resto de sus días —advirtió la anciana.

—¿Cómo puedo descubrir a quién me enfrento? ¿Cuáles pueden ser los motivos que muevan a un hombre al que ni tan siquiera conozco a dedicarse con tanta pasión a este propósito?

—¿Y a ti quién te ha dicho que no le conoces, María? Antes de hacer esta afirmación deberías hablar con alguien que conoce la clave de todo este misterio. Deberías visitar hoy mismo a un viejo amigo de tu madre. Seguro que tiene cosas muy interesantes por explicarte —insistió la vetusta mujer, mientras María asentía.

Tan pronto como se deshizo el círculo, la joven se despidió de las ancianas y se dirigió hacia la parada donde Luna atendía a una numerosa clientela.

Sin detenerse, buscó con la mirada al fraile Salvador, que le respondió con un gesto apenas perceptible, indicando que todo estaba tranquilo y bajo control.

Con el ánimo un poco más sereno, se presentó en casa de Santiago, el viejo amigo de su madre, sin ser consciente en ningún momento de que, camuflado entre la gente, alguien la había seguido.

El hombre que había sido corregidor de Arnes durante tantos años, se encontraba en cama cuando María entró en su habitación.

—Los huesos ya no me responden, María, pero cada día doy gracias a Dios por la vida tan plena que me ha concedido —dijo el hombre al verla.

—Santiago, estoy muy contenta de verte. Ya sé qué hace tiempo que no te visito, puede que demasiado, pero hoy he aprovechado que mi hija está en la parada para escaparme un momento y venir a darte dos besos.

—Te lo agradezco mucho, María. Pero, dime, ¿va todo bien? —preguntó Santiago, sospechando algo.

—Sí, todo bien, muy bien —respondió, mintiendo con claridad.

—María, eres como tu madre. Ella tampoco sabía mentir, de manera que espero, por la confianza que siempre ha habido entre nosotros, que tengas la franqueza de explicarme cuál es el verdadero motivo de tu visita.

Una hora más tarde, María salió de casa de Santiago tiritando de la cabeza a los pies.

Lo que amenazaba sus vidas tenía muchas probabilidades de estar orquestado por un nombre que le resultaba vagamente familiar: el vicario Carbón.

Y lo que jamás hubiera podido imaginar era que, pocos minutos después de abandonar la casa de quien, durante muchos años, había sido el discreto protector de su linaje, un hombre se colaba en la habitación de Santiago.

Un individuo que, con la ayuda de una almohada, presionaba la cara del anciano hasta que cesaron los espasmos.

—¿Vos? —Fue la única palabra que pudo pronunciar la víctima antes de expirar, al descubrir la cara de su verdugo.

Justo en el momento en que Santiago era asesinado, alguien aprovechaba una riña entre un vendedor y un cliente descontento —que sirvió para distraer la atención de María y de Luna—, para dejar sobre la mesa de su parada un saco bañado en sangre.

Con la absoluta certeza de que su contenido no podía ser nada bueno, las dos mujeres lo abrieron lentamente para descubrir que, en su interior, había la cabeza de un gato negro.

Al escuchar los gritos de madre e hija, Salvador acudió rápidamente en su auxilio, y no tardó en pedirles que recogieran la parada y regresaran a su casa.

Resultaba evidente que su enemigo estaba muy cerca y, después de buscar con la mirada algún detalle extraño que pudiera delatar su identidad, se fijó en una figura menuda que se abría paso a codazos entre la multitud.

Como si estuviera impulsado por un resorte invisible, Salvador salió tras el desconocido.

Pese a sus esfuerzos no lo pudo atrapar, aunque descubrió en el suelo un objeto que el hombre acababa de perder en su huida. Se trataba de una cruz de marfil negro —como una noche sin luna y de una belleza extraordinaria— con unos extraños símbolos grabados, que era incapaz de descifrar.

Al cabo de un rato, mientras Luna preparaba una sopa de verduras en la casa de la calle Mayor, María explicó todo lo que le había contado Santiago.

Sorprendidos por el rumbo que estaban tomando los acontecimientos, permanecieron en silencio, mientras observaban, perplejos, el objeto que había perdido el hombre a quien Salvador había perseguido. La cruz estaba encima de la mesa, justo al lado de los platos, y parecía incitarles a tomar parte de un juego macabro al que ellos se resistían. Solo una hora más tarde, cuando la noticia de la muerte de Santiago se había propagado por el pueblo como un reguero de pólvora, a pesar de que el médico había asegurado que se trataba de una muerte natural, María no pudo reprimir las lágrimas por un hecho del que se sentía directamente

responsable.

La luna llena

Aprovechando el último plenilunio de primavera, María quiso hacer un ritual donde el poder de la Madre Luna y la fuerza sutil del Agua se unirían para proteger y purificar el alma de su hija, la de Salvador y la suya.

Para ello, se encontraron en una de las balsas naturales que el río Algars formaba muy cerca de Arnes y, a pesar de que aquel popular lugar siempre estaba abarrotado de gente que acudía para refrescarse, aquella noche, por el frío que hacía, solo estaban ellos tres.

«En este lugar se respira paz», pensó Luna mientras remojaba las manos en las mansas aguas.

María esperaba el momento de máximo esplendor de la Madre Luna —su posición en el cielo debía corresponder a una posición exacta, creando un ángulo perfecto con la Estrella del Norte, para que el ritual fuera efectivo— y, mientras tanto, Salvador observaba los movimientos de los animales que se habían acercado a la balsa para beber.

Cuando apareció un magnífico ejemplar de cabra hispánica, los tres contuvieron la respiración para no molestar al enorme macho, que ajeno a su presencia —y con la tranquilidad propia de quien se siente entre amigos—, avanzaba lentamente mientras buscaba el lugar más confortable desde donde poder apaciguar la sed. En el momento en que el animal estuvo a solo un par de metros de ellos, ladeó ligeramente la cabeza y emitió una especie de silbido. Casi al instante, un numeroso grupo de cabras, la mayoría hembras y crías, se acercaron, y después de dirigir una mirada curiosa hacia Luna y Salvador, bebieron agua con generosidad hasta saciarse.

Cuando Luna buscó a su madre con la mirada, la vio sentada a los pies del macho, acariciando la cabeza del animal, en una escena que tanto a la joven como a Salvador les pareció de lo más normal.

—Podemos estar tranquilos. No nos ha seguido nadie —aseguró María mientras el rebaño de cabras se alejaba de su lado para perderse entre las rocas—. ¡Así que ya podemos empezar!

Salvador y Luna observaron las idas y venidas de María hasta el río, donde llenó tres pequeños cuencos de madera que depositó al lado de la hoguera que acababa de encender.

—Acercaos, por favor —dijo María mientras levantaba el cuenco que tenía entre las manos hacia la luna y les pedía a sus acompañantes que la imitaran—. Madre Luna, en estos tiempos oscuros que nos toca vivir, venimos a ti en busca de consuelo. Ayúdanos a encontrar en el interior la fuerza necesaria para derrotar a nuestros

enemigos. Seres sagrados que vivís en el agua, fuerzas sutiles que esculpís las duras rocas, yo os invoco aquí y ahora para que purifiquéis nuestras almas y las protegáis.

Seguidamente, invitó a Luna y a Salvador a beber de sus respectivos cuencos.

—¡Lanzadlos a la hoguera, ahora! —gritó María—. Dejad que el poder del Agua, del Fuego y de la Madera se unan para purificar nuestros cuerpos —añadió mientras cogía las manos de su hija y de Salvador y les invitaba a saltar por encima de la hoguera, que, en aquellos instantes, comenzaba a desprender un espeso humo de tonalidad blanca.

La cara de satisfacción de María fue la señal que les indicó que el ritual había finalizado.

—Todo ha ido bien —dijo en voz baja—. Todo ha ido muy bien —repitió mientras se desnudaba y comenzaba a nadar en el agua.

Hierbas, pócimas y ungüentos

—Explican viejos mitos que el dios Apolo se enamoró perdidamente de la ninfa Dafne, quien había consagrado su virginidad a la diosa Venus y, por tanto, no se podía entregar a ningún hombre. Frente al acoso de Apolo, Dafne pidió ayuda a las divinidades hasta que sus súplicas fueron escuchadas desde el Olimpo. Una tarde que el dios perseguía a su amada, consiguió acercarse lo suficiente como para tocar la piel de la joven y, al instante, Dafne se convirtió en un laurel. ¿Me estás escuchando, Luna? —preguntó María para llamar la atención de su hija.

—Sí, madre, te escucho —respondió Luna entre evidentes muestras de aburrimiento.

—Lo que te quiero decir es que, desde tiempos inmemoriales, los hombres hemos consagrado la vida a las plantas. Con ellas nos hemos alimentado, nos hemos vestido y también las hemos utilizado para curar enfermedades. Los bosques están llenos de vida, y las plantas que encontramos tienen un poder inimaginable, ya que de la misma manera que tienen la capacidad de sanar, también pueden matar. Nuestros conocimientos deben comprender los dos mundos: el de la vida y el de la muerte. Y hoy quiero hablarte de todo esto, Luna; de remedios y de venenos.

—¡Madre, ya veo por dónde vas! Déjame adivinar. Otra tarde copiando recetas, ¿verdad?

—Si cuando yo digo que eres la muchacha más lista del mundo no voy tan desencaminada. Pero ahora, por favor, ves escribiendo con esta letra tan bonita que tienes, lo que te iré dictando —dijo María, mientras Luna asentía tranquilamente.

Para los resfriados

Los ingredientes necesarios para preparar este remedio son los siguientes:

Siete u ocho ramas pequeñas de romero en flor
Seis cucharadas rasas de azúcar
Seis cucharadas rasas de miel clara (si es espesa, tres cucharadas)
Tres medidas de agua

Se hierven todos los ingredientes durante un cuarto de hora y después se cuelean. Se recomienda tomar este remedio durante todo el año, por las mañanas, mezclado con el zumo de un limón.

Para tratar el insomnio

El mejor remedio para tratar el insomnio es poner una rama de valeriana debajo de la almohada. Además, esta hierba es muy útil como sedante y se utiliza para calmar los nervios.

Para la caída del cabello

Para evitar la caída del cabello prepararemos una loción con los siguientes ingredientes:

Una medida de aceite de oliva
Ocho nueces peladas y partidas por la mitad

Pondremos el aceite en un vaso y añadiremos las nueces. Dejaremos el vaso en un sitio fresco durante una semana y cada noche mezclaremos bien los ingredientes de la loción. Una vez pasado este tiempo, untaremos los dedos y nos haremos un suave masaje en la cabeza. Esperaremos tres horas y ya nos la podremos aclarar. Esta loción se utilizará tres veces al mes.

Para tener los dientes blancos como la nieve

Para tener unos dientes blancos como la nieve prepararemos una pasta con los siguientes ingredientes:

Dos cucharadas de piel de limón
Media medida de levadura de cerveza
Dos cucharadas pequeñas de sal

Se muelen las pieles del limón, bien finas, y se mezclan con la levadura y la sal. Untamos el dedo corazón con la pasta resultante y lo frotamos por los dientes. Se recomienda hacerlo como mínimo una vez al día.

—¡Madre, corres demasiado! De tanto escribir se me está durmiendo la mano. Va, ¡déjame descansar un rato! —dijo Luna, llena de dulzura—. Mientras descanso, ¿por qué no me hablas de las otras plantas?

—¿A qué plantas te refieres? —respondió María haciéndose la despistada.

—¡Tú ya me entiendes! Háblame de las otras plantas que son mágicas. De esas que te permiten matar e incluso volar —insistió Luna.

—Está bien, hija —concedió María—, pero deberás estar muy despierta porque te hablaré de las hierbas más poderosas que existen, capaces de provocar algo más serio que un simple dolor de barriga. Luna, a partir de ahora deberás recordar el nombre y las propiedades de las cuatro plantas más venenosas y mágicas que siempre deberán formar parte de tu botiquín: la belladona, el estramonio, la mandrágora y el beleño negro. Eso sí, debes saber algo importante: hay muchas personas que fanfarronean de ser brujas y sanadoras, pero en realidad lo único que saben hacer es un mal uso de unos conocimientos sagrados que, desgraciadamente, parecen tomarse a broma. Yo misma, hace ya mucho tiempo, quise experimentar con los efectos de estas plantas y te puedo asegurar que poseen tales propiedades que te permiten viajar más allá de nuestra realidad. Es imposible ir por el cielo montada en una escoba, hija, pero el día en que me unté el cuerpo con un ungüento que yo misma preparé mezclando grasa, polvo de amapolas, pipas de girasol y beleño negro, hice el viaje más extraño y divertido de toda mi vida. ¡Recuerdo que no podía dejar de reír!

—No sufras, madre, yo sería incapaz de hacer algo así —soltó Luna, mientras anotaba mentalmente los ingredientes de aquel ungüento maravilloso.

Era evidente que pensaba todo lo contrario.

—Mira, bonita, no me mientas. Cuando lo quieras probar, lo único que te pido es que me lo digas y así podremos preparar el ungüento juntas. No me gustaría verte por casa riendo como una loca por cualquier tontería más tiempo del imprescindible.

El mensaje de María fue rotundo, claro y directo. Así que la única cosa que pudo hacer Luna, sorprendida una vez más por la capacidad que tenía su madre para leerle los pensamientos, fue bajar la cabeza y asegurar, tímidamente, que así lo haría.

Los refugiados

María y Luna acudieron puntualmente a la cita que Salvador había convocado aquella misma tarde.

Cuando llegaron al campo oculto entre la espesura de un bosque de pinos, les sorprendió ver una docena de desconocidos que, sentados alrededor del fuego, charlaban animadamente con el fraile.

Al verlas, Salvador dio la bienvenida a las dos mujeres, entre evidentes muestras de simpatía. Como buen anfitrión, enseguida quiso presentarlas al grupo, mientras la mayoría de los presentes se había levantado para ayudar con los últimos detalles de una cena que prometía.

Lo que parecía ser el plato fuerte, se iba asando lentamente sobre las brasas.

—María y Luna, es un auténtico placer presentaros al perfecto Guillermo Bélibaste y a sus dignos acompañantes; unos amigos que vienen de muy lejos. Hace años iniciaron un largo exilio que les ha llevado a recorrer medio mundo y ahora, por fin, se encuentran cerca de su destino final —dijo Salvador ante la atenta mirada de sus dos invitadas—. Queridas amigas, a pesar de los peligros que nos acechan, habéis sido convocadas a esta reunión para que podáis conocer a los últimos cátaros vivos. Hombres y mujeres que han sido perseguidos prácticamente hasta su aniquilación.

—¿Y quiénes son los cátaros? —preguntó Luna, sorprendida por el secretismo que rodeaba aquella reunión—. Pero si parece más una cena entre amigos que no un encuentro con fugitivos —continuó diciendo, sin entender nada.

—¡Luna, espero que jamás pierdas tu espontaneidad! —respondió Guillermo, mientras cogía al vuelo la oportunidad que le brindaba la joven para explicar su historia—. Como bien ha dicho Salvador, somos los últimos seguidores de una religión basada en el cristianismo, pero con diferencias lo suficientemente significativas como para convertirnos en personas no gratas para los más poderosos. En nuestra religión, la naturaleza es el templo donde hacemos nuestras plegarias y, por tal motivo, hemos aprovechado los altares que muchos pueblos precristianos levantaron en lugares sagrados. Como por ejemplo nuestro querido Montsegur, uno de los más venerados del mundo, pero que, por paradojas del destino y por pura ignorancia, nuestros perseguidores bautizaron con el nombre de la Sinagoga del Diablo; hecho que alimentó aún más el odio hacia nosotros.

—¿Y por qué os persiguen? —preguntó Luna mientras pensaba en la experiencia de su propia familia.

—Hemos sido perseguidos durante muchos siglos por la Iglesia, porque siempre se nos ha considerado unos rebeldes. Nos negamos a pagar impuestos, es cierto, pero

siempre hemos sido críticos con la política de terror que han utilizado para doblegar la voluntad de las personas. Nosotros no tememos a la muerte y, por tanto, tampoco podemos temer los tormentos con los que pretenden amenazarnos. Para nosotros, el infierno está aquí en la Tierra, y no podemos concebir un Dios que sea capaz de condenarnos al sufrimiento eterno por el simple hecho de pensar libremente y ser hombres susceptibles de equivocarnos en nuestras decisiones y en nuestros actos.

—Pero esto que nos explicas no nos sorprende, ¿verdad madre?

—Oh, por supuesto, Luna —dijo Salvador mientras la miraba, complacido—. Precisamente por eso os he invitado, para que podáis comprobar por vosotras mismas que, desgraciadamente, no sois las únicas que estáis en peligro. Somos muchos. Muchos más de los que jamás podríais llegar a imaginar.

—Guillermo —interrumpió María, cada vez más interesada en la conversación—, Salvador te ha presentado como perfecto. ¿Qué significado tiene? ¿Eres un obispo de vuestra religión?

—Más o menos, María. Pero antes me gustaría explicaros en qué se basa nuestra religión. Seguro que encontrareis más puntos en común de los que podéis imaginar. Veréis, el «catarismo» se fundamenta en el conocimiento y en la antigua idea del dualismo entre el bien y el mal. Nosotros no creemos en el simbolismo de la cruz, por estar cargado de sufrimiento, sino en el Jesús vivo y radiante; leemos el Nuevo Testamento y la única oración que rezamos es el padrenuestro. Respecto a tu pregunta, nuestro equivalente al Papa es el hombre al que llamamos Anciano. Es decir, sería el grado más elevado de la jerarquía eclesiástica. Y antes de que me lo preguntes, te confirmo que efectivamente ese es el cargo que ocupo. En condiciones normales vestiría una túnica azul, pero las circunstancias que nos toca vivir me lo impiden. La discreción es imprescindible para asegurar nuestra supervivencia.

—¡Bien, basta de charlas! —interrumpió Salvador—. Me parece que la cena está a punto. Ya tendremos tiempo de hablar, más tarde.

Las costillas a la brasa era uno de los platos preferidos de Luna y, a pesar de que María insistía en que su dieta debía ser básicamente vegetariana, la realidad era que la joven saltaba de alegría cada vez que las comía. Y lo hacía con tal placer, que prácticamente no dejaba ni los huesos.

Para acompañar la carne de cordero, sus anfitriones habían preparado unas espléndidas ensaladas hechas a base de lechuga, cebolla y unas aceitunas verdes que daban ese punto fuerte que tanto le gustaba a la muchacha.

Después de comer, medio a escondidas un número indefinido de costillas —ni se sabe cuántas— y de ir echando los restos a un perro que acompañaba a los refugiados, Luna se incorporó a la conversación que mantenían María y Guillermo.

—¿Cuál es el motivo que os ha traído a esta tierra? —preguntó su madre.

—Lo cierto es que no somos los primeros cátaros que han pasado por aquí.

Mucho antes que nosotros, algunos hermanos siguieron la Ruta de los Cátaros hasta llegar a Tortosa, a través de campos y senderos olvidados. Su destino, como el nuestro, era el pueblo de San Mateo, en el Maestrazgo. Un lugar muy especial, donde hasta ahora siempre han convivido con respeto y tolerancia las personas de distintas culturas y religiones. Tanto nuestros predecesores como nosotros hemos tenido mucha suerte, ya que durante el largo periplo que nos ha tocado vivir, siempre hemos contado con las simpatías de muchas personas de corazón puro que nos han ayudado. Desde caballeros templarios en su día, hasta alquimistas hace tan solo unas pocas semanas.

De hecho, si visitáis el antiguo cementerio de Fuentespalda, podréis ver estelas funerarias cátaras al lado de tumbas de templarios, ejemplo evidente de que siempre es posible convivir en paz si hay voluntad para hacerlo.

«Siempre ha habido buena gente», pensó Luna, mientras miraba de reojo a Salvador.

—Pero quiero confesaros —añadió de repente Guillermo—, que si le hemos insistido a Salvador para que se celebrara esta reunión, ha sido con un único objetivo. Para nosotros, es motivo de gran orgullo poder saludar a la última descendiente viva de Bertrán, amigo y defensor de nuestro pueblo hasta el último de sus días. Por eso hemos venido hoy Luna Aymerich; queríamos mostrarte nuestro respeto.

La muchacha —que en aquel preciso instante se había distraído, buscando con la mirada alguna solitaria costilla a la que poder hincar el diente— reaccionó inmediatamente al escuchar su nombre y, al ver como los extranjeros se arrodillaban ante su presencia, notó como se le encendían las mejillas. Estaba sorprendida por la actitud de sus anfitriones.

Luna no entendía nada de lo que estaba sucediendo y, en un ataque de espontaneidad que desarmó a todos los presentes, solo pudo decir:

—¿Quedan más costillas?

Las señales de Dios

A la mañana siguiente, tan solo abrir los ojos, Salvador tuvo la certeza de que algo no iba bien. Y esta vez no se trataba de ninguna intuición sobre sus amigas, sino de algo mucho más sencillo.

A pesar de que el joven fraile se encontraba en plenas facultades físicas —las excursiones por la montaña habían esculpido cada uno de los músculos de su cuerpo—, no tenía fuerzas para levantarse de la cama. Lo primero que pensó era que estaba enfermo y, quizás, la generosa cena de la noche anterior se le había indigestado. Pero no tardó en comprender que aquella sensación era completamente nueva para él.

Literalmente, Salvador notaba un gran peso encima, como si una presencia, invisible a sus ojos, le estuviera inmovilizando.

Y por primera vez en su vida se asustó de verdad, y en cuestión de minutos el miedo se transformó en algo mucho más profundo.

Sin más, el fraile conoció en primera persona el indescriptible regusto de un terror que no tardó en secarle la boca, dejándosela más áspera que el esparto.

De repente, unas terribles punzadas le hicieron estremecerse de arriba a abajo. Y sin tiempo ni de pestañear, notó como se le desgarraban las muñecas, como si alguien le estuviera atravesando las manos con afilados clavos de hierro, tal como le había sucedido a Jesús en la cruz.

Su primera reacción fue gritar, con las fuerzas que aún le quedaban, para pedir ayuda a sus hermanos, pero el dolor era tan intenso que fue incapaz de articular ningún sonido. Al verse muerto, e inmerso en un sufrimiento inhumano, quiso dedicar la poca energía que le quedaba en liberar la mente del tormento, y empezó a repetir la única oración que siempre le había reconfortado en los momentos más duros.

—Padre Nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre...

Justo en el momento en que su cuerpo empezaba a relajarse, un nuevo espasmo todavía más violento, lo lanzó por los aires como si estuviera impulsado por una fuerza invisible que jugaba cruelmente con él. El impacto contra la pared de la habitación fue brutal y, al aterrizar bruscamente contra el suelo como si fuera un muñeco de trapo, sintió que se le quebraba un hueso del brazo y la sangre empezaba a resbalarle por la frente.

Desgraciadamente, no se trataba de ningún sueño.

—¡Salvador, abre la puerta, por el amor de Dios! —gritaba un fraile mientras intentaba abrir la puerta desde el exterior, infructuosamente.

—¡Vamos a tirarla abajo! ¡Parece que esté cerrada por dentro! —advirtió otro de

sus hermanos.

Justo antes de que nadie pudiera mover ni un dedo, la puerta se abrió sola dejando ver un espectáculo que marcó para siempre a los frailes presentes.

En medio de la celda destrozada —parecía que hubiera pasado un huracán—, el cuerpo de Salvador se encontraba suspendido en el aire, mientras una misteriosa niebla que olía a rosas recién cortadas se escapaba lentamente por la puerta abierta.

Dios había hablado, y lo había hecho con tal contundencia que nadie dudó de que el fraile Salvador era un elegido; un auténtico ángel encarnado en hombre. Los estigmas que acababa de sufrir, así lo demostraban.

Aprovechando la confusión del momento —mientras algunos frailes llevaban a Salvador a la cama para hacerle las primeras curas—, uno de sus hermanos recuperaba, con gran alegría, el crucifijo que había perdido días antes por las calles de Arnes durante la celebración de la Fiesta de la Miel.

III

Verano

El camino iniciático

Salvador era incapaz de recordar nada de lo sucedido.

A parte del brazo roto y de las numerosas heridas que tatuaban su cuerpo, algo había cambiado en su interior.

—Tienes una mirada distinta —dijo María. Desde el incidente, lo visitaba a diario para curarle las heridas—. Te noto los ojos más brillantes y serenos.

—Mi mirada es diferente porque lo que he vivido me ha abierto los ojos a lo que antes era invisible —respondió Salvador.

«Una iniciación», pensó enseguida la mujer.

—María, creo que no debes demorar más lo que está escrito para Luna —continuó el fraile después de dudar unos instantes—. Mañana es la noche de San Juan, y como bien sabes, es una de las noches más mágicas del año. Es el mejor momento para iniciar a tu hija en las artes que tan bien conoces. Y no me refiero a preparar remedios para curar los resfriados. Luna debe andar su propio camino y te sugiero que empiece a hacerlo cuanto antes.

—¿Qué es lo que me estás proponiendo exactamente, Salvador? —preguntó María, mientras el fraile miraba por la ventana de la celda en dirección a la cima de la montaña de Santa Bárbara y señalaba la cruz que coronaba su punto más alto.

—Luna debe pasar la noche en vela, recorriendo el camino que conduce hasta la cruz, acompañada únicamente por sus pensamientos.

En silencio, y mientras valoraba la propuesta de Salvador, María se fijó en cómo Luna paseaba, despreocupada, por el huerto lleno de frutos, el mismo que los frailes cuidaban con tanta dedicación.

—María, tu hija es una mujer fuerte y está bendecida por la mano de Dios. En el futuro deberá transmitir los conocimientos que ha ido adquiriendo gracias a la generosidad de las mujeres de vuestra familia. No será sencillo, pero la recompensa que le espera al final del camino será el mejor homenaje para ti y para todas aquellas mujeres que habéis sido perseguidas por ser como sois. Tengo el presentimiento de que es importante que este camino lo empiece a recorrer tan pronto como sea posible. Hoy mismo, a ser posible.

—¿Y qué sucede con nuestro esquivo enemigo, Salvador? ¿Te das cuenta del peligro que puede correr Luna, sola y en medio de la oscuridad?

—Ten fe, María. Dios la protegerá, no lo dudes —dijo el fraile, intentándola tranquilizar.

—¡Pero es tan joven!

—Es cierto, es joven, pero no puedes mantenerla siempre encerrada en una jaula

de cristal por miedo a lo que desconocemos. Luna es mucho más poderosa de lo que imaginamos, así que dejemos que vuele, María. Solo así descubrirá cuáles son los límites de su poder.

—Que Dios te escuche, Salvador —acabó claudicando María—. Hablaré con ella y le dejaré la bolsa con la comida que hemos traído para que pueda alimentarse durante la noche.

—No, María, nada de comida. Es un camino que debe hacer solo acompañada de sus pensamientos. El trayecto es corto y en principio estará fuera pocas horas. Pero debemos dejar que sea ella quien decida el tiempo que necesita para ese viaje. Tiene mucho por descubrir, y es importante que se sienta libre para elegir, en todo momento, el camino que le marque su corazón —explicó Salvador, ante la atenta mirada de María.

Luna no acabó de entender la petición de su madre, quien la alertó de los peligros. Por un lado, se sentía aterrorizada de pensar que debía pasar la noche sola, al alcance de sus enemigos. Pero también sentía una fuerza que la impulsaba a superar los miedos y la animaba a partir en busca de su propio destino.

Antes de que el sol diera paso a la noche, las dos mujeres se despidieron.

—Todo irá bien, madre. Te lo prometo —dijo Luna mientras la abrazaba.

—Las estrellas guiarán tu camino, pequeña. Ahora ve en paz, ha llegado el momento.

Luna se anudó el pañuelo en la cabeza, se puso un manto de lana para protegerse del frío y, con paso decidido, inició el ascenso a la montaña, mientras se repetía una y otra vez la promesa que le había hecho a su madre.

«No permitiré que nada desvíe mis pasos», se dijo a sí misma cuando giró la cabeza una última vez y descubrió que ya no podía ver las luces del convento.

Justo cuando Luna perdía de vista las luces que iluminaban las diferentes estancias, un hombre se deslizaba por la ventana de su celda y cogía, a toda prisa, un atajo que conducía directamente a la cima de un acantilado.

Con agilidad felina, escaló por unas rocas que había cerca del camino. Desde aquel lugar podría controlar en todo momento la situación exacta de la joven y atraparla en el momento oportuno.

«Es un lugar perfecto para matar a la joven bruja sin que nadie sospeche nada», se dijo el asesino mientras sonreía al pensar en el error que acababan de cometer Salvador y María. «¡Estúpidos ignorantes!», escupió. «Dentro de muy poco ya podré borrar uno de los nombres que aparecen en la lista».

Mientras tanto, María y Salvador organizaban un campamento improvisado bajo la luna. Habían decidido pasar también la noche en vela para proteger a la joven de cualquier peligro que pudiera desviarla del camino que acababa de tomar.

—Sé que hay alguien que protege a mi hija desde el cielo, Salvador, pero esta

noche su vida correrá un grave peligro —dijo María mientras cogía a su amigo del brazo.

—Lo sé —respondió el fraile—. Y no creo que me equivoque si te digo que nuestro hombre ya debe andar tras los pasos de Luna. Pero ten fe, María. Él la protegerá. No lo dudes.

—¿Y cómo puedes estar tan seguro?

—Seré directo, María: Él me lo ha dicho. Y su mensaje ha sido muy claro.

Ajena a aquella conversación, Luna se sentó al lado de una fuente que nacía de entre las rocas y, mientras recuperaba el aliento, dejó que las frías aguas que brotaban de las entrañas de la tierra, fluyeran entre sus dedos. La sensación era tan agradable que no se dio cuenta de que la piel se le arrugaba a una velocidad vertiginosa. Se sentía tan a gusto que cerró los ojos para concentrarse en aquella sensación, pero apenas los entornó, le vino a la cabeza una imagen que le resultaba extrañamente familiar. En ella, se veía a sí misma nadando frente a una gran ciudad rodeada de murallas que se levantaba a la orilla del mar.

«¿Visiones en la oscuridad?», se dijo mientras intentaba descifrar el significado de lo que acababa de suceder.

Se sentía en paz, a pesar de estar rodeada de oscuridad; a pesar de estar rodeada de animales que la rondaban; a pesar de los peligros de los que le había alertado su madre, y se sorprendió por su serenidad.

Durante los últimos meses, todo lo que representaba su mundo conocido, lo que le aportaba seguridad, parecía haber desaparecido. Pero, a pesar de la incertidumbre, Luna entendía que aquella experiencia era la confirmación de que la vida era una aventura mágica y llena de sorpresas —a veces agradables y otras no tanto—, y que la única persona que podía extraer un aprendizaje era ella misma.

A nadie más que a ella debía dar explicaciones.

Pese al caos que la rodeaba, Luna se sentía orgullosa de pertenecer a un antiguo linaje formado por gente tan sabia que era capaz de ver lo invisible, de acercarse a la esencia de las cosas, de lo que realmente importa. Y mientras se secaba las manos en el manto, empezó a imaginar cómo sería su vida en el futuro, si Dios era generoso y le concedía una larga vida.

Como cualquier joven de su edad, se imaginó casada con un hombre maravilloso que la trataría como a una auténtica reina. Ella le daría un montón de hijos. Pero cuando volvió a ver la imagen en la que aparecía nadando frente a la gran ciudad amurallada, dedicó todos los esfuerzos en adentrarse en su interior para averiguar el significado de lo que le estaba susurrando su alma. Sin miedos ni prejuicios, decidió adentrarse en las profundidades de aquel mar en el que se veía buceando una y otra vez.

La siguiente imagen que le vino a la cabeza fue la de una calle. Un paseo, en

realidad, que serpenteaba desde el mar hasta el corazón de la gran ciudad.

Se veía paseando por aquel lugar, turbada por la riqueza de los colores, los aromas y las personas que abarrotaban la calle, llena de paradas y objetos que ella ni tan siquiera podía llegar a imaginar que existieran.

Las siguientes escenas aparecieron y desaparecieron de su mente a una velocidad fulgurante. Y cuando se volvieron a congelar, se vio vestida de blanco en medio de un palacio rico y fastuoso, donde curaba enfermos y era alabada y respetada por sus aptitudes y buen hacer.

De repente, el ensordecedor ruido de una avalancha, la obligó a abrir los ojos y a despertar de su sueño. Con el tiempo justo para esquivar la enorme roca que caía en el lugar donde se había detenido, Luna se protegió bajo un saliente de la montaña, donde se quedó un rato, quieta y expectante.

Quería asegurarse de que no se produjeran más desprendimientos, antes de retomar el camino.

Cuando se sintió segura, salió del escondite y se sorprendió al distinguir los movimientos furtivos de un animal, acompañados de una especie de gemidos ahogados que provenían de unos árboles situados unos metros por encima de su cabeza. A pesar de que la noche era clara, la espesura del bosque de encinas le impidió ver nada.

Con lo que decidió alejarse y no demorar más la marcha, mientras en su interior se convencía, muy a su pesar, de que algo la estaba siguiendo, ocultándose en la oscuridad.

Pero Luna no sabía que un fiel aliado de la naturaleza la vigilaba y protegía.

Tras llegar a la cima, cuando la luna pintaba la tierra del color de la plata, se estiró junto a la cruz para disfrutar del paisaje.

Lentamente, mientras jugaba a crear figuras con las estrellas que inundaban el cielo, sus ojos fueron cerrándose hasta que se rindió a un sueño profundo.

Si Luna hubiera sabido lo que solo un rato antes había sucedido, quizás no se hubiera dormido con tanta tranquilidad.

Y es que cuando su asesino —que el vicario Carbón había reclutado para poner fin a su vida, a la de su madre y la de su nuevo amigo— había abandonado su escondite para atacarla a traición, un lobo de enormes dimensiones lo había interceptado, atenazándole el gárgula hasta dejarlo sin sentido. Y acto seguido, había arrastrado el cuerpo del ejecutor hasta las puertas del convento, como señal de advertencia.

De buena mañana, cuando Luna volvió al convento, se encontró con la desagradable estampa. En medio de un gran charco de sangre, y con el cuello abierto de lado a lado, yacía el cuerpo de un hombre que había muerto desangrado durante la noche.

Un pequeño grupo de frailes lo observaban sin entender nada, mientras unos metros más allá, María y Salvador contemplaban la escena, conmovidos.

—Se ha cumplido la voluntad de Dios —dijo el fraile mientras cogía del brazo a la mujer para apartarla de aquel lugar.

—Efectivamente, Salvador. Pero la muerte de nuestro enemigo no ha sido rápida ni indolora —aclaró María.

—Dios ha hablado con contundencia. Y de la mano de su ángel ha querido que el mensaje fuera suficientemente claro para todos.

Mientras María se fundía en un caluroso abrazo con su hija, Salvador no pudo evitar dedicar una última mirada al cuerpo sin vida del prior de su convento, que justo en aquellos momentos era levantado por los frailes.

«Que Dios os perdone por vuestros pecados», pensó mientras recordaba el amoroso trato que siempre le había dispensado el difunto; su superior y confesor, desde el mismo momento en que Salvador se había incorporado a aquella pequeña comunidad de franciscanos, perdida entre las montañas de la Terra Alta.

La noche de San Juan

A la noche siguiente, las cinco ancianas estaban inmersas en un profundo silencio que quedó interrumpido por el ruido de las ramas que se iban rompiendo a medida que María y Luna se acercaban al claro del bosque.

Allí donde los antiguos habían erigido un altar para rendir tributo a las fuerzas de la naturaleza, el grupo de mujeres iba a dar la bienvenida al verano.

Y no querían que fuera una bienvenida cualquiera.

—¡Llegáis tarde! —dijo Dolores.

—Os pedimos disculpas. No tenemos ninguna excusa que justifique nuestro retraso, pero lo cierto es que, aunque parezca increíble, nos hemos perdido varias veces y hemos estado andando en círculo durante un buen rato —aclaró María.

Al escucharla, la anciana sonrió satisfecha al comprobar la eficacia del encantamiento que había lanzado un rato antes, para proteger de miradas indeseables el lugar sagrado donde se encontraban.

—No os preocupéis, todo estaba previsto —añadió sonriente—. Pero ahora que habéis llegado, es importante que no perdamos más tiempo. Os ruego que os vistáis con las túnicas que encontraréis al lado de la hoguera. Después, acompañadnos en nuestro silencio alrededor del fuego. Debemos estar preparadas para cuando llegue el momento de la Luz. Ya no tenemos demasiado tiempo —añadió Dolores, después de levantar la mirada al cielo en busca de las señales.

Las siete mujeres, cogidas de la mano, iniciaron un baile alrededor de la gran hoguera que iluminaba el prado cubierto de pequeñas flores que solo se levantaban un suspiro del suelo. Con una ejecución casi perfecta, los pasos de las mujeres fueron aumentando de velocidad hasta que su movimiento se convirtió en una experiencia hipnótica que las hizo viajar hasta los rincones más alejados de su ser.

Mientras tanto, el viejo roble parecía observarlas complacido, desde su privilegiada situación en el centro del claro. Aquel no era el primer ritual que presenciaba. Su corteza, castigada por el paso del tiempo, daba testimonio de los muchos años que habían pasado desde su nacimiento. No era, entonces, el primer ritual que realizaban a sus pies, pero lo que no había visto nunca antes era a alguien con tanto poder. Mientras se dejaba acariciar por la suave brisa nocturna, no podía dejar de mirar a la más joven de las mujeres que se habían reunido aquella noche para celebrar la llegada del verano.

—¡Ha llegado el momento! —gritó de repente, Dolores—. Levantad la cabeza y abrid los ojos. El universo nos ofrece un regalo magnífico.

Luna abrió lentamente un ojo, después el otro, y se quedó de piedra al ver el

luminoso cometa que atravesaba el cielo plagado de estrellas. El vestigio que dejaba tras de sí, construía un puente de colores que unía el lugar donde vivían con los abismos más profundos del cielo. Un sólido puente que unía, en definitiva, lo conocido con lo desconocido. Y aquella visión hizo estallar a Luna en un llanto liberador. Unas lágrimas que le despertaron una fuerza desconocida que dormía, latente, en su interior.

—Mi misión es llevar luz a las sombras —afirmó la joven con rotundidad.

—¡Silencio, Luna! —La riñó María.

—Deja que se exprese libremente —intervino Dolores—. El universo entero está hablando a través de tu hija. Se está despertando.

Pero Luna fue incapaz de decir nada más. De alguna manera era como si la energía del cometa le estuviera traspasando todas las experiencias que había vivido durante su largo peregrinaje a través del cielo, alimentándole la mente con imágenes y sensaciones que la transportaban más allá del tiempo y del espacio; hasta una dimensión desconocida en la que se sentía más viva y consciente que nunca.

—Fuerzas de la Naturaleza, Elementos Sagrados, Protectores del Bien, nosotras os invocamos en esta noche mágica para rendiros tributo y rogar por el bien de la humanidad. Os pedimos que nos concedáis tiempo para cumplir con nuestra misión. No tenemos miedo de la muerte, pero necesitamos más tiempo para que nuestros conocimientos no sean relegados a los confines del olvido. Por eso os pedimos, Fuerzas Celestiales, que escojáis a una de nosotras como depositaria de todo lo que sabemos y de lo que no sabemos.

Y justo en el momento en que Dolores pronunciaba aquellas palabras, un enorme lobo blanco de pelo corto y brillante, dientes afilados como cuchillos y unos ojos de color miel que atrapaban por su mirada —profunda como la inmensidad del cielo—, entró en el claro del bosque.

Lentamente, se dirigió hacia las siete mujeres, que lo miraban expectantes.

—Mujeres de la Luz, tenéis ante vuestros ojos el legítimo defensor de nuestro antiguo linaje —añadió Dolores—. Como nosotras, él también es el digno descendiente de una estirpe casi extinguida. En estos momentos de oscuridad, acude en nuestra ayuda para velar la vigilia y el sueño de aquella que, esta sagrada noche de San Juan, se convertirá en la Elegida. Él será quien elija a una de nosotras, aunque sospecho que la elección ya está decidida desde hace mucho mucho tiempo.

El gran lobo blanco —que todavía tenía en la piel restos de la sangre que había derramado la noche anterior para salvar la vida de una de las mujeres que estaban allí reunidas— se paseó entre ellas, hasta llegar a la altura de Luna.

Al instante, se estiró perezosamente a sus pies y le lamió la mano.

—Tal como presentía, querida Luna, a partir de hoy puedes contar con la amistad incondicional de alguien muy especial —comentó Dolores.

Y Luna, sorprendida, besó respetuosamente a todas las mujeres.

A continuación, con la inocencia propia de su edad, se enzarzó en un juego despreocupado con su nuevo amigo, subiendo por las ramas del viejo roble, bajo la atenta vigilancia del lobo que la llamaba desde los pies del árbol.

María y las ancianas se sentaron al lado de la hoguera para debatir el futuro de la muchacha y tratar los detalles relacionados con todo lo que debía suceder a partir de entonces.

Más tarde, pidieron a Luna que se reuniera con ellas para retomar el ritual. La desnudaron y le pidieron que se estirara en el suelo, encima de una ropa que habían llevado para protegerla de la humedad.

Seguidamente, se arrodillaron a su alrededor y, sin pronunciar ninguna palabra, pusieron las manos sobre el cuerpo de la joven.

Lo primero que Luna sintió fue el tacto áspero de aquellas manos, pero en pocos instantes se abandonó a la agradable sensación de calor. El espacio entre las manos de las mujeres y el cuerpo de la joven se fue iluminando con una misteriosa luz blanca. Después, Luna cayó rendida en un profundo sueño, del que no despertaría hasta transcurridas unas horas, cuando las ancianas ya habían regresado a sus hogares.

Después de frotarse los ojos, la joven miró fijamente a su madre, incapaz de encontrar una explicación que justificara la luz y los colores que envolvían el cuerpo de María, que la miraba con la cara radiante de felicidad.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Luna—. Me siento un poco extraña.

—No te preocupes, hija. Solo ha sucedido lo que ya estaba escrito antes de tu nacimiento.

—¡Pero veo tu cuerpo envuelto en llamas de colores!

—Son los colores de la vida, hija. Y en esta noche sagrada, se te ha concedido este preciado don. Un auténtico regalo para una diosa como tú.

—Madre, antes de volver a Arnes me gustaría que me acompañaras al convento. Hace unos meses me hablaste de un ritual que hizo la abuela Magdalena y...

—Pero Luna, ¿no me dijiste que se trataba de leyendas sin sentido? ¿Ahora crees en fantasmas? —le replicó María.

—Madre, necesito entender muchas cosas —respondió Luna, seria, mientras su madre asentía.

El gran lobo blanco las acompañó durante todo el trayecto. Y solo cuando se aseguró de que entraban por la puerta de la casa de la calle Mayor, salió corriendo para perderse entre la oscuridad de la noche.

El sueño

Antes de perderse entre las sábanas de su confortable cama, Luna disolvió el polvo que había recogido de los sarcófagos que custodiaban la entrada al atrio del convento y bebió el líquido. El sabor áspero y terroso de la piedra quedó bastante suavizado con el agua, pero notó que le costaba bastante apurar el contenido del vaso.

Inmersa en un profundo sueño, viajó por desiertos y estepas, por montañas y valles, hasta llegar, montada siempre a lomos del gran lobo blanco, al puerto de una ciudad amurallada que se había levantado, muchos siglos atrás, a orillas del Mediterráneo. Después, como por arte de magia, todo se esfumó y una espesa niebla la hizo revolverse, intranquila, en la cama.

María, que había entrado en la habitación cuando Luna se había dormido, decidió quedarse al lado de su cama como medida de precaución. Sabía que, en algunas ocasiones, los sueños se tragaban la vida de sus protagonistas y quería estar alerta por si era necesario ayudarla a salir de aquel abismo que la alejaría de su lado para siempre.

Con el cuerpo empapado en sudor por la intensidad de la experiencia, la joven viajó otra vez montada sobre el lobo blanco hacia el convento y, justo cuando la niebla empezaba a disiparse, caminó unos metros hasta llegar a la pared sur de la antigua iglesia construida por los templarios.

Con la respiración agitada por la emoción, Luna apartó la vegetación que tapizaba el muro y descubrió la falsa piedra que accionaba un mecanismo que daba acceso a la cripta secreta. Después de caminar unos metros a través de un pasillo notablemente estrecho, se encontró una puerta que escondía una enorme sala decorada con un gusto exquisito, reminiscencias, sin duda, de un pasado espléndido, en la que destacaba una silla de madera maravillosamente labrada que parecía estar esperándola. Y mientras pasaba la mano por los delicados grabados, escuchó una voz familiar que le hablaba desde el fondo de la estancia.

—Eres más que bienvenida, Luna. Por fin mis plegarias han sido escuchadas y doy gracias a Dios.

—¿Estoy soñando? —preguntó la joven—. Todo parece tan real.

—Si estás viviendo un sueño o la realidad no debería preocuparte. Hoy nos conocemos porque los dos nos hemos estado buscando durante mucho tiempo y por fin nuestros caminos se han encontrado. Mi nombre es Bertrán Aymerich y es todo un honor poder saludar a mi digna descendiente.

Luna tuvo la sensación de que la conversación con el viejo templario se alargaba durante horas y, cuando la espesa niebla volvió a cubrirlo todo, despertó sobresaltada.

María, que se había quedado en la habitación durante todo el sueño y le había acariciado el cabello para calmarla —ahora que había regresado al mundo de los vivos—, suspiró, más tranquila, al ver que su hija le sonreía, apenas un instante antes de caer profundamente dormida.

Al día siguiente, ya bien entrada la tarde, la despertó llevándole a la cama un tazón de leche y unos dulces, que Luna devoró al instante. Y, antes de que el cansancio la venciera de nuevo, la joven cogió la mano de su madre y, mirándola fijamente con sus inmensos ojos azules, mientras una enorme sonrisa le iluminaba la cara, le dijo:

—En sueños, alguien me ha hablado del Libro de las Esencias.

—Entonces, ¿se ha cumplido otra vez la profecía? ¿Has visto a Bertrán Aymerich? —quiso saber María.

Pero Luna no respondió. Solo se incorporó un momento para abrazar a su madre y después se tapó con las sábanas para descansar de su agotador viaje.

El primer capítulo

Cuando Luna despertó, no encontró ni leche ni dulces. Sobre la pequeña mesa de madera, lo único que había era un hatillo, cuyo contenido ya se podía imaginar antes de abrirlo.

Como había sucedido muchos años atrás, cuando Magdalena había cedido la protección del maravilloso tesoro a María, la muchacha también se entretuvo durante un buen rato en admirar las tapas de cuero y el extraño símbolo dorado, la luna creciente rodeada de estrellas que decoraba la portada del Libro de las Esencias. A diferencia de su madre, ella decidió saltarse las primeras páginas; el sagrado juramento que había unido para siempre la vida de María con el pliego de aquellas viejas páginas.

Su misión era otra. Ella era la Elegida, la heredera de los conocimientos que figuraban en aquel libro. Tenía hambre y para saciarse necesitaba el alimento que le proporcionaba cada palabra y cada pensamiento que allí habían escrito. Así que, ansiosa, y mientras María asomaba discretamente la cabeza por la puerta, Luna abrió el Libro de las Esencias por el primer capítulo y retrocedió en el tiempo para convertirse en la privilegia espectadora de un hecho que había sucedido muchos siglos atrás. Cuando toda una cultura estaba a punto de ser aniquilada por la ambición sin límites de uno de los imperios más poderosos que jamás hubieron pisado la tierra.

Mi nombre es Hera y soy una sacerdotisa druida.

He tenido un sueño. Y por este sueño he decidido rebelarme contra la más sagrada de las leyes de mi pueblo. Soy consciente de que mi acto está castigado con la muerte y el olvido, pero he tenido un sueño y lo que he visto me causa tanto dolor que estoy convencida de que no tengo ninguna otra elección. Las generaciones futuras decidirán si mi sacrificio merece la pena o no. Si mi sacrilegio ha sido justificado o no. Pero hoy, primer día del nuevo año, he decidido dedicar el poco tiempo que me queda a preservar la memoria de nuestras costumbres, de mi pueblo, de hombres y mujeres sentenciados a morir y a desaparecer por culpa de los invasores.

Esta es la historia de mi pueblo y ahora que en los bosques retumban sin cesar los tambores de guerra, me parece necesario transgredir nuestra ley más sagrada, la que nos prohíbe dejar constancia escrita de nuestro saber, para que nuestro paso por estas tierras no haya sido estéril, como la flor que se marchita en pleno verano, sin apenas haber tenido tiempo de mostrar al mundo toda su belleza.

Nos persiguen porque nos temen. Y los dioses ya no pueden hacer nada para detener el avance implacable de las legiones romanas que aniquilan todo lo que encuentran a su paso: hombres, mujeres, niños, risas y canciones.

Ahora se han fijado en nosotros. Nuestros árboles se queman y nuestros hombres mueren en el campo de batalla. El futuro se agota como el agua del río en tiempo de sequía y por eso he decidido retirarme a las profundidades del bosque sagrado, en compañía de robles centenarios, muérdago y encinas para conservar la cabeza clara y pensar en lo que somos y en lo que hacemos, antes de que el acero de nuestros enemigos me envíe a un viaje sin retorno al más allá.

Y después de haber visto la cara de terror grabada en el rostro de los niños, la única respuesta que quiero encontrar es: ¿qué es lo que hace hombre al hombre? ¿Sus actos? ¿Sus palabras? ¿El legado que deja a sus hijos?

Luna leyó lentamente el testimonio de Hera. Sin prisas. Sintiéndose cómplice, en todo momento, del amor que sentía la vieja druida por su pueblo.

Era el mensaje desesperado de alguien que, como ella, había sido perseguida por sus creencias y solo se dio cuenta de que estaba llorando cuando una lágrima cayó sobre la página que leía y difuminó ligeramente la tinta con la que se había escrito la palabra esperanza.

«Si algún día pierdo la esperanza, me perderé a mí misma», reflexionó Luna antes de cerrar el Libro de las Esencias y levantarse para ir a ayudar a su madre a preparar el almuerzo.

Sin más, entró en la cocina arrastrando los pies y, al ver el rostro de María embadurnado de harina, cogió uno de los trapos colgados cerca del fuego y, con mucho cuidado, le limpió la cara hasta no dejar ni el menor rastro de polvo blanco.

Aquel sencillo gesto despertó en María unos recuerdos muy lejanos y sonrió satisfecha. Era consciente de que el ciclo de la vida, a pesar de las dificultades y los contratiempos, seguía su curso inexorable hacia lo desconocido.

Siempre hacia delante. Sin importar lo que pasara.

La alianza secreta

Cuando siglos atrás, Ramón de Montcada, gran senescal de Barcelona, cedió a la Orden del Temple las tierras que poseía en Horta de Sant Joan, lo hizo obedeciendo a un propósito muy elevado.

Oficialmente, se dijo que su decisión había sido fruto del profundo agradecimiento hacia los caballeros que habían colaborado, tan decisivamente, en la reconquista de Tortosa. Una sencilla cuestión de estrategia política, dijeron muchos. Un hecho muy común en aquella época.

Pero el verdadero motivo que le hizo actuar con aquella generosidad fue la extraña petición que le hizo su señor, el conde de Barcelona, que quería asegurar, al precio que fuera, la tranquilidad de Bertrán Aymerich, alejándolo de las intrigas, las envidias y las miradas de todos.

Recién llegado de Jerusalén, Aymerich y sus fieles amigos, Rotlá y Farragó, pasaron unos días en la ciudad de Barcelona, hospedados en casa del gran senescal, y por petición expresa del mismo conde de Barcelona, Ramón Berenguer IV.

Por el halo de misterio y la extrema discreción con la que actuaba Ramón Berenguer con sus nuevos amigos, precisaba dar una serie de explicaciones a su hombre de confianza.

—Ramón, te tengo que encargar un nuevo servicio. Un favor muy especial —dijo el conde.

—¿De qué se trata, señor? ¿Cómo os puedo servir?

—Han llegado a la ciudad tres caballeros templarios, cruzados procedentes de Tierra Santa, y es muy importante que su presencia en Barcelona pase desapercibida. Por eso os pido que los alojéis en vuestra casa hasta que prosigan su viaje.

—Haré tal como me ordenáis, señor, pero...

—Os diré que Bertrán Aymerich y sus acompañantes son los guardianes de un gran tesoro que debemos mantener oculto a cualquier precio. La paz de nuestro reino y el bienestar de nuestros hijos dependen del éxito de esta misión. Su vida corre peligro, ya que se enfrentan a unos enemigos muy poderosos e influyentes.

—Soy vuestro humilde servidor, señor. Y vuestras palabras son órdenes para mí —añadió Ramón de Montcada.

—Lo sé, viejo amigo. Por eso os confío esta delicada misión.

—Así se hará, señor.

—Ramón, necesito también parte de vuestras tierras: unas que se encuentran en un lugar adecuado para que nuestros amigos puedan recuperar la paz y la serenidad después de un viaje tan largo y penoso.

—¿Cuáles, señor? —preguntó extrañado Montcada.

—Ceded a los templarios vuestras posesiones de Horta de Sant Joan y ganaos mi agradecimiento eterno. Os lo compensaré de una manera u otra, no lo dudéis.

—Señor, os he servido durante muchos años y espero poderlo hacer hasta que la muerte me lleve. Si estas son vuestras órdenes, ya las podéis dar por cumplidas.

—Gracias, senescal, sois sin duda el más digno de todos mis nobles. Pero hay algo más. Debéis jurarme que protegeréis, vos y vuestros descendientes, el gran tesoro del que os he hablado.

—Señor, tanto misterio me confunde. Dadme las explicaciones que consideréis oportunas, pero si el futuro de mi familia puede estar en peligro por la misión que me estáis encargando, me gustaría saber cuál es ese gran tesoro. Sobre todo teniendo en cuenta que lo consideráis más valioso que la vida de aquellos que son de mi propia sangre. Y sé que me queréis bien...

—Amigo mío, debéis proteger un viejo pliego de folios cargados de esperanza. Os aseguro que por más riquezas que os dieran, nada se podría comparar al poder de las palabras que hay escritas en él —aclaró Berenguer IV, ante la sorpresa de Montcada.

Una alianza se acababa de crear para defender el Libro de las Esencias. Los lazos que se establecieron entre los Aymerich y los Montcada deberían resultar fundamentales solo unos cuantos meses más tarde, cuando las vidas de los descendientes de los dos linajes se encontraron para poner a prueba la validez de aquel juramento.

La misa negra

El vicario Carbón descendió, una noche más, a las entrañas del castillo de Valderrobres acompañado de dos encapuchados.

A medida que se iba adentrando en las profundidades de la tierra, cerrando las pesadas puertas a sus espaldas, y al contrario de lo que pudiera parecer, él se sentía más seguro que nunca.

Como el que se dirige, alegre, de regreso al hogar después de una larga ausencia.

Desde el día que había nacido Luna, el vicario Carbón había jurado delante de Dios que dedicaría la vida a perseguir a los herejes y desde entonces había destinado casi todo su tiempo a planificar hasta los detalles más insignificantes de su venganza. O al menos eso es lo que siempre había pensado.

Pero era evidente que había cometido errores. Demasiados errores.

La muerte de su sirviente más fiel, el prior del convento, era la gota que había colmado el vaso de su paciencia. Ahora ya no estaba dispuesto a aceptar más contratiempos. Cualquier método era válido para consumir sus deseos de venganza. Incluso la práctica de las artes oscuras.

«Conoce a tu enemigo», se había dicho siempre. Y aquella obcecación le llevó a estudiar con aquellos que practicaban los antiguos rituales de la magia negra, donde todo estaba permitido.

Con el paso del tiempo, se convirtió en el maestro. Su ambición sin límites le llevó a fundar una siniestra hermandad dentro de la Iglesia para llevar a cabo su propósito. Muy pocos conocían su existencia y esto le permitía actuar más allá de las leyes de los hombres, e incluso de los mismos mandamientos de Dios.

La Hermandad Negra había nacido con el único objetivo de erradicar de la tierra a cualquiera que tuviera la osadía de cuestionar la palabra de Nuestro Señor.

Ese era el único propósito de la vida de Carbón. Y a pesar de que había sentenciado a decenas de mujeres a morir en la hoguera, disfrutaba de verdad cuando, literalmente, se tomaba la justicia por su cuenta y, prescindiendo de cualquier juicio que permitiera a los acusados tener una oportunidad para demostrar su inocencia, raptaba, torturaba, mutilaba y mataba a sus víctimas en medio de grandes sufrimientos.

Sus métodos habían demostrado ser tremendamente eficaces. Pero en el caso de María, Luna y el fraile Salvador, se veía incapaz de acabar su misión.

Intuía que por primera vez en su dilatada carrera cargada de muertes, se enfrentaba a alguien con unos poderes que sobrepasaban sus propias capacidades.

Pero él, testarudo como una roca, no se permitía ni un instante de duda.

Estaba firmemente decidido a ensuciarse las manos con la sangre de los tres amigos, llegado el momento. Él mismo empuñaría la daga que pondría fin a sus vidas.

Cuando Carbón y los dos encapuchados llegaron a la parte más profunda del castillo, se hizo un silencio sepulcral. La humedad de las paredes impregnaba el aire de un olor tan denso que casi se podía masticar. A pesar de que el ambiente estaba enrarecido por la falta de oxígeno, él era feliz. Con el tiempo se había convertido en un solitario ser de los abismos.

El altar de piedra negra que presidía la estancia daba un aspecto sombrío y desolador a aquel lugar, y los restos de sangre que salpicaban las paredes eran la prueba inequívoca de que allí mismo, en las profundidades de la tierra, se practicaban sacrificios que habrían descompuesto el estómago de cualquier hombre de bien.

Pero Carbón ni era un hombre de bien ni un devoto. Él era un auténtico fanático.

Y su ofuscación le había llevado a adentrarse en el ocultismo, en busca de su verdad. Una verdad llena de contradicciones, como su alma y sus actos.

En la oscuridad de aquella mazmorra, ligeramente iluminada por unas cuantas velas negras, nadie —excepto los dos encapuchados— pudo escuchar los escalofriantes sonidos que emitió el gallo al que Carbón le arrancó la cabeza con sus propias manos.

Después, como siempre, entonó una letanía que había repetido infinidad de veces.

—Leña, abrasa el corazón, el cuerpo, el alma, la sangre, el espíritu y la consciencia de las brujas. Por el fuego, por los cielos, por la tierra, por Marte, Mercurio y Venus. Leña, abrasa el corazón, el cuerpo, el alma, la sangre, el espíritu y la consciencia de las brujas hasta que mueran en la hoguera. Id como truenos y como cenizas, id como tempestad. Que ellas no puedan conciliar el sueño, ni descansar, ni hacer nada, ni comer, ni atravesar un río, ni montar a caballo, ni hablar con ningún hombre, mujer o niño hasta que se cumpla mi deseo y mi voluntad.

Las carcajadas de Carbón, que aguantaba impertérito el olor de la sangre y de los restos medio descompuestos de los animales acumulados por el suelo, resonaron como un eco que parecía viajar, llevado por el viento del norte, a través de los campos y las montañas, a una velocidad de vértigo.

A pocos kilómetros de distancia, en la casa de la calle Mayor, María se despertó sobresaltada, sin saber muy bien porqué, y fue a la habitación de Luna para vigilar su descanso —como acostumbraba a hacer tantas noches—. Pero esta vez, con el corazón encogido, tuvo la certeza de que la muerte las rondaba de nuevo.

Razón no le faltaba.

Carbón, mientras ajustaba la daga impregnada de veneno en la funda que escondía bajo la sotana, salía de su reino de oscuridad con el firme propósito de acabar personalmente con las mujeres que tanto odiaba. Con ellas y con cualquiera que tuviera la osadía de cruzarse en su camino.

Tiempo de fiesta

Llegó finales de julio y a primera hora de la mañana las calles de Arnes se despertaron engalanadas. Numerosas banderolas multicolores conferían al pueblo un magnífico aire festivo que se respiraba por todos los rincones.

La pequeña banda de música recorría las calles arriba y abajo mientras, a golpe de tambor y flauta, despertaba a los vecinos que, poco a poco —y de una manera improvisada—, se unían al grupo de personas que avanzaba, entre evidentes muestras de alegría, en dirección a la plaza Mayor.

El corregidor, como era costumbre, esperó a que los músicos acabaran de tocar las últimas notas para inaugurar oficialmente las fiestas en honor a Santa Magdalena.

Y lo hizo con un pequeño discurso que siempre acababa con el lanzamiento de unos cohetes —enviados desde Tortosa—, que llenaban de estupefacción las caras de los niños y de algunos viejos poco acostumbrados a las luces iluminando el cielo en pleno día.

Después de tomar las pastas y el vino dulce con el que el pueblo homenajeara a los vecinos, el programa de las fiestas dio paso al concurso de baile, en el que sonaron, sin parar, los acordes de la jota «arnerola» y otras canciones típicas, que fueron acompañadas por las voces, más o menos afinadas, de prácticamente todos los asistentes.

Una vez finalizado el baile, el pueblo entero se dirigió en procesión hasta la ermita de Santa Madrona, construida muy cerca de donde se cultivaban la mayoría de los huertos, y a un tiro de piedra del río, donde cada año se celebraba una comida. Después de hartarse de pan, sardinas y vino, la mayoría se fueron a descansar bajo la sombra de los chopos, pero María y Luna, con pocas ganas de seguir la fiesta, decidieron dar un paseo y reunirse con Salvador.

Siguiendo el curso del río, llegaron a un estanque donde dejaron pasar la tarde.

En silencio, observaron con curiosidad cómo los peces les rondaban los pies que, de vez en cuando, sumergían en las aguas transparentes que allí quedaban parcialmente estancadas.

El gran lobo blanco —que había seguido de cerca a ambas mujeres— apareció repentinamente de entre los juncos, sin acercarse.

Desde la distancia, escuchaba todos los sonidos y movimientos del bosque, atento a cualquier ruido sospechoso. Vigilaba a su protegida, Luna; aquella adolescente de mirada fresca y llena de vida, que, como él, era la última descendiente de un linaje muy poderoso.

Bien entrada la noche, María quiso explicar una vieja historia mientras observaba el cielo pintado con infinitud de estrellas.

—Hoy os explicaré una leyenda que solo conocen unos cuantos —dijo María mientras se levantaba del suelo para apoyar la espalda en el tronco de un olivo—. Y tiene como protagonistas a unos magos que, hace ya mucho tiempo, guiados por una estrella, recorrieron miles de kilómetros con el objetivo de presentar sus respetos a un recién nacido.

—¿Los tres Reyes Magos? —preguntó Salvador.

—Efectivamente, pero la historia que os quiero explicar ahonda en los orígenes de esta tradición y contradice, de alguna manera, lo que siempre se nos ha explicado. No pretendo que te sientas molesto, Salvador, sabes que no quiero hacerte dudar de tu fe. Pero quiero hablarle a Luna de un hecho extraordinario que sucedió hace muchos siglos —advirtió María.

—María, ya sabes que nunca dudaré de tus intenciones. El contacto que hemos ido manteniendo, me ha permitido mirar hacia el cielo con otros ojos —comentó el fraile.

—Entonces, escuchadme con atención, porque esta es la verdadera historia de los magos de Oriente. Los Reyes Magos son, según la tradición, unos magos que guiados por una estrella llevaron oro, incienso y mirra a Jesús. Pero la realidad es que el Evangelio de San Mateo, el único libro de la Biblia que habla de este hecho, no especifica cuál era el número, solo dice que eran sabios originarios de Oriente. Con el tiempo, estos magos pasaron a ser tres astrólogos y después reyes, que provenían de Europa, Asia y África. Sus nombres: Melchor, Gaspar y Baltasar.

—Así es María, lo que dices es bien cierto —afirmó Salvador—. De hecho, la palabra mago proviene del griego *magoi*, que quiere decir «matemático», «astrónomo» o «astrólogo». En definitiva, este término sirve para designar a un hombre de ciencia y, precisamente por ello, algunos teólogos se atrevieron a insinuar que se trata de una tradición diferente, porque es uno de los pocos ejemplos donde puede demostrarse la unión que existe entre la Ciencia y Dios.

—Ciertamente, Salvador. De hecho, en la versión que conocemos de esta historia, podemos encontrar la mano oculta de ciertos extremistas que la tergiversaron a su conveniencia. Pero dejad que me explique —pidió María—. Melchor, el rey blanco, a pesar de ser el más joven de todos, parece que era el más viejo ya que, según dice una leyenda, el niño Jesús lo castigó por fanfarronear de su fortaleza y juventud. Para que veáis más claro dónde quiero llegar, Baltasar, el rey negro, en la mayoría de los iconos jamás aparece pintado de color oscuro, ya que se consideraba impropio de un buen cristiano, y obviamente, muchos no quieren llegar a imaginar que un mago infiel esté adorando a Jesús.

—Extremistas, como bien dices, María. Una casta bien peligrosa —añadió Salvador.

—Sí, Salvador, pero la cuestión es que estos mismos fanáticos quisieron hacer desaparecer de todas las crónicas la existencia de un cuarto rey mago. Un noble príncipe que, según se dice, debía tener unos treinta años cuando, mientras estudiaba el cielo, descubrió la estrella de Belén.

—¿Y qué se sabe de él? —se interesó Luna.

—Pues según dice una bella historia, los cuatro reyes debían encontrarse en Persia para comenzar, desde allí, su viaje hasta Tierra Santa. Artabán, el cuarto rey mago, llevaba como presentes un diamante de la isla de Mereo, utilizado para neutralizar cualquier tipo de veneno, un trozo de jade de Chipre, usado como amuleto de protección, y un rubí para alejar los malos espíritus. Pero cuando estaba a mitad de camino, se encontró con un viejo moribundo que había sido atacado por unos bandidos, y el rey se detuvo para curarle las heridas. Además, le regaló el diamante para que pudiera regresar a su hogar. Cuando Artabán llegó a Persia, los tres reyes magos ya habían partido. «Te hemos esperado mucho tiempo y ya no podemos retrasar más el viaje. Sigue nuestro camino por el desierto y déjate guiar por la estrella», decía la nota que le habían dejado. Decidido a seguir adelante, Artabán continuó en solitario, pero al llegar a Judea no encontró ni a los reyes ni a Jesús. En su lugar, vio las calles repletas de soldados de Herodes, degollando a todos los niños, y al presenciar como uno de aquellos soldados estaba a punto de matar a uno de los pequeños, le ofreció el rubí a cambio de la vida del niño.

—Es una historia muy bonita, María —dijo Salvador visiblemente emocionado—. ¿Quién sabe? Quizás sea más cierta de lo que parece.

Mientras Luna intentaba poner en orden todo lo que acababa de escuchar, se quedó boquiabierta con la lluvia de estrellas que, justo en aquel momento, llenó el cielo de trazos que hicieron soñar a la joven con la Estrella de Belén.

Los milagros del fraile

El verano avanzaba y ya había llegado a mediados de agosto. Apenas había salido el sol cuando las principales autoridades de Horta aparecieron delante de la puerta del convento preguntando por Salvador. El fraile, recién levantado, no se sorprendió. Hacía días que tenía el convencimiento de que aquel momento llegaría tarde o temprano.

Sobre todo, desde que los grupos de forasteros que le iban a visitar buscando consuelo para sus males, eran cada vez más numerosos.

—Salvador —dijo el corregidor—, se está extendiendo el rumor de que eres capaz de hacer milagros. Nosotros somos hombres sencillos y no podemos cuestionar los designios de Nuestro Señor, pero nos preocupa que estas tierras se conviertan en un punto de reunión para indeseables y delincuentes que quieran aprovecharse de las desgracias ajenas.

—Entiendo y comparto vuestro malestar. Hacéis bien en preocuparos, porque todavía ha de venir mucha más gente de la que podáis imaginar. Por eso os pido, como medida de precaución, que preparéis una gran hospedería con abundancia de comida porque Dios quiere obrar maravillas en este convento. Solo si sois previsores podréis evitar lo que tanto teméis.

Las autoridades regresaron al pueblo con un sentimiento dividido sobre lo que debían hacer. Había quien daba crédito a la advertencia del fraile, pero otros no, así que finalmente decidieron no hacer demasiado caso de sus palabras y se limitaron a permanecer en alerta. Eso sí, desalojando preventivamente la prisión de los borrachos y los alborotadores que la ocupaban.

Y solo unos días más tarde, dos mil enfermos llenaron las calles de Horta.

—¿Dónde podemos encontrar al hombre santo que hacía tantos milagros en Tortosa? —preguntaron los recién llegados a un grupo de vecinos.

—Allí, en el convento —respondieron sorprendidos por la gran cantidad de gente que no paraba de llegar.

Los peregrinos llamaron a la puerta del convento, pidiendo a gritos por el hermano Salvador, que se presentó consciente de lo que esperaban de él. Sin perder más tiempo, les pidió que fueran a confesarse, hicieran la comunión y rezaran a la Virgen María. Cuando hubieron terminado, el hermano Salvador los bendijo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y todos los enfermos quedaron milagrosamente curados.

Tal como había previsto el fraile, aquella fue solo la primera de las riadas humanas que, a partir de aquel día, iban a invadir el convento. El nombre de

enfermos que acudían a aquel remoto pueblo de la Terra Alta, desde toda la Península, aumentaba día tras día, hasta que a finales de verano se calculó que había más de seis mil personas acampadas bajo los árboles que crecían en los alrededores del convento.

Y con ellos, tal como habían temido las autoridades, llegaron también los delincuentes y los buscavidas.

Lo peor de todo aquello era que, entre aquel numeroso grupo, había alguien que quería aprovechar la oportunidad para impartir justicia.

Así pues, el día a día de Salvador resultaba extenuante, y le costaba acostumbrarse a todo aquel alboroto. Siempre que podía, aprovechaba para retirarse un rato a la soledad de las montañas para descansar y meditar sobre todo lo que estaba sucediendo y que, en tan poco tiempo, había llegado a cambiar su vida de una manera tan significativa.

Echaba de menos a sus amigas y también los momentos de intimidad con Dios.

En una de aquellas tardes de soledad, un fuerte ruido le despertó de repente de su meditación y le obligó a emprender una carrera loca hacia el convento. Desde su refugio, Salvador había escuchado claramente los gritos de alguien que hablaba un idioma desconocido. Los gritos resonaban con tanta potencia que enseguida supo que se trataba de una endemoniada. Alguien que jamás acostumbraba a presentarse de aquella manera. Y menos con tantos testimonios.

Al llegar a la explanada, enseguida se dio cuenta del motivo que provocaba todo aquel alboroto. Desgraciadamente, no se había equivocado en las predicciones. Cinco hombres se agolpaban alrededor de una joven a quien habían atado con cadenas. A pesar de la evidente fuerza de los hombres, no conseguían inmovilizarla. Poseía una fuerza sobrenatural y los maldecía en una lengua que no comprendían.

Cuando Salvador les pidió que la llevaran a la iglesia, la muchacha, presa de un ataque de furia, rompió las cadenas y se escabulló de sus guardianes para perderse entre unos pinos.

Salvador, consciente de que se trataba de una posesión, ordenó a los hombres que fueran hacia una pila de leña que había en un claro del bosque, donde la encontraron escondida bajo unas ramas.

—Espíritus inmundos —dijo Salvador—, en nombre de la Santísima Trinidad, del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, os ordeno que salgáis de esta criatura.

—No saldremos —respondieron los demonios—. Ella, ahora nos pertenece.

El fraile repitió la orden y Dios obligó a los demonios a obedecer y a abandonar el cuerpo de la joven.

—Ya estás curada, hija mía —le dijo el fraile—. Mira de servir a Dios a partir de ahora y evita el pecado, si no quieres que los demonios que hemos ahuyentado vuelvan a tener poder sobre ti.

El vicario Carbón, camuflado entre la gente, observaba incrédulo lo que acaba de suceder. Enseguida la incredulidad se transformó en desesperación por la incapacidad

que sentía para superar los poderes de Salvador y sus dos amigas.

«Debería matarlo ahora mismo», se dijo mientras acariciaba la empuñadura de la daga que llevaba escondida entre la ropa. «¡Maldito seas tú y las brujas con quienes compartes amistad!».

Y víctima de un ataque incontrolado de ira, se abrió paso entre la gente.

Poco a poco, fue desenvainando la daga y, en el momento oportuno, sintió como el acero atravesaba la carne de su víctima.

La estocada fue poco profunda, menos de lo que Carbón hubiera deseado, pero confiando en la potencia del veneno con el que había untado el filo de su arma, se sintió satisfecho.

Considerándose vencedor, todavía tuvo la desfachatez de plantarse frente al fraile y susurrarle unas palabras al oído.

—¡Estás muerto, defensor de las brujas! Mi nombre es Carbón y puedo asegurarte que muy pronto arderás en el infierno en compañía de las dos mujeres que siempre te acompañan.

Salvador, que no entendía nada de lo que estaba sucediendo, puso la mano instintivamente en el costado donde momentos antes había sentido el pinchazo y, al notar la sangre, intentó moverse en la dirección por donde huía su agresor.

Pretendía encontrar alguna explicación a aquella locura, pero el cuerpo no le respondió. Estaba paralizado.

Mientras se desplomaba como un peso muerto contra el suelo, todavía tuvo tiempo de dedicar unos pensamientos a María y Luna. Después, el mundo desapareció de su vista, ante la mirada estupefacta de sus fieles seguidores.

Hedor a muerte

La noticia de la agresión contra Salvador no tardó en llegar a la casa de la calle Mayor.

María, que estaba barriendo los restos de paja que había quedado esparcida por el suelo de la entrada, solo tuvo tiempo de dejar la escoba a un lado y subir corriendo a la habitación para recoger la bolsa de cuero donde guardaba los ungüentos.

Sin perder tiempo, salió corriendo para auxiliar a su amigo, justo después de dejarle una nota a Luna, en la que le explicaba lo sucedido y le pedía que se reuniera con ella en el convento lo antes posible.

Cuando llegó a la entrada del convento, uno de los frailes —al verla entre la multitud que se agolpaba en la puerta—, la arrastró como pudo hasta conducirla a la celda.

La imagen que María vio al entrar le revolvió el estómago.

Su amigo yacía sobre su cama de paja, rodeado de vómitos y fluidos que su cuerpo, por efecto de la parálisis, era incapaz de contener.

—¡Dejadnos solos! —solicitó a los frailes que había en la habitación—. Yo me haré cargo de todo.

A pesar de lo conmocionada que estaba, sacó fuerzas de flaqueza para examinar la herida y tomar nota de los síntomas que observaba. La rigidez en las piernas y brazos, la extrema palidez del rostro, la dificultad para respirar, los vómitos y los restos azulados que había expulsado, le sirvieron para identificar el mal al que se enfrentaba su amigo.

«¡La vida se le escapa por momentos!», pensó María mientras untaba la herida con uno de los ungüentos que llevaba en la bolsa, para así detener los efectos del veneno en el organismo.

«Sin la ayuda de Luna no podré evitar que la parálisis le llegue al corazón».

Minutos más tarde, mientras limpiaba los restos de vómitos del fraile y vigilaba de reojo su evolución, apareció su hija acompañada por el mismo hombre que la había ayudado a entrar.

—¡Por tu vida, Luna! ¡Ve al campo que hay detrás de la fuente y trae todas las raíces de amapola que puedas! —gritó María para que se diera prisa.

Y mientras esperaba su regreso, empezó a masajear los brazos y piernas de su amigo, para evitar la coagulación de la sangre.

—¿Salvador, me oyes? Si es así, te pido que abras los ojos.

El fraile, con un gran esfuerzo, consiguió hacer lo que le pedía María.

Por fortuna, había conseguido detener el avance de la muerte, y tan pronto como

apareció Luna con las raíces de amapola, las trituro y añadió unas gotas de agua para preparar una cataplasma.

Cuando obtuvo la consistencia idónea la aplicó directamente sobre la herida. Unos segundos más tarde Salvador empezaba a respirar más aliviado.

—Por favor, dile a los hermanos que entren y tú tranquilízate, porque el peligro ya ha pasado —le comentó a su hija.

Mientras le daba pequeños sorbos de agua, María comprobó que el fraile ya podía mover los músculos de la cara. Y aunque todavía no podía articular palabra, sí pudo dedicarle una sonrisa de agradecimiento.

Cuando Luna volvió a aparecer en la estancia, acompañada por uno de los frailes, María entregó al religioso uno de los ungüentos que llevaba en la bolsa.

La instrucción era clara: debía aplicárselo en la herida cada vez que el cuerpo lo absorbiera.

—Además, es importante que le deis grandes cantidades de agua, aunque sea a pequeños sorbos, para que su cuerpo pueda eliminar definitivamente el veneno. Su vida no corre peligro, así que mañana volveremos a visitarlo, pero hasta entonces evitad que nadie le moleste —advirtió la mujer.

Justo antes de irse —cuando María y Luna estaban a punto de cruzar la puerta—, se detuvieron porque, a pesar de que el tono de su voz sonaba completamente distinto, Salvador había podido pronunciar el nombre de su atacante.

—¡Carbón!

Las mujeres asintieron con la cabeza y, justo después de cerrar la puerta de la celda, pidieron al fraile que hacía guardia que defendiera con su propia vida la integridad de su amigo, si llegaba a ser necesario.

—Si alguien pregunta por Salvador, decidle que está muy cansado y que necesita reposar —insistió María, mientras el nuevo cuidador asentía.

En el exterior, las noticias que corrían sobre el estado de Salvador eran muy diversas. Había quien aseguraba que estaba muerto, otros decían que había tenido un mareo pasajero causado por el cansancio, pero incluso había quien afirmaba haber sido testigo de cómo se convertía en paloma y emprendía el vuelo hacia el cielo.

Tan pronto como las dos mujeres abandonaron el convento y tomaron el camino que unía Horta con Arnes, el lobo blanco apareció de entre los árboles para proteger sus pasos y acompañarlas durante todo el trayecto.

Ambas estaban agotadas por la tensión que habían vivido, así que Luna, tan pronto como llegó a su cama, cayó dormida, presa del cansancio.

Un poco más tarde, María se retiró a su habitación. Pero solo dormirse, la noche oscura volvió a visitarla con un realismo y una violencia sin precedentes.

El hombre de ojos claros y penetrantes como cuchillos y olor a muerte —que tanto terror le había provocado quince años atrás—, había entrado de nuevo en su vida para darle un mensaje todavía más siniestro y oscuro: «¡Morirás en la hoguera, bruja! ¡Y será muy pronto!».

María despertó inquieta, y por primera vez en su vida —entre lágrimas de desesperación, mientras se aferraba con todas sus fuerzas a la almohada—, dudó profundamente sobre si el precio que debía pagar por el simple hecho de existir no era demasiado alto.

IV

Otoño

La feria de Valderrobres

La primera oportunidad que tuvo Salvador para comprobar hasta qué punto se había recuperado del ataque de Carbón, fue al cabo de un mes.

Coincidiendo con la celebración de la feria ganadera de Valderrobres —uno de los acontecimientos más importantes de aquellas tierras, que servía para reunir a ganaderos, campesinos, curiosos, charlatanes y músicos de todas partes—, Salvador había recibido una invitación del arzobispo Hernando de Aragón, en la que le pedía que fuera a visitarle al palacio.

Luna y María, inquietas por las oscuras premoniciones, quisieron acompañarle y aprovecharon la caminata para recoger setas y llenar tantas cestas como fuera posible de aquellos sabrosos frutos del otoño.

El fraile, que había conseguido escabullirse de sus devotos, saliendo del convento mucho antes del alba, llegó al pie de Lo Parot, el olivo milenario que tantas historias guardaba en su memoria, e iba en compañía del gran lobo blanco que no le quitaba ojo de encima y se mantenía atento a cualquier signo de desfallecimiento.

—Parece que, inexplicablemente, siempre está con aquel de nosotros que más le necesita —dijo Salvador a sus amigas, mientras acariciaba el lomo del animal.

—Salvador, la daga con la que te hirieron estaba impregnada con la leche de un boleto de Satanás como este —explicó María mientras habría una seta para enseñar el viscoso líquido de color azul que contenía—. Y solo habría bastado una pequeña cantidad más para matarte. Afortunadamente, Carbón cometió un error. No tuvo en cuenta que el potente veneno de esta seta pierde propiedades con el paso del tiempo, y sin duda untó el acero con una pasta seca de boletos de Satanás recogidos el año pasado. Si hubiera utilizado el líquido fresco que veis, no habrías sobrevivido.

Un escalofrío recorrió la espalda del fraile, consciente de que su vida había pendido de un hilo muy fino y que sin la intervención de sus amigas ya estaría muerto y enterrado.

A pesar de ello, la larga caminata campo a través hasta Valderrobres le sentó de maravilla y enseguida quiso olvidarse de lo que había sucedido, disfrutando del paseo y, sobretodo, dejando que sus sentidos se embriegasen con los obsequios que el bosque les regalaba tan generosamente.

Una vez llegados al pueblo, el fraile se despidió de las dos mujeres, que aprovecharon para pasear entre las paradas y los animales que estaban a la venta.

Sin perder tiempo, Salvador ascendió por las empinadas calles que conducían al castillo, que se levantaba majestuoso en el barrio más antiguo de la población, sobre el río Matarraña.

El arzobispo, según dejaba constancia en la invitación, tenía gran curiosidad por conocer a aquel fraile del que todos hablaban y a quien llamaban el santo de Horta.

Salvador, por su parte, agradecía la oportunidad que le ofrecía alguien tan importante para hablarle de las necesidades de todos aquellos que acudían al convento en busca de paz para sus almas y sus cuerpos.

El ambiente de fiesta que se vivía en el patio de armas, no impidió que los soldados de guardia, al ver a Salvador dirigirse hacia la entrada, hicieran su trabajo a consciencia.

Solo después de enseñar la carta firmada con el sello del arzobispo —el señor del castillo—, le abrieron las pesadas puertas que daban acceso a la planta baja del edificio, donde estaban las caballerizas y las estancias de los mozos de cuadra, que en aquellos momentos estaban muy atareados decorando de gala a un par de caballos.

Mientras esperaba la llegada de algún secretario personal del arzobispo, que pudiera llevarle ante la presencia del señor del palacio, el fraile se quedó maravillado con el ambiente que se respiraba. Decenas de sirvientes iban arriba y abajo de las escaleras, cargando cestos llenos con todo tipo de viandas, frutas y verduras, que sin duda deberían servir para llenar los estómagos de los invitados.

De repente, un muchacho apareció desde uno de los rincones de la sala, e inesperadamente Salvador tuvo un mal presentimiento. Era como si el joven paje le hubiera estado esperando con impaciencia, algo que le causó cierta desconfianza.

—¿Sois el fraile de Horta? —preguntó con un hilo de voz.

—Lo soy.

—Mi señor, el arzobispo, está atendiendo unas cuestiones muy importantes. Me ha pedido que os transmita sus disculpas por el retraso y me ha pedido también que, mientras esperamos, os enseñe el castillo —explicó el joven, mientras Salvador asentía, resignado.

Y así empezaron por la Sala Capitular, donde vieron los dos magníficos arcos de diafragma que sostenían las vigas de madera, y unos bancos de piedra adosados a los muros que se utilizaban para celebrar capítulos.

Una majestuosa escalera les condujo al distribuidor de la primera planta, desde donde se podía acceder al Salón de las Cortes —conocido como el Salón de las Chimeneas—, que solía usarse de comedor para las grandes ocasiones. A medida que visitaban las plantas superiores del castillo, el carácter del joven guía parecía irse oscureciendo y, aprovechando un momento en que estaban solos, el joven le empezó a hablar de los rumores que circulaban entre el servicio sobre los misteriosos gritos que se escuchaban durante la noche, procedentes de las profundidades del castillo.

Mientras el sirviente despertaba la curiosidad de Salvador —y susurraba el relato acerca de las figuras encapuchadas que hacían extraños rituales, protegidos por la complicidad de las sombras—, el arzobispo Hernando de Aragón mantenía una acalorada discusión en su despacho privado.

—Hay rumores que os acusan directamente de ser el responsable de los extraños

sucesos que nos visitan cada noche. No estoy dispuesto a tolerar ningún tipo de comportamiento extraño. Por eso os he hecho llamar. Os ordeno que dejéis de bajar a las mazmorras del castillo con oscuras intenciones.

—Ni conocía la existencia de las mazmorras, ni es una cuestión que me importe lo más mínimo —mintió Carbón—. Si estoy aquí es para beneficiarme de vuestro magnífico clima y curarme de las fiebres que me han castigado el cuerpo desde hace meses.

—Si no fuerais el protegido de la Santa Inquisición, hace tiempo que os habría expulsado de mis tierras. Así que id con cuidado, porque a partir de ahora vigilaré todos vuestros movimientos —le advirtió Hernando de Aragón.

—Os equivocáis de persona, arzobispo. Yo solo soy un humilde servidor de Dios.

—Alejaos de mi vista y no olvidéis lo que os he dicho. Tomaos mis advertencias en serio, porque no volveremos a tener ninguna conversación más en este sentido.

Carbón, visiblemente desbordado por el ataque frontal y despiadado que acababa de recibir, decidió retirarse a su habitación. Su plan de venganza estaba a punto de culminarse y nada ni nadie, por muy arzobispo que fuera, iba a poder detenerle. Era evidente que la situación se le estaba escapando de las manos, así que, con el orgullo dolido, decidió jugar su última carta.

Con máxima cautela, Carbón desenrolló un papel y acto seguido, con la letra temblorosa, escribió una misiva dirigida a Diego Sarmiento, miembro destacado de la Santa Inquisición de Barcelona y buen amigo de la infancia. Además de explicarle cómo evolucionaba su sagrada misión, quiso aprovechar para manchar el buen nombre del arzobispo Hernando de Aragón, inventando falsas acusaciones en las que le tildaba de ser un ególatra que disfrutaba vejándolo en público y en privado.

Pero continuaba:

El fraile Salvador, el supuesto Santo de Horta, aquel a quien yo llamo el amigo de las brujas, sigue vivo. Y las dos mujeres, María y Luna, vecinas de Arnes, siguen asolando estas tierras con sus malas artes. Son esposas del Demonio y por este motivo os ruego que no demoréis más la sagrada cruzada que las eliminará de la tierra. Es necesario que abráis una causa a la mayor brevedad posible. Utilizad, en nombre de Dios, todos los medios que se encuentren a vuestro alcance para someterlas a la Verdad, y por esto os recomiendo que iniciéis diligencias contra el grupo de cinco ancianas con las que tan frecuentemente comparten ritos y reuniones secretas donde invocan al Maligno. Ellas confesarán. Y con su confesión caerán el resto de los herejes.

En cuando a vuestro amigo, el arzobispo Hernando, debo informaros que su compasión le convierte en un ser débil e inútil para nuestra causa. Con hombres como él, la Iglesia jamás conocerá el esplendor que le corresponde por la voluntad de Dios...

Mientras Carbón, intranquilo, ordenaba al mensajero que entregara la carta a la mayor brevedad posible, en otra habitación del castillo, Salvador, curioso, convencía al paje para que le acompañara hasta los oscuros pasadizos de donde procedían las extrañas voces que llenaban de terror las noches del castillo.

A pesar de la inusitada proposición, el joven la aceptó inmediatamente. De manera involuntaria, se le dibujó una media sonrisa en el rostro, hecho que hizo estremecer a Salvador y le recordó la sensación de desconfianza que había tenido al entrar en el castillo.

El trayecto fue largo y después de ser conducido a través de pasadizos y estrechas escaleras de caracol que se adentraban más y más en las entrañas del palacio, el fraile descubrió, desconcertado, el altar negro, los pergaminos y los instrumentos de tortura que se almacenaban siniestramente en la prisión.

Las paredes estaban salpicadas de sangre y, asustado, el fraile no se lo pensó dos veces. Quería correr hacia la puerta para pedir ayuda.

Pero era demasiado tarde, ya que, mientras Salvador estaba paralizado por los macabros descubrimientos, el joven paje —tal como le había ordenado su maestro— se había escabullido entre las sombras.

Cuando el fraile se volvió a encontrar cara a cara con el hombre que le había atacado días atrás, sintió como si la herida se le hubiera abierto otra vez.

—Hola de nuevo, amigo de las brujas —le dijo Carbón mientras cerraba la puerta a sus espaldas y escupía en el suelo—. Hasta ahora la suerte te ha acompañado y has evitado la muerte, pero hoy no fallaré.

—El arzobispo me está esperando y, si mi ausencia se alarga mucho más, el joven paje le dirá que estoy aquí, y entonces no tendréis ninguna escapatoria.

—¡Sois un iluso, Salvador! El arzobispo ni tan siquiera sabe que estáis en su palacio. La invitación os la envié yo mismo —dijo Carbón mientras sacaba de uno de los bolsillos una réplica exacta del sello del arzobispo—. Esta vez os estrangularé con mis propias manos, para asegurarme de vuestra muerte, y después tiraré el cuerpo al pozo para que os pudráis entre las ratas.

Salvador, que todavía era incapaz de entender lo que sucedía, siguió los movimientos de su enemigo y, forzando la vista por culpa de la escasa luz que iluminaba la sala, vio cómo Carbón retiraba la pesada tapa que cubría la boca del pozo y observaba el fondo, imaginando el momento en que el cuerpo del fraile caería, ya muerto, en las frías aguas del río que se intuían entre la oscuridad.

Muy lentamente —poseído por el instinto de supervivencia—, Salvador se fue retirando hasta ponerse detrás de una pequeña mesa de madera que había en uno de los rincones. Pretendía protegerse del inminente ataque.

De repente, Carbón se colocó en la mano derecha un puño de hierro medio oxidado, y de un salto, con una agilidad sorprendente, se plantó frente a la mesa.

Propinándole una patada, la envió muy cerca de la boca del pozo.

Salvador quiso retroceder para desembarazarse de su agresor y ganar un tiempo

precioso para llegar a la puerta. Solo así podría dar la voz de alarma, pero al hacerlo tropezó con una silla, cayó al suelo y se golpeó la cabeza contra la fría pared de piedra.

Sin pensárselo dos veces, Carbón se lanzó sobre el cuerpo medio aturdido del fraile y lo castigó con una serie de brutales puñetazos que le dejaron la cara y el pecho totalmente ensangrentados.

La sangre caliente y espesa manaba sin cesar de una de sus cejas y la boca.

Insatisfecho, el adorador de las sombras continuó su ataque despiadado, mediante patadas frenéticas, dirigidas al vientre y la cabeza del fraile, con el único objetivo de someterlo y humillarlo definitivamente antes de segarle la vida de raíz.

Con el cuerpo dolorido y la respiración entrecortada, Salvador no pudo hacer nada para defenderse de la terrible paliza, ni para evitar que Carbón lo arrastrara por el pelo a la muerte segura que le esperaba dentro del pozo.

En un último intento por sobrevivir —cuando ya podía oler la humedad que procedía del río que pasaba por el fondo de aquella puerta al infierno que se abría en las entrañas del castillo—, el fraile sacó fuerzas de donde no habían y tuvo la fortuna de cogerse a tientas de una de las patas de la mesa que había quedado milagrosamente colocada justo al lado de la boca del pozo.

Con un último esfuerzo, en una apuesta que significaba el todo o la nada, la empujó hacia las piernas de su enemigo con tanta fortuna que logró que este se tropezara.

Después de unos instantes de incertidumbre —justo el tiempo necesario para que la fuerza de la gravedad lo venciera hacia atrás—, Carbón, sorprendido e incapaz de aceptar una nueva derrota, perdió fatalmente el equilibrio y cayó al pozo.

«¡Hijo de puta!», fueron sus últimas palabras antes de precipitarse al vacío.

Salvador pudo escuchar con total claridad el crujido del cuello de Carbón cuando impactó contra las paredes de piedra que tapizaban el interior del pozo.

Instantes más tarde, el cadáver se precipitaba al río como un muñeco roto y se perdía de su vista, llevado por la corriente.

Con el cuerpo dolorido, Salvador huyó del castillo tan deprisa como pudo y, justo en el momento en que se reencontraba con sus amigas en el puente de piedra que unía el barrio antiguo con las nuevas construcciones del otro lado del río, el cuerpo de Carbón emergió a la superficie ante la mirada atónita de todos los presentes.

Sin fuerzas para dar ninguna explicación, Salvador cogió del brazo a las dos mujeres hasta que estuvieron bien lejos.

Cuando tomaron el camino de regreso a Arnes, se dejó caer desplomado por el esfuerzo.

Allí, junto a la sombra de unos olivos, les explicó todo lo que había sucedido en la mazmorra.

Mientras el fraile relataba el último encuentro con Carbón en el castillo de Valderrobres, el arzobispo Hernando, cansado de la soberbia de su invitado, ordenaba a sus sirvientes que registraran a conciencia todos los pasadizos subterráneos.

Fue al descubrir la existencia del altar negro, los pergaminos y los libros relacionados con la magia negra, cuando ordenó la inmediata detención de Carbón.

Aunque ya era demasiado tarde.

Su única opción fue contemplar, impasible, el cuerpo del hombre que había aparecido en el río con el cuello roto.

Ante este hecho, el arzobispo se dirigió a su despacho privado para escribir una carta dirigida a un viejo conocido, el inspector Francisco de Vaca, a quien explicó con todo lujo de detalles los abominables descubrimientos y su relación con el hombre muerto.

Hernando no lo podía saber, pero su carta significaba mucho más que el relato de un triste suceso. Él lo ignoraba, pero el contenido de aquella misiva llegaría a ser conocida por algunas personas que, muy lejos de allí, tenían el único propósito de reformar la Santa Inquisición. Empezaban a recopilar pruebas contra aquellos hermanos que se excedían en sus funciones, y pronto se les conocería como los defensores de las brujas.

El segundo capítulo

La muerte de Carbón había aliviado el ánimo de los tres amigos.

Aprovechando dicha circunstancia, Salvador se dedicó nuevamente a acompañar a sus fieles, mientras María y Luna seguían aprendiendo de los misterios y la magia de la naturaleza.

Luna, más relajada que nunca, decidió continuar con la lectura del Libro de las Esencias. Ya había conocido la experiencia de Hera, la sacerdotisa druida, y cuando empezó a leer el segundo capítulo del libro, se sorprendió por los extraños símbolos que encontró escritos. La curiosidad la venció hasta tal punto que, cuando el nuevo día amenazaba con su acto de presencia, todavía estaba inmersa en la lectura de los extraordinarios contenidos que se le presentaban, página tras página.

Mi nombre es Hapset y pertenezco a la Casa de la Vida que hay en Tebas.

He venido a tomar posesión de mi trono. A que se reconozca mi dignidad, pues todo eso era mío antes de que existierais vosotros, los dioses: así pues, bajad y pasad a ocupar los últimos lugares, porque yo soy un mago.

Quiero presentarme con uno de los conjuros que se recogen en los Textos de los ataúdes.

Hace ya muchos años que el lenguaje de los dioses ha quedado relegado en el olvido y yo, el último sacerdote que conoce el significado de su escritura, pretendo que nuestras gestas perduren más allá de la eternidad, como las momias de nuestros reyes, que conservan su dignidad por los siglos de los siglos.

Nuestros secretos más bien guardados, los métodos de embalsamamiento y el alfabeto clásico que mi pueblo ha utilizado durante más de tres mil años son los presentes más preciados que ningún egipcio pueda ofrecer al mundo entero. Y de esta manera es como pretendo que nuestros conocimientos queden para las generaciones futuras, las que contemplarán maravilladas las obras que nuestros dioses realizaron en la tierra bajo la atenta mirada de nuestro río sagrado. El río de la vida.

El procedimiento para embalsamar a los difuntos se inicia extrayendo el cerebro a través de las fosas nasales con la ayuda de un garfio de hierro. A continuación, se abre uno de los costados del cuerpo, utilizando un cuchillo etíope de piedra muy afilado, por donde se extrae el contenido del abdomen. Seguidamente se debe lavar la cavidad abdominal con vino de palma, y más tarde con una infusión de hierbas aromáticas. Hecho esto, se rellena la cavidad con mirra molida, casia y otras especies, excepto el incienso, y se cose la herida. A continuación, el cadáver se

mantiene en natrón, carbonato de sosa, durante setenta días, enteramente recubierto.

Transcurrido ese lapso de tiempo, que no debe ser excedido, se debe lavar y envolver el cuerpo, de pies a cabeza, empleando vendas de lino empapadas en resina, para después inhumarlo en un ataúd de madera hecho con figura humana. Una vez sellada esta caja, se coloca en una cámara sepulcral, de pie contra la pared.

Así es como conservábamos a nuestros muertos y de esta manera es como escribían sus jeroglíficos. Es el lenguaje con el que los hombres nos comunicábamos con los dioses. Un alfabeto que permitirá descubrir nuestros secretos más ocultos.

La última cosa que hizo Luna antes de cerrar el Libro de las Esencias, fue hacer un juego que repetiría muchas otras noches. Escribir mediante jeroglíficos los nombres de todos aquellos a los que quería.

Y justo cuando terminaba de escribir el nombre de su madre en un papel, los ojos se le cerraron hasta bien entrada la mañana.

Rumores de brujería

El otoño avanzaba lento y gris mientras los campesinos sufrían las consecuencias de unas heladas que prácticamente habían borrado cualquier rastro de vida en los campos. La desolación, el hambre y el miedo se extendían como una enfermedad infecciosa entre la gran mayoría de los habitantes de la zona.

Por primera vez en muchos años, se volvían a escuchar en las cocinas de las casas rumores sobre ataques de lobos que diezmaban los rebaños ante la mirada impotente de los pastores. Incluso —hecho que resultaba más inquietante—, se hablaba de la presencia de un gran lobo blanco, el líder indiscutible de la manada, que además, en algunas ocasiones, iba en compañía de varias mujeres cuya identidad todavía nadie había podido desvelar.

Pero lo que realmente motivó que las palabras brujería y maleficio se extendieran por aquellas tierras, fueron las misteriosas y súbitas muertes de una docena de niños en apenas unos días de diferencia. El desconsuelo de las madres que habían perdido a sus hijos fue envenenando lentamente las mentes de muchos vecinos, hasta que la desconfianza por todo y por todos se instaló en sus almas.

Entre rumores y realidad, la superstición estaba floreciendo con fuerza, en compañía del frío y las nieblas. Parecía que nada ni nadie podrían detenerla.

Lo que pocos podían imaginar, era que había personas muy interesadas en que estos rumores cobraran mayor fuerza, y se dedicaron a alimentar, a copia de monedas y pan, los falsos testimonios.

La noticia del fallecimiento de su querido amigo Carbón había revuelto el estómago de Diego Sarmiento. Había muerto un verdadero y leal siervo de Dios, y el mejor tributo que se le podía hacer era tomarse muy en serio el contenido de la carta que le había enviado justo antes de pasar a mejor vida.

En ella, le proponía abrir una causa para investigar la realidad de aquellas presuntas manifestaciones del Diablo, llevadas a cabo por personas con nombre y apellido.

Ahora, gracias a Dios, los rumores eran suficientemente sólidos como para justificar su presencia y la de sus hombres en aquel lugar perdido entre las montañas.

Y Diego Sarmiento demostró ser muy eficiente en su cruzada inquisitorial.

La siniestra comitiva, encabezada por uno de sus hombres más fieles y experimentados, sabía muy bien hacia donde debía dirigirse. El destino final estaba señalado en el mapa con una precisa marca negra.

A medida que avanzaban por los diferentes pueblos de la zona, en uno sí, en otro también, iban dejando a sus espaldas un reguero de desolación y lágrimas.

El hombre de confianza de Diego Sarmiento tenía la lección bien aprendida y cuando recibió los nombres de las personas a las que debía investigar, se revolvió sorprendido en la silla.

Estaba acostumbrado a actuar de otra manera y, el hecho de tener tan claro a quien interrogar y qué información necesitaba, le resultaba desconcertante.

Para él, cada proceso era cómo una cacería en la que no conocía, hasta el último momento, la presa que caería en sus redes.

Así que en aquella causa, todo le parecía demasiado sencillo.

Simplemente, le quitaba emoción a su trabajo.

Cuando Dolores —la anciana con quien María y Luna habían compartido tantos buenos momentos— abrió la puerta, no podía dar crédito a la escena.

«¿Sotanas y soldados en mi casa?», se dijo a sí misma, nerviosa.

Pero apenas tuvo tiempo de pensar en nada más, ya que una gran maza la golpeó violentamente en la cabeza haciéndole perder el conocimiento al instante.

Cuando despertó, sintió una desagradable sensación de frío y miedo, al mismo tiempo que un insoportable dolor de cabeza que le embotaba los sentidos.

Apenas podía reconocer el lugar donde la habían conducido. Lo único que tenía claro era que estaba en una sala muy poco iluminada por el sol y húmeda, muy húmeda.

Aunque de nuevo, tampoco le dieron la oportunidad de pensarlo mucho, porque enseguida, una voz profunda y desagradable, llamó su atención.

—Veo que ya habéis vuelto al mundo de los vivos —dijo el hombre que se encontraba frente a ella, y a solo unos pasos de la silla donde la habían atado—. Aunque quizás, cuando hayamos terminado, preferiríais haber muerto hace mucho tiempo.

—¿Qué hago aquí? —murmuró la mujer.

—Es evidente. Estáis retenida en este calabozo para rendir cuentas a Dios por todos vuestros pecados, bruja. Y acabaréis confesando, aunque para ello debemos arrancaros la piel a tiras.

Dolores no podía creer lo que estaba sucediendo. Ni en sus peores pesadillas podría haber imaginado aquella crueldad, y cuando vio que el verdugo se acercaba con unas tenazas que habían calentado al rojo vivo sobre unas brasas, fue consciente de que las amenazas no eran ninguna broma.

Cuando despertó entre terribles sufrimientos, Dolores apenas recordaba lo sucedido. Lo último que había visto antes de desmayarse por segunda vez, fue el rojo acero que jugaba con los dedos de sus manos y pies, hasta dejarlos tan destrozados que se podían entrever los huesos entre la carne quemada.

—Una vez más, mujer. ¿Confesáis ser una adoradora del Diablo? ¿Confesáis que en compañía de otras mujeres habéis practicado horribles rituales en nombre del

Demonio? —preguntó el inquisidor.

—No...

—Ya veo... Entonces, ¿también negáis conocer íntimamente a dos mujeres que se llaman María y Luna?

A pesar del estado en que se encontraba, Dolores entendió por fin que ella solo era una distracción para sus torturadores. En realidad, el objetivo de aquellos hombres eran sus queridas amigas, cuya vida seguía estando a merced de extremistas como los que pretendían truncar lentamente su vida.

—Lo niego...

—Como queráis. Habéis elegido libremente vuestro destino —añadió el hombre mientras se dirigía al verdugo—. Mácala. Pero que sea lentamente —le susurró al oído.

Y mientras los gritos de Dolores quebraban de nuevo el silencio de la noche, el hombre salía del calabozo donde el olor a carne quemada hacía prácticamente irrespirable el aire.

«Ha sido un buen comienzo, sin duda. Y la bruja ha resistido más de lo esperado», se dijo mientras, silbando, se retiraba a sus aposentos para estudiar los planes que debía llevar a cabo durante los próximos días.

La ola de represión llegó, al cabo de una semana, a cuatro pueblos más de la zona.

Las presas elegidas fueron las mujeres que Carbón había citado en su carta y que formaban parte del grupo que, junto con María y Luna, habían celebrado la mágica llegada del solsticio de verano.

Todas fueron interrogadas, torturadas y murieron entre grandes sufrimientos, sin confesar cualquier relación con sus amigas de Arnes.

A pesar de todo, el hombre de confianza de Diego Sarmiento, se sentía satisfecho por cómo iban evolucionando los acontecimientos. El hecho de que ninguna de las ancianas hubiera confesado, todavía le servía para motivarse aún más.

A medida que se acercaba a su destino, la causa contra María y Luna empezaba a ser una cuestión personal. Por lo que había podido comprobar, llegado el momento debería ser capaz de desplegar toda su habilidad, adquirida durante muchos años de oficio.

Aunque mientras esperaba la llegada de Diego Sarmiento, todavía quedaba tiempo suficiente para refinar alguna de las técnicas que había empleado con las brujas. Con el tiempo, se había convertido en un auténtico experto en el arte de doblegar la voluntad humana, y para conseguirlo, su mejor arma era el dolor.

El juglar

Durante las últimas semanas de otoño los rumores habían empezado a concentrarse en Arnes, y la llegada de un misterioso juglar que, según decía él mismo, conocía como nadie la verdadera historia de caballeros, dragones y doncellas, rompió la rutina del pueblo. Mientras el alguacil recorría las calles anunciando el inminente comienzo del espectáculo en la plaza Mayor, un numeroso grupo de vecinos, entre los que se encontraba María, acudieron visiblemente preocupados.

Su intención no era la de escuchar cuentos ni canciones. Lo único que querían del juglar era preguntarle sobre la veracidad de algunos rumores que hablaban de la presencia de una siniestra comitiva integrada por sacerdotes y soldados, que habían llevado la muerte a varios pueblos de la zona.

—¿Es cierto lo que se dice?

—¿A qué os referís? —replicó el juglar mientras afinaba los instrumentos que había sacado de la carreta.

—Queremos saber si es cierto que hay una caravana de la muerte transitando por nuestros caminos.

—Es cierto. Pero no se trata de una caravana cualquiera. Son soldados de Dios. No sé cuál es el motivo de su presencia aquí, pero os aseguro que tan pronto como termine mi actuación partiré hacia el sur sin demorarme más que el tiempo necesario para que mi caballo descanse.

—¿Y es cierto que han muerto varias mujeres en sus manos?

—Sí, así es. La primera en caer fue una tal Dolores. Pero no debéis preocuparos más de la cuenta. Se dice que murió por bruja. Y en este pueblo no hay brujas, ¿verdad?

—¿Dónde está la caravana en estos momentos? —preguntaron algunos vecinos, alarmados.

—La Santa Inquisición debe estar a punto de entrar en Horta de Sant Joan, si mis cálculos son correctos.

María se quedó helada y, con una inmensa pena rondando por su alma, abandonó inmediatamente la plaza. Pero no fue la única y, cuando el juglar salió de la carreta —donde se había escondido para cambiarse de ropa— descubrió que todo el mundo había desaparecido.

Solo un perro husmeaba sus pertenencias en busca de algo a lo que poder hincar el diente. Sorprendido, sobre la mesa que ocupaban los instrumentos musicales, encontró un montón de monedas y un par de jarras de vino que la gente le había dejado como pago por su actuación. Había tenido poco éxito con sus historias de

torneos y amores imposibles, pero cuando contó el dinero que los vecinos de Arnes le habían entregado por el simple hecho de responder a sus preguntas, se planteó seriamente cambiar de oficio.

Era mucho más de lo que solía ganar con sus actuaciones.

El legado de María

Cuando María llegó a casa, presa de una tristeza infinita en el corazón, tuvo muy claro que debía hacer dos cosas. Y ambas eran urgentes.

Se sentía aturdida por la muerte de sus amigas y rogó para que Salvador y Luna regresaran pronto de su paseo. Necesitaba compartir con ellos las últimas y preocupantes noticias que circulaban por la zona.

Cuando Salvador y Luna llegaron a la casa de la calle Mayor, encontraron a María sentada en la cocina, con el rostro visiblemente demacrado, como si de la noche a la mañana, en apenas unas horas, hubiera envejecido unos cuantos años.

María, desconsolada, los miró fijamente. Primero a su querida hija y después a Salvador.

—¿Cuándo acabará todo esto?! —dijo entre lágrimas mientras escondía la cara entre las manos, como si así pudiera aliviar el dolor que sentía en su interior.

—¿Qué pasa, María? —preguntó Salvador, mientras él y Luna se acercaban, desconcertados, para intentarla consolar.

—Han muerto, Salvador. Las han asesinado a todas —respondió con la voz entrecortada y la mirada perdida.

—¿Quién ha muerto, madre? —insistió Luna mientras le secaba las lágrimas con un pañuelo.

—Dolores, Teresa, Pilar... Todas. ¡Las han asesinado a todas!

Cuando María apuró el vaso de agua que le había llevado su hija, recuperó la serenidad. Ya más calmada, encontró las fuerzas necesarias para acabar de explicar todo lo que, según había confirmado el juglar, había sucedido a sus queridas amigas: las violentas detenciones, las insufribles torturas y, al final, la muerte.

La revelación de María vino acompañada de un profundo y respetuoso silencio.

El dolor que sentían los tres era tan intenso que las palabras se les atravesaron en la garganta, incapaces de salir. Pero Salvador tenía todavía muchas preguntas por formular.

—María, ¿de qué las han acusado?

—Las han asesinado por brujas, Salvador. Ni tan siquiera les han dado la oportunidad de defenderse en un juicio justo.

—María, tienes que disculpar mi poco tacto en estos momentos tan difíciles, ¿pero tú crees que os deben haber delatado?

—No, Salvador, no lo creo. Si nos hubieran delatado, ninguna de ellas habría muerto, ¿no te parece?

Pero la realidad era que nada de lo que estaba sucediendo respondía a ninguna

lógica. Más bien, y muy a su pesar, parecía que la larga sombra de sus enemigos seguía empeñada en jugar con ellas, sin concederles tregua ni descanso hasta el final de sus días.

—Salvador, si Carbón ha muerto, ¿quién puede estar detrás de toda esta barbarie?

—No lo sé, María. Lo único que tengo claro es que la caravana de la Santa Inquisición no actúa al azar. Siguen una ruta muy bien planificada que les conduce, de pueblo en pueblo, y acaba con personas inocentes que solo han sido culpables de...

—Solo han sido culpables de haber estado en contacto con nosotras en algún momento u otro.

—Eso es, María, y me temo que los cazadores están tomando posiciones, a la espera de hallar el momento oportuno para sorprender a sus presas.

—¿Y tú, Salvador? Quizás tu nombre también está escrito con letras de sangre en esta macabra lista.

—Probablemente, María, pero yo dispongo de cierta ventaja. Soy sacerdote, como nuestros perseguidores, y antes de hacer nada en mi contra deberán estar muy seguros de la solidez de sus acusaciones.

—¿Y qué alternativa tenemos? —preguntó Luna, temblorosa.

—¡Luna! —exclamó María mientras la abrazaba—. Debemos huir antes de que nuestros perseguidores acaben echándonos el lazo alrededor del cuello. Aún disponemos de tiempo.

—Me da cierto apuro pensar que la huida es la única opción que tenéis para salvar la vida —añadió Salvador.

—¿Dónde iremos? ¿Qué va a ser de nosotras, madre? —quiso saber Luna.

—Quizás haya llegado el momento de llamar a la puerta de quienes hace muchos siglos juraron defender el tesoro que poseemos —respondió María.

—¿Qué quieres decir? —preguntó su hija, confusa.

—Creo que ha llegado el momento de que pongamos a prueba la solidez del juramento que alguien muy poderoso le hizo a Bertrán Aymerich. Juró proteger el Libro de las Esencias, así como a sus legítimos custodios. Por lo que ha llegado el momento de que abandonemos la tierra que nos ha visto nacer y dirijamos nuestros pasos hacia Barcelona. Allí encontraremos a los descendientes de los Montcada. ¿Lo entiendes ahora, Luna Aymerich?

—Lo entiendo, madre. Pero ¿y si no nos escuchan? ¿Y si han olvidado el juramento? —preguntó Luna con ciertas dudas.

—Eso solo lo sabremos cuando nos encontremos cara a cara con ellos. Lo único seguro, hija mía, es que si nos quedamos aquí... —dijo María, incapaz de finalizar la frase. Y tras unos instantes de silencio, añadió—: ¿Y tú qué harás, Salvador?

El fraile, que seguía la conversación con mucho interés —consciente de que sus amigas escondían más sorpresas de las que hubiera podido imaginar—, manifestó su postura.

—Me reuniré con vosotras en Barcelona tan pronto como pueda. Os encontraré, te lo aseguro.

Mientras María y Luna dedicaban el resto de la tarde a preparar el equipaje, el fraile estudiaba cuál sería la ruta más segura que podrían seguir hasta Tortosa; la primera etapa del viaje. Lo principal era evitar los caminos más transitados y alcanzar el Ebro lo antes posible, desde donde, siguiendo el curso del río, podrían llegar con facilidad a la gran ciudad.

Y una vez acordaron la ruta, Salvador regresó rápidamente al convento para no levantar sospechas. Ahora más que nunca necesitaba la fuerza y el coraje que le daba Dios. Necesitaba acercarse lo máximo posible a sus perseguidores y permanecer alerta para detectar cualquier movimiento que pudiera delatar las intenciones de sus enemigos.

Llegado el momento, debería actuar para dar tiempo a sus amigas, para que pudieran huir.

A la mañana siguiente, María y Luna tenían previsto abandonar Arnes, arriesgando sus vidas para escapar de lo que parecía una muerte segura. Quizás podrían regresar algún día, o quizás no. Solo el tiempo lo diría.

En cualquier caso, el hecho de tener que abandonar su hogar a la desesperada las llenaba de tristeza y de una melancolía difícil de describir con palabras.

Por ahora, y con la ruta de la huida trazada, poco podían hacer aparte de descansar. Y mientras Luna se estiraba en la cama, tapada hasta las orejas, María se retiraba a su habitación, esperando a que la oscuridad de la noche cubriera el entorno.

Lo más urgente ya estaba preparado.

Y para lo siguiente necesitaba silencio e inspiración. Escribir en el Libro de las Esencias no era algo que pudiera tomarse a la ligera.

Así que, solo cuando se sintió preparada, dejó que la pluma y la tinta bailaran por las viejas páginas. Tenía muchas cosas que contar antes de que fuera demasiado tarde. Debía hablar de sus sueños premonitorios, de su linaje, y de la riqueza y la sabiduría de los remedios naturales que poseían aquellas montañas.

Cuando María terminó de escribir en el vetusto libro, los gallos habían despertado el día desde hacía ya mucho rato. Y, agotada por el esfuerzo, apenas se dio cuenta de la extraña oscuridad que la rodeaba.

Lo que descubrió, al abrir las ventanas de su estancia para respirar un poco de aire puro, le heló el corazón.

La tormenta de nieve

El cielo estaba cargado de nubes bajas de tonalidad negra y grisácea que impedían el paso del sol.

Y lo que más aterrorizó a María fue la impresionante cortina de nieve, impulsada por un viento huracanado, que dejaba a su paso un rastro helado.

Bajo aquel espeso manto de varios metros de grosor, toda muestra de vida había sido engullida.

Obviamente, con aquel tiempo, cualquier intento de fuga estaba condenado al fracaso.

María era consciente de ello, y no pudo evitar que se le escapara un grito de desesperación que al acto despertó a Luna.

—¡Madre! ¡Madre! ¿Qué pasa?

Pero la joven no recibió ninguna respuesta. Al entrar en la habitación vio cómo su madre señalaba en dirección al paisaje blanco.

Enseguida comprendió que estaban atrapadas.

Los primeros copos de nieve habían caído durante la noche sin avisar. Según decían los campesinos, todavía quedaban algunas semanas antes de que la nieve se instalara en la zona, como era costumbre. Pero aquel año el mal tiempo se había adelantado, y se comportaba como el joven caprichoso que juega, inconsciente, con la vida y la muerte.

Por la mañana, los niños jugaron con la nieve que tapizaba el paisaje, pero cuando las temperaturas empezaron a caer y el espesor de la nieve aumentó hasta que fue imposible andar por las calles, las risas y los juegos dejaron paso a rostros serios que parecían vaticinar la catástrofe.

Solo un par de horas más tarde, la nevada era tan intensa que no se podía ver más allá de sus narices, y los pocos que se atrevían a salir del calor de los hogares lo hacían por pura necesidad o para ir en busca de leña a los corrales.

El crudo invierno se había adelantado varios meses y la tormenta de nieve tenía la intención de quedarse durante muchos días, como el inesperado invitado que, además, abusa de la generosidad de los anfitriones alargando egoístamente su estancia.

Cuando, horas más tarde, el fraile se personó en la casa de la calle Mayor, la cara de sorpresa de las dos mujeres fue mayúscula.

—¡Salvador! —gritó María apenas verlo—. ¿Cómo has podido llegar hasta aquí?

¡Qué alegría verte!

—¡La suerte me ha acompañado! He andado durante horas con la nieve hasta el pecho, pero por suerte el lobo blanco me abría paso. Sin duda, me ha salvado de una muerte segura cuando se ha roto el hielo que cubría el río.

—¿Entonces, él también está bien?

—Sí, Luna, no te preocupes por tu amigo.

—¿Traes noticias? —preguntó María cortando nerviosamente las explicaciones de Salvador.

—La caravana llegó ayer a Horta y esta mañana ha entrado en el pueblo un segundo grupo de hombres armados. Parecía gente importante.

—¿Y entonces, qué podemos hacer? —dijo Luna—. ¡Los caminos están cortados!

—Lo único que podemos hacer es esperar y confiar en que el mal tiempo os conceda la tregua que os permita escapar —respondió Salvador mientras, un poco más recuperado del frío, bebía el caldo caliente que le había llevado María.

«Puede que lo que esté escrito no se pueda cambiar», pensó María mientras miraba con preocupación a su hija.

El inquisidor

Diego Sarmiento, vestido como siempre de riguroso negro, estaba de mal humor desde su llegada a Horta de Sant Joan.

Odiaba el frío, odiaba la nieve y odiaba cualquier cosa que estuviera relacionado con la muerte de su buen amigo Carbón. Y por desgracia, en aquel asqueroso lugar perdido entre las montañas, abundaba todo lo que él más odiaba.

Tenía mucho trabajo por hacer y, a pesar de que su fiel servidor había demostrado su competencia, segando de raíz la vida de algunos de los nombres que aparecían en la lista, el reto que tenía por delante todavía era considerable.

De modo que, sin quererse demorar más en su misión y después de encomendarse a Dios, hizo reunir a todos aquellos que aseguraban haberse curado de sus dolencias gracias a su visita al convento.

Y, después de hacerles jurar sobre la Biblia, les tomó testimonio de uno en uno:

—El fraile Salvador me pidió que purificara mi alma de cualquier pecado mediante la confesión y que recibiera el cuerpo de Jesucristo. Después me bendijo y salí de la iglesia por mi propio pie. Me había curado y pude dejar las muletas allí mismo.

Al comprobar que todas las declaraciones tenían muchos aspectos en común, Diego Sarmiento decidió ir en persona al convento.

Para pasar inadvertido, se disfrazó como un humilde fraile y se mezcló entre un grupo de enfermos que recorría —con grandes esfuerzos por la cantidad de nieve acumulada— la escasa distancia que les separaba de su destino.

Cuando llegó al convento, el inquisidor se sorprendió por la gran cantidad de peregrinos que estaban allí, alojados en improvisados refugios que apenas les protegía del frío.

No tardó en percibir en el ambiente un aura sobrenatural. Algunos lo atribuían a la presencia del santo y a sus poderes, pero Diego Sarmiento, que se tenía por un perro viejo de olfato muy fino, se convenció de que se trataba de un caso evidente de locura colectiva que solo el Maligno podía provocar.

El grupo en el que Sarmiento se había infiltrado se dirigió al interior de la iglesia, y el inquisidor aprovechó la oportunidad para alejarse discretamente y esconderse en un rincón oscuro.

Ahora solo era necesario esperar.

Una hora más tarde —cuando ya estaba cansado de ver la escoria humana que

abarrotaban la iglesia y a los que hubiera quemado con ganas—, el aumento del rumor popular le dejó claro que el supuesto santo había hecho acto de presencia.

«¿Este es el estafador?», se dijo al ver al fraile.

Y mientras Diego Sarmiento evaluaba el potencial de su víctima, Salvador avanzaba por el pasillo hacia el altar mayor, sacudiéndose la nieve de encima.

Antes de llegar, se detuvo, regresó sobre sus pasos y se fijó en el rincón donde se escondía el inquisidor.

Acto seguido se dirigió hacia allí y, ante la mirada atónita de Diego Sarmiento, Salvador se arrodilló a sus pies para besarle la mano.

—¿Ha venido su Excelencia a presenciar los milagros que realiza Dios por mediación de la Virgen? ¿O quizás su interés es solo el de quemar a gente inocente? —dijo Salvador, directo y sin pelos en la lengua.

—Estáis equivocado, hermano —balbuceó Sarmiento, mientras su rostro palidecía como la nieve—. Ni soy ninguna Excelencia ni merezco semejante honor. ¿No veis que solo soy un pobre fraile como vos?

—No me equivoco, señor. Vos sois un miembro de la Santa Inquisición y habéis venido para cumplir un oscuro propósito. Vuestra obcecación os impide ver los milagros de la Virgen. Como persona distinguida que sois, os merecéis ocupar un lugar más respetable en la casa de Dios —continuó Salvador mientras le cogía del brazo y lo conducía al presbiterio.

Una vez estuvo frente al altar, Salvador celebró la misa.

—Hermanos míos, arrepentíos de vuestros pecados y pedid perdón a Dios —dijo el fraile en pleno estado de éxtasis—. En nombre de su gracia, yo os bendigo, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Que vuestras mentes y vuestros cuerpos queden libres de cualquier enfermedad.

Diego Sarmiento sospechó que allí había muchas cosas para investigar, sobre todo después de ver con sus propios ojos cómo los miembros del grupo con el que había compartido el camino hasta el convento se levantaban, entre grandes muestras de alegría, completamente curados.

Sin duda, la redacción de su informe se alargaría mucho más de lo previsto. Y él odiaba el frío, tanto como odiaba a Salvador. El fraile era hábil, de eso no cabía ninguna duda, pero llegar a plantearse seriamente su santidad era algo que el inquisidor no estaba dispuesto a aceptar. Tenía ganas de poner fin a aquella pantomima y, para conseguirlo, lo más conveniente era empezar el segundo acto de su macabra obra.

Por lo pronto, él se quedaría en Horta vigilando los pasos del fraile, a la espera de que cometiera un error —por minúsculo que fuera—, para poderlo acusar de herejía.

Y al mismo tiempo, su hombre de confianza partiría aquella misma tarde en dirección a Arnes.

Diego Sarmiento odiaba el frío, odiaba la nieve y odiaba a cualquiera que cuestionara la verdadera palabra de Dios, por muy santo que fuera.

—¿De verdad os consideráis santo? —le había preguntado a Salvador antes de emprender el camino de regreso a Horta.

—Solo soy un humilde servidor de Nuestro Señor.

—¿De verdad? Pues para mí solo sois el amigo de las brujas. Cometed un solo error y quemaréis en la hoguera con ellas. Quedáis advertido —sentenció el inquisidor.

Aquella misma tarde, mientras los hombres del inquisidor dispersaban a golpes de palo y de látigo a los fieles que se refugiaban en las inmediaciones del convento, Salvador no pudo dejar de pensar en el incierto futuro de María y Luna.

V

Invierno

El cazador de brujas

Cuando Diego Sarmiento le dio la orden de partir, al cazador de brujas Juan Malet le faltó tiempo para ponerse en camino.

Llevaba tanto preparándose para aquel momento que, incluso con la dificultad que entrañaba avanzar a través de la nieve virgen, sus pasos eran ágiles.

A simple vista tenía una sonrisa dibujada en los labios.

Malet, que tenía una personalidad sádica, sentía tanta pasión por su trabajo que, el hecho de poner en práctica sus habilidades y ver el rostro del sufrimiento y del miedo reflejado en sus víctimas, era el mejor regalo que le podían hacer.

Por eso se sentía eternamente agradecido a Diego Sarmiento, con quien había llegado a establecer una buena relación basada en la complicidad.

Al igual que él, el inquisidor se alimentaba con el sufrimiento ajeno.

El cazador de brujas, Juan Malet, había conocido a su protector muchos años atrás, cuando solo era un joven y había tenido la sangre fría de delatar a su propio padre.

Un hombre que acabó siendo condenado por el asesinato de un caballero en una noche de borrachera.

Diego Sarmiento, que presidía el juicio, había quedado impresionado por el testimonio de aquel muchacho capaz de traicionar a su propia sangre por un propósito más elevado, como era hacer cumplir los mandamientos de Dios. Y aquel acto de amor incondicional hacia Nuestro Señor, despertó el interés inmediato del inquisidor, uniendo sus vidas.

Con el tiempo, aquel joven morisco nacido en Flix —que durante años había sido carpintero de oficio—, encontró su verdadera vocación. Y a raíz de aquel descubrimiento, pudo conocer el poder que proporcionaba el dinero, el placer de la carne y, sobre todo, el dejar de pasar hambre.

Cuando, de camino de Arnes, el morisco vio la figura del enorme lobo blanco que le seguía a una distancia prudencial, cogió con fuerza el bastón que utilizaba como ayuda para compensar su cojera, una secuela adquirida tras las terribles palizas que su padre, bebedor empedernido, solía propinarle.

Y, aprovechando un recodo del camino, Malet decidió esconderse para descubrir las intenciones del animal.

Al comprobar que el lobo aceleraba el paso en su dirección, como si se preparara para un ataque inminente, el cazador esperó al momento oportuno y, con una gran dosis de sangre fría, se abalanzó a traición sobre el animal, propinándole una feroz serie de golpes con su bastón, razón por la que el lobo se desplomó, inmóvil, a sus

pies.

«¡El cazador cazado!», pensó mientras le daba con todas sus fuerzas lo que él consideró que era el golpe de gracia.

Juan Malet continuó su camino y dejó tras de sí el cuerpo ensangrentado del fiel protector de Luna.

Poco después —y con la respiración entrecortada por el esfuerzo—, quiso refugiarse bajo las ramas de un gigantesco pino para beber hasta saciar su sed.

Nunca le había gustado el sabor del agua y, por tal motivo, su bota incluía un licor que él mismo había elaborado. Un líquido espeso e incoloro, de tal graduación, que habría tumbado a cualquier persona solo de olerlo. Pero él se lo tragaba con avidez, y cuanto más bebía, más reconfortado se sentía por la agradable sensación de calor que se extendía por su cuerpo desde el estómago.

Juan Malet estaba más cerca de su destino.

Apenas le quedaban cuatro pasos y, al ver que la niebla se engullía la poca luz existente, quiso acelerar el ritmo.

Entrar en Arnes rodeado por la niebla sería un magnífico golpe de efecto del que quería aprovecharse.

Por experiencia propia, sabía que su aspecto físico, y sobretodo sus ojos —su arma preferida—, impresionaban de tal manera que, cualquiera que cometiera el error de aguantarle la mirada, huía despavorido.

Precisamente por eso, quería que su entrada en el pueblo fuera triunfal.

Pero lo que se encontró al llegar a Arnes distaba mucho de lo que había imaginado su mente enfermiza. A medida que iba avanzando por las calles, la única cosa que podía ver era la gran cantidad de nieve que se había ido acumulado por la intensa tormenta de los últimos días, y el rastro que dejaban sus pisadas.

Malet quería llegar lo antes posible a la fonda para descansar, pero frente a la frustración que le generó el hecho de no encontrar a nadie a quien poder intimidar, decidió localizar la casa de la calle Mayor donde se escondía la plaga que él pretendía eliminar.

Cuando estuviera frente a la puerta principal, se mearía en ella, para marcarla con sus orines como hacían los perros al delimitar su territorio.

Las indicaciones que había recibido del inquisidor Sarmiento eran claras, y la casa fácil de localizar, pero cuando se encontraba a pocos metros de distancia, apareció de entre la niebla una preciosa joven de aspecto angelical cargada con un cesto. Malet, que interpretó aquella aparición como un auténtico milagro, una señal de Dios, se escondió en el portal más próximo mientras se cubría el rostro con la capucha del abrigo.

Y, justo cuando la muchacha estaba a su altura, apareció de la nada, buscando tropezar expresamente con ella, e iniciar uno de sus macabros juegos.

—¡Disculpa, joven! Soy un forastero que acaba de llegar al pueblo y me he perdido buscando la fonda. Quizás podrías acompañarme.

—¡Me habéis dado un susto de muerte! —exclamó Luna.

—Debes disculparme, apenas te he visto venir por culpa de la espesa niebla. Y bien, ¿me puedes acompañar? —insistió el asesino.

—Sí, claro. Pero antes debo dejar estas verduras en casa. Vivo aquí mismo, y si no os importa esperar un momento...

—¡No, por favor, no tengo ningún inconveniente! —respondió Malet, al tiempo que se le acercaba por la espalda con la firme intención de reducirla y abusar de ella.

Pero entonces se dio cuenta, con gran satisfacción, de que la joven se dirigía a la casa de la calle Mayor.

Con normalidad, Luna abría la puerta y dejaba el cesto lleno de coles justo al lado de la escalera.

Malet, que andaba unos pocos pasos detrás de la muchacha, entró en la casa y, una vez allí, cerró los ojos para inhalar profundamente. Era como si quisiera apropiarse de todos los aromas que se concentraban en la casa de las que, por orden de Sarmiento, se habían convertido en sus próximas víctimas.

Pocos minutos después, el hombre, todavía turbado, caminaba por las calles del pueblo acompañado por la hermosa joven en dirección a la fonda.

—¿Y cómo te llamas? —le preguntó el cazador con su voz profunda y desagradable.

—Me llamo Luna, señor.

—Pues has sido muy amable por acompañarme, Luna. Tienes un nombre tan hermoso como tú.

—Ha sido un placer, señor. ¿Puedo preguntaros cómo os llamáis? —dijo ella.

—Puedes llamarme maestro Malet, joven.

—¿Y cuál es el motivo que os ha traído al pueblo? Seguro que debe ser muy importante para que os atreváis a transitar por caminos cortados y llenos de nieve.

—Sí, muchacha, lo es. Pero el viaje no ha sido demasiado pesado. Vengo de Horta de Sant Joan.

—¿Y a qué os dedicáis, maestro Malet?

—Soy cazador, muchacha, soy cazador. Gracias por tu ayuda. Seguro que nos veremos muy pronto.

Algo más tarde, mientras Malet deshacía el equipaje en la habitación de la fonda, no podía dejar de jactarse por la fortuna que le acompañaba. Dios había sido generoso con él y había querido que conociera a una de las brujas.

La joven, sin duda era bellísima, lo reconocía, pero también sabía por experiencia que el Diablo era capaz de adoptar mil y un rostros para llevar a cabo sus más oscuros propósitos.

Mientras tanto, en la casa de la calle Mayor, Luna explicaba a su madre el insólito encuentro con el desconocido.

—He conocido a un hombre extraño. Un forastero que me ha pedido que le acompañara a la fonda.

—Pues hay que estar muy loco para viajar con este tiempo —dijo María, extrañada.

—Me ha dicho que venía de Horta.

—¿Y por qué ha venido a Arnes? ¿A qué se dedica?

—Lo único que sé es que es cazador y... —empezó a decir Luna, hasta que el rostro de su madre empalideció.

María, asustada, dejó sobre la mesa la col que estaba cortando y se acercó a su hija para interrogarla.

—¿Le has visto el rostro? ¿Sus ojos, quizás?

—No madre, su rostro estaba oculto bajo la capucha. ¿Pero qué pasa? Ha sido muy amable conmigo.

María no dijo nada. Estaba perdida en sus pensamientos y, después de una larga pausa, respondió a su hija.

—¡Necesito ver sus ojos!

Carnaval

A pesar de que durante siglos numerosos reyes, obispos y hasta la misma Inquisición habían luchado para eliminar del calendario la celebración de aquella fiesta de raíces paganas, el ambiente que había en el comedor de la fonda era magnífico.

Habían retirado las mesas y las sillas y la música sonaba sin cesar mientras los asistentes bailaban ajenos al mal tiempo que castigaba sin compasión las calles.

La mayoría llevaban puesta una máscara y los disfraces eran objeto de los comentarios de todo el mundo, porque se trataba de descubrir quien se escondía detrás de ellos.

Juan Malet, que había llegado el día anterior, observaba escandalizado el espectáculo, que para él era una clara demostración del poder del Diablo. En condiciones normales, jamás habría acudido a una fiesta como aquella; bien al contrario, hubiera hecho todo lo posible para evitar la celebración. Pero el trabajo era el trabajo, y por mucho que se le revolviera el estómago y por mucho asco que sintiera, si quería alcanzar su objetivo, necesitaba estar en aquella fiesta.

Algo más tarde, cuando ya había apurado las dos jarras de vino servidas por la mesonera, entraron dos mujeres.

Por fin, su larga espera se veía recompensada.

Cuando se quitaron los abrigos, a Malet no le costó reconocer a Luna.

La joven iba disfrazada con un vestido sencillo, pero muy elegante, y su rostro estaba cubierto por una máscara dorada, decorada con plumas pintadas de color rojo.

En general, el conjunto la hacía especialmente atractiva a los ojos de cualquiera. Quizás era por el contraste de colores, o quizás por su cabellera ondulada que llevaba sin recoger. Fuera lo que fuera, la cuestión era que la joven desprendía magia, y allí donde iba provocaba tantas miradas de admiración como de envidia.

La espera había valido la pena, y con una maliciosa sonrisa esbozada en el rostro, oculta bajo una máscara negra, Juan Malet se acercó a la joven entre evidentes muestras de embriaguez. Quería pedirle un baile.

Luna aceptó tímidamente, mientras buscaba con la mirada la aprobación de su madre, que en aquellos momentos estaba distraída conversando en el punto opuesto del comedor.

—¿Sabes quién soy? —preguntó el hombre a Luna, mientras el olor a alcohol provocaba una mueca de asco en la muchacha y él la apretaba cada vez con más fuerza contra su cuerpo.

Luna se sentía incómoda por el extraño comportamiento del hombre, pero sobre todo por el hedor que desprendía. Un olor nauseabundo, que a pesar de estar muy

disimulado por el aroma del vino, le recordó a la mismísima muerte.

—Eres muy hermosa —dijo Malet, mientras una de sus manos bajaba lentamente por la espalda de la joven hasta llegar a la altura de las nalgas.

Luna, en un primer momento, apenas pudo reaccionar, pero enseguida se dio cuenta de las intenciones de su compañero de baile y, enojada por su actitud, lo empujó para alejarse de él. Acto seguido corrió al lado de su madre.

—¡Madre!

—¿Qué pasa, Luna? —preguntó María, desconcertada.

Y antes de que su hija pudiera responderle, Juan Malet, que se había acercado rápidamente a las dos mujeres, las interrumpió mientras las cogía descaradamente por la cintura.

—Tienes una hija muy hermosa, María.

—¿Quién sois? ¿Nos conocemos? —dijo mientras se deshacía del abrazo del hombre y se situaba delante de su hija.

—No lo creo, solo soy un humilde cazador...

—Entonces, ¿sois el hombre de quien me habló mi hija? ¿Qué se os ha perdido aquí? ¿Cómo sabéis mi nombre?

—Solo estoy haciendo mi trabajo, mujer —aclaró el asesino.

—¿Y puedo saber qué cazáis con este tiempo?

—Muy sencillo, María. ¡Cazo brujas!

Al escuchar aquellas palabras, ambas se quedaron petrificadas; más todavía cuando Juan Malet, muy lentamente, se libró de la máscara que le cubría el rostro y soltó una sonora carcajada que pasó inadvertida para la gran mayoría de los que en aquel momento bailaban desenfrenadamente.

María, paralizada, solo fue capaz de fijar su mirada en la del hombre y, comprobar aterrorizada, que los ojos azules y fríos como el hielo del asesino le atravesaban el alma como cuchillos.

Se quedó sin respiración hasta que pudo reaccionar cuando su hija, arrastrándola del brazo, la llevó a casa entre las calles nevadas.

—Madre... —dijo Luna mientras le quitaba el abrigo de lana—. ¿Quién era aquel hombre?

—¿Qué?

—¡Madre, te estoy preguntando por aquel hombre! —gritó Luna asustada, buscando respuestas.

—¡Ese hombre es nuestra perdición, hija! ¡Nuestra peor pesadilla! —respondió María, mientras se estremecía al recordar la sensación que había tenido al ver los ojos de su agresor.

La mirada que había soñado durante tanto tiempo.

Ojo por ojo

El día despertó gris y triste, tal como había sucedido durante las últimas semanas.

Las calles desiertas daban testimonio mudo e impotente del avance de la siniestra comitiva encabezada por Juan Malet que, como se podía esperar, se detuvo delante de la gran puerta de madera de la casa de la calle Mayor.

Solo hacía unas pocas horas que María y Luna habían caído dormidas. Se habían abrazado, sin soltarse ni un momento, hasta que se habían dormido por el cansancio de una larga noche plagada de pesadillas y sufrimiento.

Apenas habían tenido fuerzas para comer, y mucho menos para intentar huir. Por mucho que las atormentara, se dieron cuenta de que la cacería a la que las habían sometido durante tantos meses, había ido minando sus almas hasta convertirlas en un gran agujero negro, donde parecía que la desesperación se había instalado definitivamente. Allí donde siempre había reinado la paz y la alegría, ahora solo había el convencimiento de que su final estaba muy próximo y que, con toda certeza, iría acompañado de una muerte lenta y dolorosa.

Con el amargo sabor de la derrota, el cansancio las había vencido una noche más, sin que pudieran hacer nada para evitar lo que estaba a punto de suceder.

Los tímidos golpes que daba el soldado con el picaporte se convirtieron, al cabo de unos segundos, en un salvaje intento por entrar en lo que ellos consideraban que era la casa de los horrores; el hogar del Demonio en la Tierra.

Sorprendentemente, la puerta aguantaba las embestidas del hacha, y cuanto más se resistía la madera milenaria con la que los antiguos la habían construido, más odio se acumulaba en el interior de los que esperaban, impacientes, la caída de aquel muro natural. Unos pocos centímetros les separaban de sus presas.

En la casa solo había dos mujeres, solas e indefensas, pero el comportamiento y la brutalidad que empleaban los soldados correspondía a las maneras de unos asediadores crueles.

María y Luna, asustadas por el ensordecedor ruido, bajaron rápidamente hacia la entrada, con el pelo revuelto y los cuerpos solo cubiertos por los camisones de dormir. La terrible escena que encontraron cuando abrieron la pesada puerta, fue como una jarra de agua fría cayendo a traición.

Y despertaron al instante, regresando a la cruel realidad de la que habían escapado, como ilusión, durante sus breves sueños.

Lo primero en lo que se fijó María fue en la cara de circunstancias del corregidor, que parecía observar la escena sin entender nada. De hecho, así era, porque hacía solo una hora que Juan Malet y el grupo de soldados, por orden del ilustre Diego

Sarmiento —inquisidor general de Barcelona—, lo había sacado a la fuerza de su casa con la intención de convertirlo en testigo obligado de la detención que estaba a punto de acontecer.

Lo segundo en lo que se fijó fue en la mirada vacía y amenazadora de Juan Malet, que parecía estar disfrutando con el espectáculo.

—En nombre del inquisidor general de Barcelona, el ilustre Diego Sarmiento, hemos venido a hacer cumplir la justicia de Dios. Disponemos de numerosos testimonios que os acusan de ser adoradoras del Diablo, y por este motivo venimos a encarcelaros... —soltó satisfecho de su victoria.

María, rendida a una fuerza superior que se veía incapaz de derrotar, respiró profundamente y, después de dirigir una mirada amorosa a su hija, le pidió que subiera a la cocina a preparar el desayuno para cuando ella volviera de aclarar aquel malentendido.

La petición de María no tenía ningún sentido, pero ante la insistencia de su mirada, Luna entendió que en realidad el amor de su madre quería impedir que presenciara como la trataban como a un perro rabioso, amarrándola con las cadenas que uno de los soldados portaba en la mano.

Pero justo cuando la joven empezaba a subir las escaleras, se escuchó la profunda y desagradable voz de Juan Malet, deteniéndola inmediatamente.

—¿Se puede saber adónde vas, joven puta?

—¡Por favor! —suplicó María, mientras se arrodillaba delante del cazador de brujas—. No permitáis que me vea atada como un perro.

—¿Y a ti quién te ha dicho que venimos a detenerte? —dijo despectivamente mientras la apartaba de una patada antes de dar la señal a los soldados para que apresaran a Luna.

En un acto de desesperación, María se abalanzó sobre los soldados que arrastraban a su hija del pelo, pero antes de que pudiera alcanzarlos se detuvo.

El gran lobo blanco que velaba por su hija aparecido de entre la niebla, saltando sobre uno de los soldados que sujetaban a Luna y mordiéndole el cuello hasta matarlo.

En medio de los gritos y la confusión —mientras el lobo atacaba a otro de los soldados—, Juan Malet, con gran dosis de sangre fría, cogió la espada del soldado muerto para atravesar, esta vez sí, el cuerpo del animal que cayó herido de muerte a los pies de la muchacha.

Luna, helada, apenas tuvo tiempo de acercarse a su fiel amigo para acompañarlo en su último suspiro.

Una maza la golpeó contundentemente en la cabeza, para envolverla al instante en la oscuridad más tenebrosa. Y se desvaneció.

Mientras arrastraban a Luna, con la intención de llevarla a la antigua prisión, María todavía quiso encararse a los soldados, encabezados por Juan Malet.

—¿Por qué ella? —gritó llorando—. ¿Por qué ella?

—Porque quiero que la veas morir. Ahora apártate de mi camino si no quieres que te mate aquí mismo, como he hecho con esta bestia —respondió el cazador de brujas mientras escupía sobre el gran lobo blanco, cuyos ojos se habían apagado para siempre.

María, arrodillada en medio de la calle, no pudo evitar que los soldados se llevaran a su hija a la antigua prisión del castillo de Arnes, el lugar que, por ironías del destino, su amado esposo Martín nunca se cansó de contemplar.

Cuando fue consciente de lo que había sucedido, María miró a su alrededor, y con los ojos embotados de lágrimas, se acercó al cuerpo ensangrentado del lobo para acariciar su cabeza.

Los vecinos de la calle, testimonios obligados de toda aquella barbarie, intentaban consolarla mientras veían como retiraban los cuerpos sin vida de dos soldados, cuya sangre se mezclaba con la del lobo y teñía de color rojo la blancura inmaculada de la nieve.

Aquella mañana se había derramado demasiada sangre inocente, y lo único en lo que pudo pensar María, antes de caer inconsciente, fue en una frase que había leído hacía muchos años y que la había estremecido hasta aquel momento:

«¡Ojo por ojo!».

Después, solo hubo silencio y carreras desesperadas a su alrededor, con la intención de socorrerla.

Rayos y truenos

Cuando María despertó, la primera cosa que vio fueron unos preciosos ojos que la observaban con mirada triste. Gracias a Dios, esta vez ni eran azules, ni eran fríos, sino más bien oscuros, brillantes, llenos de vida y expresividad.

Eran los ojos de su querido amigo Salvador.

Con su llegada, María sintió que se aliviaba el terrible desconcierto que sentía en el corazón. No es que no sufriera pero, al compartir con alguien tan cercano lo que había sucedido, la pena se le hizo un poco más soportable.

—¡Han detenido a Luna! —exclamó, aún nerviosa.

—Ya lo sé, María, ya lo sé...

—A mí no me quisieron detener, Salvador. Me iba a entregar y ellos, no solo me rechazaron, sino que incluso disfrutaron humillándome. Y después, todo fueron muertes y confusión.

—Es difícil de entender, María, pero mucho me temo que esa manera arbitraria de actuar, en realidad obedece a una calculada estrategia que tiene como único objetivo el hacerte sufrir y desgastarte antes de que vengan a detenerte —dijo el fraile, mientras pensaba en ello.

Mientras le escuchaba, María, seguía postrada en la cama, mirando fijamente el paisaje que tantas veces le había hecho encoger el alma por su serena belleza.

Aunque en ese momento, era incapaz de apreciarla.

En su cabeza solo había lugar para Luna; sangre de su sangre. La unión entre madre e hija iba mucho más allá de lo que nadie se podía imaginar. Cuando una sufría, también lo hacía la otra. Cuando una reía, también lo hacía la otra. Y la agonía se hizo más intensa cuando los desconsolados sollozos de su hija atravesaron los muros y resonaron como un eco lejano que a la mujer le partió el alma.

«Su crueldad no tiene límites», pensó María mientras le venía a la memoria la angulosa y desagradable cara de Juan Malet.

Salvador, mientras tanto, se sentía abrumado por aquellas extrañas circunstancias que les tocaba vivir, y sabía que lo único útil que podía hacer era acompañar a su amiga.

Le costaba mucho entender cómo la vida podía ser tan cruel con quien menos se lo merecía y, en silencio, mientras cogía la mano de María, rezó un padrenuestro con la clara intención de que su viejo amigo tuviera la generosidad de indicarle el camino que debía seguir en aquellos momentos de duda e incertidumbre.

Pero no hubo respuesta. Dios, su confidente, parecía estar poniéndole a prueba con su silencio, como hace el maestro cuando siente que el alumno ya ha aprendido

todo lo que le podía enseñar.

El fraile necesitaba respirar un poco de aire fresco para aclarar las ideas y, después de dar un beso en la frente de su amiga, subió hasta la buhardilla de la casa de la calle Mayor y salió al balcón. Allí, a pesar del frío, se sentó en el suelo y cerró los ojos.

«Dios mío, ¿cómo puedo ayudarlas?», se dijo a sí mismo, perdido.

De repente, un ensordecedor trueno rugió violentamente sobre su cabeza y, cuando abrió los ojos, se deslumbró por la intensidad del rayo que había caído en medio de la calle.

Solo se escuchaban los gritos de terror de los soldados que hacían guardia cerca de la prisión.

Rápidamente, Salvador asomó la cabeza por encima de la barandilla de madera y vio a María, vestida con una preciosa túnica blanca, que caminaba descalza, con una serenidad sorprendente, en dirección a la prisión donde estaba retenida su hija.

—¡María! —le gritó desesperado—. ¡María, espérame!

Pero ella seguía caminado, ajena a todos y a todo.

Arrastraba los pies por la nieve, mientras para sorpresa de los testigos, con cada paso la nieve parecía fundirse a sus espaldas y mostraba la tierra fértil que esperaba, impaciente, la llegada de la primavera.

«¡María es la vida misma!», pensó Salvador mientras iniciaba una carrera desesperada, escaleras abajo, para intentar detener a su amiga antes de que fuera demasiado tarde y se enfrentara a los soldados. Él hubiera preferido otro desenlace, menos brutal y sangriento, pero las circunstancias requerían medidas extraordinarias.

Y aquello era precisamente lo que estaba pasando.

Cuando el fraile logró salir a la calle, tuvo que cerrar otra vez los ojos por el resplandor de otro rayo que, como el anterior, había caído muy cerca de María.

Después, otro trueno —aún más fuerte que el anterior—, hizo que perdiera la capacidad auditiva durante unos instantes. Y cuando llegó a la plaza, todavía medio aturdido, cayó de rodillas.

Instintivamente, juntó las palmas de sus manos a la altura del corazón, tal y como hacía cuando se abandonaba a la oración.

María estaba rodeada de soldados. A poca distancia de ellos, se encontraban los cuerpos de dos de sus compañeros, que habían caído fulminados por los rayos.

Los hombres, armados y con los ojos inyectados en sangre, insultaban a María mientras le ordenaban que se echara al suelo para poderla someter con menos riesgo para sus vidas.

Pero María estaba hipnotizada.

Mantenía los brazos levantados en dirección al claro que se había abierto sobre su cabeza y que dejaba entrever un cielo nítido y azul por donde se colaban unos tímidos rayos de sol que le iluminaban el rostro.

Y cuando uno de los soldados osó herirla con una lanza, un relámpago zigzagueó

por el cielo, dirigiéndose con una fuerza imparable hacia el cuerpo del agresor, que cayó fulminado al instante.

Sus compañeros estaban aterrorizados.

A través de los barrotes de su celda, Luna contemplaba entre lágrimas la escena. Se quedó impresionada por la demostración de poder de su madre. Sabía que su intención era salvarla, librándola de la prisión al precio que fuera, pero la joven quiso detener la matanza.

—Madre, por favor, ya es suficiente... —le rogó con el corazón.

Al escuchar la voz de su hija, María abandonó el trance en el que se encontraba para, emocionada, bajar los brazos.

Justo entonces, el claro del cielo volvió a cubrirse de oscuridad.

Situación que los soldados aprovecharon para lanzarse sobre la mujer e inmovilizarla sin ningún tipo de miramiento, atándola de pies y manos.

Mientras la empujaban, entre golpes y duros puntapiés, para llevarla al interior de la celda que ocupaba su hija, Salvador observaba la estampa, todavía arrodillado en el suelo y con un contradictorio sentimiento en el corazón.

Por un lado, estaba convencido de que sus amigas estaban perdidas, pero por el otro, no tenía ninguna duda de que María, sin su hija, habría muerto miles de veces cada día, acompañada de una lenta agonía que nada ni nadie habría sido capaz de consolar. Salvador sonrió, porque madre e hija volvían a estar juntas, aunque fuera en una prisión y con una soga que se balanceaba invisible sobre sus cabezas.

Mientras se levantaba, observó perplejo cómo las huellas que había dejado su amiga sobre la nieve, a modo de luminoso camino de esperanza que unía la casa de la calle Mayor con la prisión, se ennegrecían en un fugaz pestaño.

Juan Malet, que en aquel momento irrumpía en la plaza atraído por los gritos de sus hombres, se maldecía por su mala suerte.

María también moriría, aquello estaba claro, pero antes de que el inquisidor general de Barcelona, el ilustre Diego Sarmiento, llegara a Arnes para presidir el juicio contra ellas. Les afligiría el máximo sufrimiento posible. Por eso había tenido la genial idea de detener primero a una y después a la otra, para confundirlas y darles falsas esperanzas antes de propinarles el golpe definitivo.

Aunque ahora, el único confundido era él.

Al llegar a la plaza, se había fijado cómo el fraile desaparecía de su vista con una sonrisa mal disimulada en el rostro.

Y al acercarse a la puerta de la mazmorra dónde tenía a las dos cautivas, solo escuchó risas y bromas.

—¿De qué os reís, si estáis a punto de morir? —preguntó lleno de rabia.

—Peor lo tienes tú, que llevas muerto desde el mismo día de tu nacimiento —dijo Luna ante la mirada de admiración de su madre.

Juan Malet, al escuchar aquella respuesta, pateó la puerta hasta que, exhausto y de un humor de perros, se fue.

Necesitaba pensar en las excusas que iba a tenerse que inventar para justificar frente al inquisidor la muerte de tantos soldados a manos de dos mujeres, un lobo blanco y unos rayos caídos del cielo.

Fácil no era.

El juicio

Durante la noche, los hombres del inquisidor general de Barcelona habían montado, con meticulosidad malsana, el escenario donde iba a llevarse a cabo el juicio contra las dos mujeres acusadas de brujería.

Todas las piezas formaban parte de un macabro rompecabezas que tenía la única función de intimidar tanto a las acusadas como a los vecinos, y asegurar así, que nadie tuviera la osadía de cuestionar la legitimidad del Santo Oficio en lo que hacía referencia a los temas relacionados con Dios y los hombres.

El día se despertó sereno, sin apenas nubes que pudieran detener los esperados rayos de sol que, después de tantos días, empezaban a comerse muy lentamente las capas más superficiales de nieve.

Cuando los primeros vecinos llegaron a la plaza Mayor, llevados a la fuerza por unos soldados que poco antes los habían sacado de casa, se quedaron impresionados.

Ninguno de los instrumentos, que los integrantes de la siniestra caravana habían desplegado allí, podía traer nada bueno para sus queridas amigas presas.

Salvador, que había acudido camuflado entre la multitud, lo tenía muy claro.

En medio de un silencio sepulcral, los presentes fueron ocupando los lugares que les indicaban, para convertirse en testigos obligados de aquel juicio que todos, sin excepción, rechazaban.

Un poco más tarde, cuando la plaza estaba abarrotada de gente, se presentaron las autoridades, encabezadas por el inquisidor Diego Sarmiento, que observaba complacido la escena.

Era evidente que aquel no era su primer juicio, ni sería el último, pero sí que era especial. Primero, porque las mujeres que se sentarían en el banco de los acusados estaban directamente relacionadas con la muerte de su gran amigo Carbón y también porque después de muchos días había salido el sol. Y con la llegada del mismo, había desaparecido el mal humor, casi crónico, que le había acompañado durante tantos días.

La mesa que ocupaban los jueces, presididos por el inquisidor, estaba colocada bajo las arcadas del edificio del cabildo. Una situación privilegiada que les permitía tener una visión clara de cualquier cosa que pudiera suceder.

Justo en medio de la plaza había dos lonas extendidas que impedían ver lo que escondían, pero que insinuaban la presencia del sufrimiento y el tormento.

Un poco más allá, dos verdugos vestidos con unos delantales negros se cubrían la

cabeza con capuchas que solo descubrían sus ojos y alimentaban con leña la hoguera que habían encendido justo al lado de la mesa en la que estaban depositados los instrumentos metálicos cuya utilidad era evidente.

A la señal de Diego Sarmiento, uno de los soldados salió corriendo hacia la prisión para llevar ante su presencia a las detenidas.

Al recibir la orden, Juan Malet abrió la pesada puerta de la mazmorra y arrastró por el pelo a las dos mujeres hasta dejarlas tiradas en medio de la calle. Después, ordenó a los soldados que les colocaran las cadenas en los pies y, entre empujones, insultos y golpes de vara, fueron conducidas a la plaza.

Cuando los vecinos vieron el estado en el que se encontraban, se removieron indignados, hecho que provocó la inmediata reacción de los soldados que acordonaban la zona y que tuvieron que esforzarse para contener el ánimo popular.

Entre empujones y amenazas, más de uno tuvo que volver a su sitio con el cuerpo dolorido, a causa de los golpes que los soldados habían soltado a diestro y siniestro.

Justo en aquel preciso momento, Diego Sarmiento exigió silencio.

El juicio estaba a punto de empezar.

—Vecinos de Arnes, habéis sido convocados a este sagrado juicio en nombre de la Santa Inquisición, que ha de dilucidar la culpa o la inocencia de dos mujeres que viven aquí y que han sido claramente identificadas como las causantes de toda la desolación que sufre esta tierra desde el pasado otoño. Yo mismo he podido comprobar el alcance de su poder, ya que algunos de mis hombres han muerto en circunstancias sobrenaturales, atacados unos por un gran lobo blanco, y otros calcinados por unos extraños rayos que cayeron sin explicación, respondiendo a la invocación de las mujeres. La presencia del Demonio se aprecia claramente en estos actos de brutalidad, pero solo Dios tiene la potestad de declarar su inocencia o culpabilidad. Y ahora, ¡que vengan las acusadas!

La primera en ser conducida a la plaza fue María. Con su llegada, las muestras de rechazo entre los presentes volvieron a encender los ánimos hasta tal extremo que los soldados tuvieron que emplearse a conciencia, esta vez incluso con mayor contundencia, para sofocar el intento de rebelión que se respiraba en el ambiente.

El aspecto de María era lamentable. Desde su encarcelación solo había podido llevarse a la boca un poco de nieve, con la que ella y Luna habían aliviado la sed. La falta de alimento, unido a las duras condiciones soportadas en la prisión, había debilitado visiblemente su cuerpo.

Poco después, Luna acompañó a su madre hasta el centro de la plaza.

De nuevo, los gritos y los comentarios de disgusto entre los vecinos dieron paso a un nuevo intento de rebelión, que esta vez sí dejó algunos heridos de cierta consideración y que fueron retirados rápidamente para evitar que los alborotos fueran a más.

Cuando el inquisidor general Diego Sarmiento se levantó de la silla que ocupaba para dirigirse al centro de la plaza, Juan Malet supo que debía acompañarlo.

La parte más atractiva de su trabajo estaba a punto de empezar. Siempre le había gustado ver los rostros de la gente cuando retiraban las lonas y dejaban a la vista su contenido. Y esta vez tampoco fue diferente.

Con un fuerte tirón, la primera de las lonas descubrió la silla de interrogatorios, uno de los instrumentos más básicos de los inquisidores. Al descubrirse la otra lona, donde estaba el potro de tormentos, nadie tuvo dudas de que se iban a utilizar todos los métodos imaginables para que las mujeres acabaran confesando. Las muestras de horror fueron evidentes, muchos de los asistentes fueron incapaces de soportar la estampa y se taparon sus rostros. De sus mejillas caían infinidad de lágrimas al suelo, cargadas de pena y de compasión.

Pero ahora era el turno de Juan Malet y, con la intención de atemorizarlas aún más, empezó a caminar, muy lentamente, alrededor de sus víctimas.

Ellas, ajenas a todo, aguantaban la mirada la una en la otra, como si así, de una manera incomprensible, se estuvieran dando fuerzas mutuamente.

Fuerzas que les servirían para soportar cualquier cosa.

Y María ni se inmutó cuando notó que el hombre de ojos azules le arrancaba toda la ropa del cuerpo. Continuaba mirando a Luna, su querida hija; comunicándose con ella en un lenguaje universal donde las palabras no eran necesarias.

Cuando la sentaron violentamente en la silla de interrogatorios, apenas sintió el dolor que le producían los pinchos de acero que cubrían la base y el respaldo, por toda la espalda, las piernas y los brazos.

Ella seguía con la mirada fija en los ojos de Luna.

Y solo cuando las cadenas le sujetaron las muñecas y los tobillos, y el cruel Malet le descargó la primera andanada de golpes, haciendo que las afiladas puntas de acero entraran unos centímetros dentro de su cuerpo, emitió un leve gemido de dolor.

Pero antes de cerrar los ojos y abandonarse al insoportable sufrimiento que estaba padeciendo, todavía encontró fuerzas para dirigirse a su preciosa hija y, con un tono fuerte y seguro, le dedicó unas palabras que resonaron por los cuatro rincones de la plaza e hicieron llorar inmediatamente a todos los hombres, mujeres y niños que estaban allí presentes. O a casi todos.

—Luna, hija, te quiero desde el mismo momento en que te sentí por primera vez en mi interior. Desde aquel precioso instante, supe que siempre estaríamos juntas, pasara lo que pasara. Te quise entonces, te quiero ahora y te querré siempre.

Y no pudo decir nada más. Los hombres a los que se enfrentaba eran auténticos profesionales del dolor y la muerte.

Mientras Juan Malet la golpeaba, los dos verdugos habían tenido tiempo de calentar al rojo vivo las tenazas que, hacía ya unas semanas, habían torturado los cuerpos de Dolores y del resto de sus queridas amigas.

Mientras María le hablaba a su hija, el acero le había empezado a destrozar los dedos de los pies y de las manos.

El dolor era tan insoportable que la sensación de mareo la acercó a la

inconsciencia en repetidas ocasiones. Pero, antes de caer rendida por el tormento al que la estaban sometiendo, luchó por mantener la cabeza clara y poder entender lo que le estaba diciendo su hija.

No pudo escucharlo todo, pero lo que sí pudo oír, entre los gritos de desesperación de sus vecinos y amigos, lo saboreó como un bálsamo dulce y milagroso que le hizo olvidar durante un instante el terrible sufrimiento.

—Te quiero ayer, hoy y siempre —le había dicho Luna.

Y con una sonrisa, María se desmayó, aprovechando sus verdugos para atar a Luna al potro de tormento.

Salvador, desesperado, y con la mirada clavada en el cielo, buscaba una señal que le permitiera entender el porqué de aquel tormento.

La sentencia de muerte

Tal como solía suceder, la primera sesión del juicio se había convertido en un pulso entre las acusadas y los jueces, que servía para valorar las fuerzas de cada parte.

María y Luna no habían querido aceptar ninguno de los cargos en su contra y, para remediarlo, los verdugos —encabezados por Juan Malet— se habían visto obligados a emplearse a fondo, llevando a sus víctimas hasta los límites del propio sufrimiento, pero manteniéndolas siempre dentro de una delicada franja en la que la vida y la muerte se rozaban sutilmente.

Por lo menos, durante la primera jornada.

El segundo día del juicio también despertó radiante y despejado, y el sol, con hambre acumulada por tantos días de oscuridad, siguió devorando la nieve que, poco a poco, se deshacía y formaba más charcos, los cuales, al helarse durante la noche, provocaban más de una caída a los despistados que los pisaban.

Al alba, los soldados habían vuelto a pasar por cada casa para llevarse por la fuerza a los vecinos hasta la plaza Mayor donde, por sorpresa, ya encontraron a las dos acusadas.

Luna, estaba desnuda, sentada en la silla de interrogatorios, mientras María ocupaba el potro de tormentos.

Juan Malet era un estudiante aplicado y, desde el momento en que hizo de la muerte y la desesperación ajena su oficio, había leído muchos manuales viejos que explicaban el origen de los instrumentos de tortura que utilizaba.

El desmembramiento por medio de la tensión era una técnica que ya se usaba en Egipto como en Babilonia. En Europa, desde tiempos romanos, el potro era un instrumento indispensable en cualquier mazmorra.

Las víctimas de dicho tormento eran literalmente alargadas por la fuerza del cabestrante, y según había leído Malet, en algunos casos, el estiramiento llegaba hasta los treinta centímetros. Causado esencialmente por la dislocación de todas las articulaciones de los brazos y piernas, del desmembramiento de la columna vertebral y, por supuesto, del desgarramiento de los músculos de las extremidades, del tórax y del abdomen, que provocaban la muerte de la víctima entre terribles sufrimientos.

Poco a poco, la experiencia del cazador de brujas y la de sus verdugos, les había enseñado que podían utilizar la tortura, aplicando diferentes grados de intensidad, en función de sus intereses.

En la primera fase, el torturado sufría la dislocación de los hombros, a causa del estiramiento de los brazos hacia arriba y hacia atrás, así como un dolor insoportable en los muslos, a medida que las fibras de las piernas se iban desgarrando.

En un segundo nivel, las rodillas, la cadera y los codos se empezaban a descoyuntar y el interrogado quedaba inválido de por vida.

En el tercero, las extremidades se separaban ruidosamente del cuerpo, provocando la parálisis y la muerte en un corto espacio de tiempo.

Hasta aquel momento, María había sufrido en sus carnes las consecuencias de la primera fase, a pesar de ello, seguía manteniendo una actitud digna y entera.

Y dicho aire de serenidad molestó sobremanera al inquisidor general Diego Sarmiento, que decidió cambiar de estrategia.

Empezaba a estar cansado de toda aquella historia y quería terminar lo antes posible.

De modo que concentró todos sus esfuerzos en arrancar alguna respuesta que pudiera explicar los actos cometidos por las dos mujeres con la ayuda del Diablo.

Con unos pasos que recordaban los andares de un ratón, fue al grano, colocándose frente a Luna. Y después de mirarla con cara de asco, empezó su propia comedia, gesticulando exageradamente y acercando su rostro a solo un palmo del de su víctima.

—¿Cual es vuestra relación con el lobo blanco que ha asolado estas tierras durante los últimos meses y que causó la muerte de dos de mis mejores hombres durante vuestra detención?

—No lo entenderíais —respondió Luna.

—¿Negáis que aquella bestia del infierno obedecía vuestras órdenes?

—Por muy lento que os lo explicara, y por muchas veces que os lo repitiera, no lo entenderíais —insistió Luna mientras recordaba el día en que el gran lobo blanco hizo su magnífica aparición en el claro del bosque donde celebraron la entrada del verano.

—¡Vuestros insultos me ofenden y también ofenden a Nuestro Señor! —respondió Diego Sarmiento mientras la cogía del cuello, tentado de ahogarla.

Luna no respondió, y mientras el inquisidor se alejaba con los ojos inyectados en sangre, la muchacha todavía pudo escuchar cómo le susurraba algo a Juan Malet.

—¡Que sufran! —dijo el inquisidor—. ¡No quiero perder más tiempo con estas dos hijas del pecado!

Luna cerró los ojos, esperando los golpes que habrían de castigar su maltrecho cuerpo, pero se sorprendió al escuchar que los verdugos manipulaban la pesada rueda que ponía en funcionamiento los sofisticados engranajes que daban vida al potro de tormentos.

Y allí estaba atada su madre.

Al instante solo se escucharon los gritos de María, que llevados por el viento recién levantado, llenaron de dolor las calles, mientras sus hombros se descoyuntaban entre terribles muestras de sufrimiento.

—Una vez más, joven bruja, ¿reconocéis vuestros pecados delante de Dios?

—¿De qué pecados me habláis? —insistió Luna.

—¿Cómo es posible que un lobo apareciera de la nada para acabar cruelmente

con la vida de mis hombres? ¿Cómo puede ser que unos rayos acabaran con la vida de los soldados que custodiaban la prisión? ¿No creéis que esas son pruebas suficientemente contundentes como para afirmar que se trata de obras inspiradas por el mismo Diablo?

—No lo entenderíais —respondió Luna, una vez más.

A Diego Sarmiento se le estaba agotando la paciencia, y mientras volvía a la mesa donde se sentaban las autoridades, se detuvo para lanzar una amenaza a la joven.

—Dentro de un momento os lo volveré a preguntar por última vez. Ahora os dejo tiempo para que meditéis.

Y el silencio volvió a quebrarse por los gritos de María, que se retorció de dolor mientras se le desgarraban lentamente los músculos y se le desencajaban las articulaciones.

Pero esta vez Luna también recibió su parte. Los verdugos la golpearon sin cesar mientras Malet, meticuloso como siempre con su trabajo, le aplastaba las uñas con un aparato metálico que él mismo había diseñado para tal efecto.

—Una vez más. La última. ¿Confesáis vuestros pecados y suplicáis el perdón divino?

—Nunca entenderéis que es Dios y no el Diablo quien habla a través nuestro —respondió Luna.

Diego Sarmiento respiró aliviado. Había costado más esfuerzo del que había previsto, pero por fin las torturas habían conseguido doblegar la voluntad de las mujeres, quienes, sin saberlo, habían firmado su propia sentencia de muerte.

Y el inquisidor no quiso desaprovechar la oportunidad para rematar la faena.

—Secretario, tomad nota con vuestra mejor letra de la terrible blasfemia que las acusadas acaban de escupir por sus bocas pecadoras. Me parece que el caso está claro para todo el mundo, así que levantaos —ordenó el inquisidor—. En nombre del Santo Oficio, yo Diego Sarmiento, os condeno a morir en la hoguera por brujas y por herejes. El cumplimiento de la sentencia se hará inmediatamente. Mañana mismo arderéis hasta morir. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Sin dejar tiempo para que la gente pudiera reaccionar, los verdugos desataron a las mujeres y, como si fueran sacos de trigo, las arrojaron a una carreta. Después, les echaron agua helada para que recuperaran la consciencia y, entre bromas e insultos, les cortaron el pelo con unas tijeras sucias y oxidadas.

Cuando Sarmiento dio la autorización —y mientras los soldados enviaban a la gente a sus casas a golpe de bastón—, condujeron a las mujeres hasta la mazmorra, donde las lanzaron al suelo sin ningún miramiento.

A Luna, pero sobre todo a María, les costaba respirar. Cualquier pequeño movimiento les provocaba un intenso dolor, pero sacaron fuerzas de flaqueza para acercarse la una a la otra, en busca del contacto de sus cuerpos destrozados.

Sus corazones agradecían el regalo de poder estar juntas una última vez, a pesar de las circunstancias y del sufrimiento.

Mientras tanto, en un último intento, Salvador fue hasta Valderrobres para implorar la intervención del arzobispo.

Cuando regresó —desobedeciendo el toque de queda que prohibía circular por las calles del pueblo desde la puesta del sol—, se reunió clandestinamente con un grupo de hombres alrededor del fuego que calentaba una de las casas.

Quería hablar largo y tendido sobre lo que estaba sucediendo.

El fraile ya había asistido a otras reuniones como aquella y, cuando terminaron de hablar, lo único que pudo hacer fue pedirle a Dios que todo saliera tal y como habían previsto.

La huida

El silencio de la madrugada se rompió por el sonido del hielo resquebrajándose bajo el peso de los hombres.

La procesión avanzaba lentamente por las calles y, a pesar de que la mayoría de los vecinos espiaban ocultos tras las ventanas, ni una sola luz podía dar pistas sobre el verdadero motivo que impedía a aquella gente conciliar el sueño.

Bajo aquella atenta vigilancia, la comitiva llegó a su destino.

Cuando el inquisidor general Diego Sarmiento estuvo en el punto exacto donde debían quemar los cuerpos y los pecados de las dos brujas, plantó la cruz verde que indicaba que, al cabo de muy pocas horas, en aquella plaza se habría cumplido la justicia de Dios a través de sus representantes en la tierra.

Después de rezar una oración por el perdón de las almas de las mujeres, la comitiva permaneció inmóvil, hasta que los soldados finalizaron todos los preparativos de la hoguera donde purificarían a las dos herejes.

Al retirarse los soldados, la plaza quedó en silencio, y solo los susurros fueron volando de ventana en ventana, de puerta en puerta, y de consciencia en consciencia, hasta que todo Arnes supo lo que pasaría cuando el inquisidor Diego Sarmiento diera la orden al verdugo para que ejecutara la condena.

Durante un momento, hubo las primeras carreras por las calles desiertas, pero más tarde llegó la calma.

Y, por extraño que pudiera parecer, aquella madrugada se percibieron todos los matices y las sutilezas del silencio más profundo, hasta que llegó el nuevo día.

La primero que extrañó a los soldados, que pretendían llevar a cabo la orden recibida de llevar a todos los vecinos a la plaza, fue encontrar las casa vacías.

Desconcertados, se dirigieron rápidamente hacia la plaza Mayor, donde encontraron, contra todo pronóstico, a todo el pueblo congregado sin que fuera necesario obligarlos.

«Son como animales, ignorantes y fáciles de domesticar», pensó Diego Sarmiento cuando se enteró de la noticia.

Y mientras se vestía con sus mejores galas para presidir la última escena de la obra que él mismo había organizado para ejecutar la última voluntad de su amigo Carbón, María y Luna eran vestidas con los sambenitos, y cargadas como bestias en la carreta que las llevaría a la plaza.

Su estado era lamentable, pero Juan Malet quiso aprovechar la última oportunidad que tenía para satisfacer sus ansias de hacer el mal, y durante el corto trayecto las castigó con golpes de látigo.

Cuando llegaron a la plaza, Malet tuvo la sensación de que algo extraño rondaba en el ambiente y no encajaba. Se fijó en cada rostro, pero fue incapaz de esclarecerlo. Su instinto le avisaba de un peligro desconocido y, en el último momento, como medida de precaución, pidió al inquisidor que le autorizara a convocar toda la guarnición para reunirlos allí y formar un círculo defensivo a su alrededor.

Diego Sarmiento, demasiado ensimismado en sus pensamientos, no dio demasiada importancia a las estúpidas recomendaciones de Malet, pero como no quería que nada le distrajera de su triunfo, accedió a la petición de su subordinado.

Así que, sin esperar más tiempo, ordenó que las dos mujeres fueran atadas al poste donde habían acumulado una gran cantidad de leña seca.

Fue Malet en persona quien se aseguró de que los nudos fueran fuertes y que la leña estuviera lo suficientemente seca para arder con facilidad, y mientras lo hacía escupió más veneno sobre las víctimas con las que tanto se había divertido.

—Me lo he pasado muy bien con vosotras, putas. Como tengo claro que nos volveremos a ver las caras en el infierno, os prometo que os buscaré y os volveré a martirizar hasta el día del Juicio Final.

Después de que los soldados ocuparan sus posiciones, Juan Malet se retiró discretamente para dejar paso a un Diego Sarmiento cargado de orgullo que se dirigía con paso firme y decidido al centro de la plaza.

—Esta noche Dios me ha hablado en sueños. Me ha pedido que os transmita su mensaje. Nuestro Señor está feliz por el excelente trabajo que nosotros, sus soldados, hemos llevado a cabo en estas tierras. Está contento porque muy pronto os habremos librado del origen de todos vuestros males. A partir de hoy, vuestras vidas volverán a la normalidad porque hemos erradicado la enfermedad que durante tanto tiempo ha ido intoxicando vuestras mentes y vuestros cuerpos. Las dos mujeres que tenéis ante vosotros son brujas. De eso no cabe duda, y las pruebas a las que las hemos sometido así lo confirman. Mirad por última vez los rostros del Diablo.

Y entonces, Diego Sarmiento, que estaba acostumbrado a recibir siempre muestras de alegría cuando llegaba aquel momento, se encontró con un silencio espeso que le hizo torcer la boca.

—¡Asesinos! —gritaron algunas personas.

El inquisidor le arrebató la antorcha al verdugo para darse el gusto de encender personalmente la leña, pero Juan Malet cayó, finalmente, en aquello que no le encajaba desde hacía un buen rato.

—¡Señor, no hay ni mujeres ni niños en la plaza! —gritó con todas sus fuerzas.

Efectivamente, tenía razón, ya que aprovechando la oscuridad de la noche, las mujeres y los niños habían sido conducidos, en pequeños grupos, hacia un lugar seguro donde esperaban, con el corazón en un puño, el desenlace de todo lo que estaba a punto de pasar.

María y Luna siempre habían sido queridas y admiradas por la gente del pueblo. Nadie había cuestionado nunca la procedencia de sus conocimientos, adquiridos por

la experiencia práctica de muchas generaciones, y cuando los vecinos se vieron involucrados en el terrible acoso al que las sometían, la semilla de la rebelión comenzó a germinar con fuerza.

No había sido demasiado complicado esquivar a los pocos soldados que patrullaban por las calles, porque la mayoría habían preferido beberse el vino con el que los vecinos les habían querido obsequiar.

Ahora, cuando Diego Sarmiento lanzaba una mirada hacia la gente para confirmar que su hombre de confianza tenía razón, solo tuvo tiempo de intentar protegerse de las flechas que empezaban a silbar sobre su cabeza.

Procedían de los tejados que rodeaban la plaza, y contempló horrorizado como sus hombres caían heridos, uno tras otro.

Al ser consciente de que estaba siendo víctima de un alzamiento popular, se arrastró hasta llegar a Juan Malet, que se había escondido bajo la mesa que, solo unos momentos antes, ocupaban las autoridades.

Mientras aquello sucedía, el fraile Salvador dirigía los movimientos de un pequeño grupo de hombres armados con guadañas que reducían a los verdugos, y recordaba lo que les había dicho a los hombres al pedirles su colaboración.

—Solo participaré si no hay muertos —había dicho ante la mirada de sorpresa del corregidor—. Si los matáis, no conoceréis nunca ni el descanso ni la paz. Vuestras mujeres e hijos serán perseguidos por la Santa Inquisición. En cambio, si evitamos que alguien muera y tomamos como rehenes a Sarmiento y a Malet, quizás tengamos una oportunidad. Cuando llegue el momento, dejad que yo intervenga.

Y ahora, en el fragor de la revuelta, Salvador comprobaba complacido cómo se estaba respetando la vida de los integrantes de la caravana de la muerte.

Mientras los hombres armados abrían paso a una carreta, el fraile cortó las cuerdas que ataban a sus amigas al poste de la hoguera y, con mucha delicadeza, las acomodó sobre la paja que cubría el fondo de la misma.

—¡Estáis salvadas! —dijo el fraile a María y Luna.

Acto seguido, las condujeron hacia el molino de los Llop, dónde se habían refugiado todas las mujeres y niños del pueblo desde la noche anterior.

Mientras tanto, Salvador, acompañado del corregidor y la mayoría de los hombres, reducían a los soldados e iniciaban la búsqueda de Sarmiento y Malet, que habían aprovechado la confusión del momento para esconderse.

Pero no fue demasiado complicado encontrarles. La sutil trampa que Salvador y sus acompañantes habían ido cerrando alrededor de sus víctimas, había obligado al inquisidor y al cazador de brujas a buscar refugio en el único lugar donde habían dejado la puerta abierta. Allí, bajo la mesa que presidía la sala noble del cabildo, los encontraron escondidos y muertos de miedo.

Cuando se conoció la noticia de la detención del inquisidor y del «brazo armado»,

todos respiraron tranquilos. Los planes, hasta ese momento, habían salido tal como estaba previsto. No había muerto ningún soldado; solo unos pocos heridos de flecha sin importancia. Nada que no se pudiera curar con unos cuantos puntos de sutura y un poco de descanso.

Era ahora cuando empezaba la parte más delicada de la misión, siendo el fraile quien tomara las riendas y se lo jugase todo a una sola carta.

—Ilustre Diego Sarmiento, por favor, alzaos. Tenemos unos asuntos muy importantes que tratar —advirtió Salvador.

—¡No sabéis lo que habéis hecho! ¡La ira de Dios no tendrá compasión con este maldito pueblo! —gritó el inquisidor fuera de sí.

—No es a Dios a quien tememos, sino a vuestra obcecación, y por eso es importante que nos escuchéis. ¡María y Luna no son brujas! Pero esto es algo que vos, cegado por los prejuicios, sois incapaz de ver.

—¡Habéis atacado a mis hombres! —insistió Sarmiento.

—Tenéis razón, pero la realidad es que no ha habido ningún muerto. Vuestros hombres están siendo atendidos en estos precisos instantes por el médico, y os puedo asegurar que sus vidas no corren ningún peligro.

—¡Habéis osado contradecir los designios de Dios! —continuó el inquisidor.

—¡No! Lo único que hemos hecho ha sido cuestionar los verdaderos motivos que os han llevado a actuar con odio irracional contra dos mujeres inocentes.

—¡Si estoy aquí es por la voluntad de Nuestro Señor!

—En eso mentís. Si estáis aquí es por vuestra amistad con Carbón, ¿me equivoco? —soltó el fraile, ante la sorpresa del inquisidor.

A medida que avanzaba la conversación, Diego Sarmiento iba palideciendo. No solo había sido incapaz de rematar el trabajo, sino que ahora se veía retenido por docenas de hombres que se atrevían a cuestionarlo y que, seguramente, lo matarían a la más mínima provocación.

—¿Cómo decís?

—Ya me habéis odio. Si estáis aquí es para vengar la muerte de vuestro amigo Carbón.

—¿Y cómo conocéis mi amistad con él?

—Porque de la misma manera que vos tenéis amigos, nosotros también los tenemos. Y los nuestros también son poderosos. No solo están al corriente de vuestras actividades, sino que las cuestionan enérgicamente.

—¿De qué me estáis hablando? —preguntó el inquisidor, desconcertado.

—Os hablo de gente que no comparte vuestros métodos y que esperan que cometáis cualquier pequeño error para pedir vuestra cabeza.

—¿Y qué queréis de mí?

—¡Que impartáis justicia! Pero que vuestro veredicto se ajuste a la realidad del caso que os ha traído a este pueblo.

—Para mí, el caso ya está cerrado y la sentencia es firme —dijo Sarmiento,

obcecado por la rabia.

—¿Estáis seguro? —respondió el fraile mientras cogía el documento oficial donde se recogía la sentencia y lo rompía en pequeños pedazos que tiró por la ventana.

—¿Se puede saber qué estáis haciendo?

—Es muy sencillo, ilustre Diego Sarmiento. Os estamos dando la oportunidad de que vos y vuestros hombres salvéis la vida —aclaró el fraile mientras pedía a Dios que su treta consiguiera el efecto deseado.

Al escuchar al fraile, Sarmiento tuvo muy claro lo que le estaban pidiendo.

Mientras le acercaban papel, pluma y tinta —con los que debía redactar un nuevo informe en el que tanto María como Luna fueran declaradas inocentes de cualquier cargo—, el odio crecía en su interior como una enorme ola que se veía incapaz de detener.

—¿Y qué será de nosotros? —preguntó el inquisidor después de firmar el documento con su sello oficial.

—Permaneceréis retenidos unos cuantos días aquí, y después seréis liberados para que podáis volver a Barcelona y olvidéis todo este asunto.

Un par de días antes, cuando Salvador, desesperado, había ido a Valderrobres para implorar la intervención de Hernando de Aragón, el arzobispo le había confesado que, a pesar de ser consciente de la injusticia que se estaba cometiendo, tenía las manos atadas.

No obstante, siguiendo el buen criterio demostrado al escribir al inspector Francisco de Vaca explicándole las actividades de Carbón, redactó un nuevo informe donde detallaba los continuos atropellos y abuso de poder con el que actuaban los miembros del Santo Oficio en aquellas tierras.

De momento, ni el arzobispo Hernando de Aragón ni el inspector se podían permitir el lujo de actuar con la contundencia que hubieran deseado para acabar definitivamente con aquella situación, pero a pesar de ello, se sentían incapaces de mantenerse al margen.

Así que, desde las sombras, habían sugerido una serie de ideas que habían servido de gran ayuda para solucionar el problema que afectaba la vida de tanta gente.

—¡No puede haber muertes! —Fue la primera advertencia del arzobispo a Salvador, el día en que el fraile le había puesto al corriente de sus planes—. Esto restaría legitimidad a vuestros actos.

Y aquella condición, gracias a Dios, se había cumplido al pie de la letra.

Mientras Salvador se dirigía hacia donde María y Luna eran atendidas de sus heridas, los hombres del inquisidor quedaban retenidos bajo vigilancia en la fonda, esperando el momento oportuno para ser liberados.

Al fraile le había costado mucho entender las palabras de María al desatarla y

antes de subirla a la carreta.

Pero lo que tenía claro era que el hatillo que su amiga le había pedido que recogiera en la casa de la calle Mayor, debía contener algo realmente valioso.

Nadie podía saber lo que sucedería a partir de entonces, pero la realidad era que las dos mujeres eran libres y el Libro de las Esencias volvía a estar en sus manos.

Siempre te querré

La carrera que mantuvieron a través de los caminos y los campos nevados, dejó agotados a Salvador y al médico.

A pesar del frío, lo primero que hicieron al llegar al molino de los Llop fue mojarse la cara con el agua que bajaba mansamente del río, entre las piedras y las placas de hielo.

Una vez recuperados del esfuerzo, no tardaron en darse cuenta que algo no andaba bien. Todavía no habían tenido tiempo de hablar con nadie, pero las caras largas y el ambiente sombrío que se respiraba eran indicios de que la muerte campaba a sus anchas por aquel lugar.

Salvador y el médico se miraron sin mediar palabra, pero tan pronto como entraron en el molino —donde muchos años atrás se acostumbraba a moler el trigo para hacer la harina con la que se mantenían muchas familias de la zona—, entendieron el motivo por el que las mujeres y los niños mostraban sus ojos empapados de lágrimas.

—¡Gracias a Dios que habéis llegado! —exclamó una mujer que, sin esperar ninguna respuesta, cogió del brazo al médico y lo arrastró hasta uno de los rincones más calientes de la sala, donde habían improvisado unas camas para María y Luna.

Salvador no era médico, pero el extraño aroma que provenía de aquel rincón le hizo estremecer. Él solo era un fraile, pero percibió enseguida que la cama ocupada por María desprendía olor a muerte.

—¡Por el amor de Dios! —gritó el médico al acercarse a las dos mujeres—. Traed agua caliente y jabón. ¡Lo necesito ahora mismo!

Una vez que los cuerpos estuvieron limpios de cualquier rastro de suciedad y sangre, el médico hizo una exploración más detallada de las secuelas del maltrato al que habían estado sometidos en manos de sus verdugos.

Y lo que descubrió le heló la sangre.

—¡No puedo hacer nada por ella, Salvador! —dijo mientras contemplaba horrorizado como la infección se había apoderado de las extremidades de María—. ¡No puedo hacer nada para salvarla!

—¿Y por Luna? —preguntó María con un hilo de voz.

Acababa de recuperar la consciencia, justo cuando en el momento en que el médico había confirmado el diagnóstico que ella ya sospechaba.

—Luna se recuperará, María —le confirmó el fraile mientras le acariciaba la cabeza con los ojos llenos de lágrimas.

—No me siento el cuerpo —dijo ella con sumo esfuerzo.

Ni Salvador ni el médico encontraron ninguna respuesta oportuna.

Era evidente que los verdugos habían hecho muy bien su trabajo y, premeditadamente, habían jugado con la vida de la mujer hasta el extremo de dejarla inválida de por vida.

Pero la realidad era mucho más cruda, y mientras María se esforzaba sin éxito por acercarse a su hija, sintió que algo se rompía en su interior.

—La quiero ver, Salvador —le rogó.

—Luna duerme, María. Y la prudencia nos dice que no os movamos hasta dentro de unos días.

—Salvador, por favor, déjame verla.

El fraile buscó la aprobación del médico, pero solo encontró un fugaz cruce de miradas que, sin decir nada, ya lo decía todo.

Armándose de valor, mientras buscaba en su interior cualquier vestigio de fortaleza que le permitiera soportar aquella situación, el fraile cogió en brazos a María y la depositó dulcemente junto a su hija.

—Es tan hermosa, Salvador...

—Tienes toda la razón del mundo. Luna es una muchacha muy hermosa. Como su madre...

—Salvador, tengo frío.

Cuando el fraile la tapó con el abrigo, se sintió mal. Y no era solo porque la vida de su amiga del alma se estuviera esfumando ante sus ojos. Se sentía mal porque en silencio no paraba de pedirle a Dios que Luna no se despertara en aquellos instantes, ya que estaba convencido de que la muchacha no podría soportar el hecho de presenciar la muerte de su madre.

—Salvador, quiero que me confieses —le dijo María tan pronto como el médico, consciente de la situación, se retiró discretamente para dejarles un poco de intimidad.

—Pero María, todavía hay mucha vida corriendo por tus venas para que quieras confesarte.

—No sabes mentir, Salvador...

—Sí, María, tienes razón. Nunca lo he sabido hacer —reconoció el fraile, mientras se arrodillaba al lado de su amiga.

—Te escucho, puedes empezar cuando quieras.

—La quiero más que nada en este mundo... —empezó a decir María.

—Ya lo sé, y no hace falta que me lo digas porque lo he sabido desde el mismo instante en que os vi jugando con las mariposas, a las puertas del convento.

—Entonces, ¿en qué me he equivocado? —preguntó ella, ante el asombro del fraile.

—¿A qué te refieres?

—Debería haber sido más cuidadosa. Si Luna está viva, es por casualidad.

—María, el azar no existe. Si tu hija vive es porque todavía tiene mucho por decir y por hacer.

—Cuida de ella, Salvador. Acompáñala hasta Barcelona. No descansaré en paz hasta que se encuentre bajo la protección de los Montcada. ¿Me lo prometes? —dijo María con gran esfuerzo.

—Tienes mi palabra.

—Gracias... —susurró al tiempo que empezaba a apagarse como una vela que se consumía antes de tiempo, a fuerza de brillar y llevar luz al corazón de los hombres.

Justo antes de que exhalara por última vez, todavía tuvo fuerzas para acercar los labios a la frente de su hija y susurrarle al oído unas palabras que hicieron llorar a Salvador.

—Siempre te querré —dijo María aprovechando el impulso de su última respiración.

El fraile se quedó arrodillado a su lado, destrozado por la pérdida de alguien que había sabido ganarse su estima como nadie en este mundo.

Y mientras le hacía la señal de la cruz, con el corazón encogido y los ojos llenos de lágrimas, tragó saliva al imaginar el momento en que debería dar la terrible noticia a Luna.

Por el momento carecía de fuerzas y, sin darse cuenta, apoyó su espalda contra la pared de piedra, quedándose medio dormido a los pocos minutos, mientras observaba cómo las mujeres del pueblo envolvían el cuerpo de María en unas sábanas blancas que olían a miel.

Más tarde, cuando Luna abrió los ojos, fue incapaz de ubicarse en un lugar que, a pesar del desconcierto, le era ligeramente familiar. Con el cuerpo dolorido y unos cuantos dedos rotos, todavía se pudo incorporar lo suficiente como para fijarse en el montón de paja que había ocupado su madre.

Y al verlo vacío, no fue necesario que nadie le diera explicaciones.

—Luna, hay una cosa que deberías saber —le dijo sin más Salvador, que se había despertado al mismo tiempo que la muchacha.

Pero la joven negó con la cabeza.

—No digas nada. Solo abrázame muy fuerte.

Ambos se fundieron en un eterno abrazo, y el fraile llegó a perder la noción del tiempo sin saber cuánto se mantuvieron en aquella posición.

Y, cuando quiso hablar con la muchacha, se dio cuenta de que se había dormido entre sus brazos, así que la depositó dulcemente sobre la paja y dejó que descansara.

Se estaba haciendo tarde y todavía quedaba mucho por hacer. Además, quería cumplir su juramento y se había prometido solemnemente que nada ni nadie podría detenerle.

Luna despertó bien entrada la mañana y lo que vio fue el hatillo que Salvador había ido a buscar a la casa de la calle Mayor. Al abrirlo no pudo evitar ponerse a llorar al pensar en su madre. La invadió un sentimiento de soledad totalmente

desconocido. Y en compañía de aquel sentimiento tan intenso, se incorporó muy lentamente para mirar por la ventana.

Enseguida se sintió reconfortada con aquel paisaje y le vino a la cabeza la idea de que, a pesar de la muerte y la desolación, a pesar del frío y la pena, la naturaleza poseía una fuerza imparable. Se transformaba, estación tras estación, para llevar esperanza a los corazones de los hombres de todo el mundo.

«Si algún día pierdo la esperanza, me perderé a mi misma», recordó Luna mientras se atrevía a sonreír a pesar de las circunstancias.

En compañía de la muerte, la desolación, el frío y la pena, la joven quiso convencerse firmemente de que el futuro aún le tenía reservadas grandes sorpresas.

Había muerto María, su maestra, su ejemplo, pero debía seguir adelante y enfrentarse a la primera prueba de fuego que le demostraría de qué pasta estaba hecha: el entierro de su madre.

Cómo era de esperar, Salvador se hizo cargo de la ceremonia, sencilla y breve, tal como había pedido expresamente Luna, y una vez más, la plaza de la iglesia se quedó pequeña, inundada por caras serias y expresiones de tristeza.

Tan pronto como terminaron —y con la excusa de necesitar estar a solas—, Luna comenzó a observar el cielo buscando cualquier señal que le indicara que había llegado el momento de despedirse.

—¡Debemos apresurarnos! —le dijo a Salvador cuando vio la pareja de buitres que sobrevolaban sus cabezas.

Unos minutos más tarde, en la intimidad de la casa de la calle Mayor, y en aquella cocina que había sido testigo de tantos sucesos extraordinarios, Luna —tal como mandaba la Tradición— hizo un ritual que sirvió para despedirse de su madre tal como se merecía.

Después de quemar unas ramas de romero para perfumar el ambiente, Luna abrió el Libro de las Esencias de manera instintiva, dejando que los viejos folios cargados de conocimientos la inspirasen una vez más. Después de respirar profundamente, cerró los ojos y comenzó a pasar los folios esperando una señal que la hiciera detenerse en una página determinada.

El tacto de las hojas le resultaba áspero, oscuro e incluso mudo como la muerte, pero de repente el folio por el que pasaban sus dedos le pareció diferente, como hecho de seda, y enseguida lo tuvo claro.

Muy lentamente, Luna abrió los ojos y, cuando vio que el capítulo donde se había detenido, las lágrimas empezaron a humedecerle las mejillas.

Se trataba precisamente del que había escrito María solo unos cuantos días antes.

Con la cabeza enturbiada por las emociones, y acompañada en todo momento por el fraile Salvador —que la miraba con curiosidad—, comenzó a leer en voz alta lo que el destino había elegido para despedirse de su querida madre.

Luna leyó el contenido del capítulo muy despacio, entre risas y lágrimas de alegría. Y al finalizar, después de cerrar el libro con un respeto reverencial, le pidió al

fraile que se sentara en una silla mientras ella, se colocaba a su espalda de pie y ponía las palmas de las manos sobre la cabeza de su amigo.

—No hables, Salvador, solo te pido que compartas conmigo un mensaje muy especial de mi madre.

Al sentir el calor de las manos de Luna, el fraile cayó rendido en un sueño en el que se veía paseando junto al mar en compañía de la hija de María.

Siguiendo las instrucciones de su amiga, después de descalzarse y adentrarse en el mar, enseguida se sintió como si fuera una gota de agua de aquel inmenso mar que se perdía en la lejanía; mucho más allá de lo que su mirada podía alcanzar.

«Todos somos como pequeñas gotas de agua», pensó Salvador. «Y solo cuando nos unimos bajo un propósito común, podemos conseguir la fuerza necesaria para cambiar las cosas».

El despertar del fraile fue muy dulce y, al ver los ojos cargados de vida de la joven Luna, fue consciente del regalo que Dios le había concedido al poder contar con la amistad de personas como ella y María.

—Siempre te querré —había dicho la muchacha para acabar el ritual con la mirada al cielo, y justo antes de que el cansancio la venciera de nuevo.

Salvador y Luna parecían haberse olvidado que solo unas calles más allá seguían retenidos los hombres causantes de la muerte de María.

Su liberación había sido acordada para aquella misma tarde. Los soldados serían obligados a dispersarse más allá de los límites de la comarca, mientras que Diego Sarmiento y Juan Malet serían conducidos a Tortosa, donde deberían separar sus caminos. El cazador de brujas, por indicación del inquisidor, iría a Valencia, donde permanecería hasta nuevas órdenes. Diego Sarmiento regresaría a Barcelona para entregarse, con total discreción, a la vida de lujo y excesos que tanto echaba de menos, y que tanto necesitaba para olvidarse de aquella mala experiencia.

Todavía nadie sabía si las vidas de todos ellos se volverían a cruzar más adelante.

VI

Primavera

De Arnes a Tortosa

El día señalado para emprender la marcha hacia Tortosa llegó más pronto de lo que hubieran deseado.

Primero fue la excusa de la recuperación de Luna lo que retrasó la salida, después culparon al frío y a la nieve, pero la realidad era que sus corazones se resistían a abandonar aquellas tierras que tanto les había dado.

Desde la muerte de María, Luna no había querido volver a dormir sola en la casa de la calle Mayor. Solo había ido en ocasiones puntuales para buscar algún remedio, un frasco con esencia de espliego y poca cosa más. Cuando la visitaba, pensaba en su querida madre y en su muerte, todavía reciente. Cada objeto y cada rama de romero le recordaban a ella, y prefería ahorrarse el mal trago. La casa estaba cargada de emociones a las que Luna todavía se veía incapaz de enfrentarse.

El día que cerró por última vez la puerta de madera, sintió que una parte de sí misma se quedaba para siempre entre aquellas cuatro paredes; allí donde su madre le había enseñado tantas cosas, donde habían reído juntas.

Aunque también habían llorado lo suyo, y las lágrimas aún parecían estar flotando en el ambiente, siguiéndola en aquella última visita que hacía por las diferentes estancias.

Posiblemente no iba a poderlo repetir en mucho tiempo.

Para la joven Luna, era una sensación muy dura y difícil de explicar, pero Salvador, que durante su vida había tenido que cerrar muchas puertas a sus espaldas, lo entendía perfectamente.

—Cada vez que cerramos una puerta, en algún lugar se abre otra que espera, impaciente, nuestra llegada —le dijo el fraile para animarla—. No permitas que la pena te haga olvidar la alegría de tu corazón, ni que te aleje del propósito que debes cumplir en el futuro.

Luna y Salvador hubieran preferido que su partida hubiera sido en silencio, con la discreción como única bandera, pero al salir a la calle Mayor se encontraron con una gran demostración de afecto y amistad popular.

—Luna, nos entristece enormemente vuestra partida, pero entendemos que dadas las circunstancias es lo mejor que podéis hacer —dijo el corregidor con la voz entrecortada por la emoción—. Deseamos que la vida sea generosa contigo y con Salvador, y que os colme de gracia y buenaventura. Aquí os esperaremos con los brazos abiertos, no como vuestros vecinos, sino como vuestros amigos. Nos habéis enseñado muchas cosas y el de hoy será recordado como un día lleno de esperanza por todo lo que ha de venir, pero también de tristeza porque sabemos que no nos

volveremos a ver en mucho tiempo.

—Señor corregidor, todo esto no era necesario —dijo Luna con las mejillas enrojecidas por la timidez y los ojos llenos de lágrimas por la emoción—. Vosotros nos salvasteis la vida, y si hoy respiro es gracias a vuestra inmensa generosidad.

—Luna, fuiste tú y tu madre, y antes la madre de tu madre, quienes nos habéis salvado a nosotros en infinitud de ocasiones. En todas las casas de este pueblo hay gente a la que habéis acompañado a la hora de nacer, y de morir. Y por ello debes saber que tendréis nuestro agradecimiento eterno.

—Soy yo quien os llevará siempre en el corazón. A todos y cada uno de vosotros —respondió Luna mientras comenzaba a andar calle Mayor abajo en compañía del fraile, incapaz de alargar más aquella despedida.

—¡Luna! —gritó súbitamente el corregidor—. ¿Sabes que hoy ha nacido mi primera hija, verdad?

—Sí, lo sé.

—Pues me gustaría decirte que la bautizaremos con el nombre de María; como tu madre.

Al escuchar la buena nueva, la joven no pudo articular una sola palabra. Infinitamente agradecida, se fundió con el corregidor en un abrazo y después se encaminó hacia la salida del pueblo, en compañía de hombres, mujeres y niños que no podían disimular sus lágrimas.

Había llegado el momento de partir.

Tan pronto como dejaron atrás las últimas casas de Arnes, Luna se detuvo unos instantes. Miró fijamente los ojos de Salvador y, con una gran sonrisa nacida del corazón, le cogió la mano en un gesto de complicidad para que juntos se adentraran en los caminos que atravesaban los bosques en busca de un futuro todavía incierto.

Al ir ligeros de equipaje y tener que recorrer un camino que corría paralelo al río Canaletes —que apenas presentaba ninguna pendiente de consideración—, en solo medio día dejaron a sus espaldas los pueblos de Horta de Sant Joan, Bot y Prat de Comte.

La ruta que habían planificado era sencilla.

Bordeando la sierra de Pándols, podrían llegar al gran río en poco más de medio día de marcha, y desde allí, el trayecto hasta la ciudad de Tortosa sería solo una excursión, gracias a las numerosas embarcaciones que navegaban por sus aguas. Por pocas monedas podrían llegar en un abrir y cerrar de ojos, dejándose llevar suavemente por aquella gran masa de agua que regalaba vida a sus márgenes.

Pero de momento lo que tocaba era descansar.

Cuando las primeras estrellas encendieron el firmamento, decidieron buscar un lugar donde dormir cerca del santuario de la Fontcalda.

Allí podrían recuperar fuerzas para atacar en condiciones la jornada siguiente, que

les conduciría hasta el Ebro.

La cena fue tan ligera que apenas la resolvieron con unos bocados de pan con queso y una pieza de fruta, y gracias a ello se sintieron reconfortados y llenos de energía.

Justo cuando avivaban la hoguera con algo de leña para protegerse del fresco de la recién estrenada primavera, los ladridos de unos perros, que parecían aproximarse con rapidez, les hizo ponerse en guardia. Conocían diversos casos en los que algún viajero solitario había sido atacado por grupos de perros salvajes que no dudaban en enfrentarse a los hombres.

Y, a veces, las consecuencias de aquellos ataques eran fatales.

Mientras escudriñaban con atención —y cierta dosis de miedo— los alrededores del claro donde habían instalado el campamento, no pudieron evitar dar un salto de sorpresa cuando, de entre la oscuridad, apareció un joven pastor acompañado de dos perros enormes que jugaban con él.

—El bastón les asusta —dijo el niño, dirigiéndose a Salvador.

Pero el fraile se había quedado mudo.

Era como si aquel niño, los perros y las ovejas que lentamente iban apareciendo de entre los pinos, desprendieran cierto halo mágico y le hechizaran sin que nadie pudiera evitarlo.

Al verlo, Luna se acercó a su amigo, le retiró el bastón de las manos, y lo arrojó al lado del tronco de un almendro que se levantaba a pocos metros.

—¿Salvador, estás bien? —le preguntó la muchacha, desconcertada por la reacción de su amigo.

—¿Qué? —dijo el fraile, aun ausente.

—¡Salvador, parece que hayas visto un espíritu!

Pero el fraile, que se veía incapaz de apartar la mirada del niño, no había visto ningún fantasma. Lo único que sucedía era que, frente a sus ojos, había aparecido alguien que le recordó su propia infancia, cuando de joven ayudaba a sus padres a cuidar del rebaño.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el fraile.

—Mi nombre es Salvador. ¿Y el tuyo? —respondió el niño.

«¿Será posible?!», pensó el fraile mientras se acercaba al niño para observarlo más de cerca.

—Mi nombre también es Salvador y hace muchos años cuidaba ovejas como tú.

Cuando el niño sonrió, el fraile no pudo evitar abrazarlo. Después, mientras Luna se estiraba al lado del fuego para descansar, vio que su amigo jugaba como un niño con el joven.

Y justo en el momento en que se quedó dormida con una sonrisa en los labios, entendió que al fraile se le habían despertado viejos y olvidados recuerdos de la infancia.

Al día siguiente —en el momento en que los primeros rayos de sol les daban la

bienvenida—, el joven pastor se encontraba ya a una distancia considerable, pero desde la cima de la montaña se detuvo unos momentos para saludar a sus nuevos amigos.

Tenía prisa por reunirse con sus padres, y el haber desaparecido sin despedirse fue sin intención de molestar a los dos viajeros.

Su zurrón estaba casi vacío, pero deseaba de todo corazón que el pedazo de queso que les había dejado cerca del fuego fuera de su agrado.

—¡Que tengáis buen viaje! —gritó perplejo, mientras, se fijaba cómo el eco llevaba su voz hasta el valle donde Salvador hacía los últimos preparativos antes de continuar su camino.

Luna y el fraile lo buscaron con la mirada, y cuando vieron una pequeña figura que los saludaba a la distancia, se sumaron rápidamente a la despedida entre gestos y gritos de ánimos hacia el niño.

—¿Salvador, qué te pasó cuando viste al niño? —le preguntó Luna, mientras aún se despedían del joven.

—No te lo creerás, Luna, pero este pastor era idéntico a mí cuando tenía su edad. El mismo pelo, los mismos ojos, los mismos perros y las mismas ganas de comerse el mundo.

Luna no le respondió, solo apoyó la cabeza en el hombro del fraile durante unos segundos, y acto seguido comenzó a andar en dirección al Ebro.

Todavía tenían un largo camino por delante, pero a la muchacha le parecía sentir la humedad del río en la piel.

Y la sensación la animó a seguir adelante.

El paso por Pinell de Brai fue un motivo más de alegría para ambos.

El camino era fácil, y ahora que por fin ya estaban a un tiro de piedra del río, sus pasos se volvieron más ágiles y seguros.

Después, la ruta hasta Miravet se convirtió en un delicioso paseo que les llevó entre inmensos campos de naranjos floridos que impregnaban el aire de un dulce aroma a azahar.

Y se tornaba más intenso a medida que se acercaban al imponente castillo que dominaba, desde las alturas de un acantilado de piedra rojiza, el paso del Ebro.

Luna lo desconocía por completo, pero en aquel mismo castillo de origen sarraceno, transformado y ampliado por los caballeros templarios, su antepasado Bertrán Aymerich, había pasado más de una noche, camino de su exilio voluntario a Horta de Sant Joan.

Y después de andar sin pausa, llegaron al lugar donde debían embarcar en la navata que les llevaría hasta Tortosa.

Desde muchos siglos atrás, el Ebro había sido considerado como el gran camino de la madera. Un viaje espectacular que la mayoría de veces comenzaba en los

Pirineos, donde se cortaban los troncos, eliminaba la corteza y dejaban secar la madera hasta que era arrastrada por mulas y bueyes hasta los pequeños afluentes que alimentaban las aguas del gran río. En las playas fluviales, los hombres preparaban los extremos de los troncos para que los nudos que debían mantener unidos los troncos fueran lo suficientemente resistentes, haciéndoles agujeros y marcas, con la precisión de un artesano.

El oficio de navatero era duro; de eso no había ninguna duda. A los hombres se les endurecía la piel y el carácter a fuerza de las interminables horas que pasaban al aire libre.

Al embarcar en la balsa, Salvador y Luna tuvieron la sensación de que la tierra había desaparecido bajo sus pies. La plataforma estaba formada por unos cuantos troncos que habían atado entre sí con brotes tiernos de avellano. Los dos timones que había en cada uno de los extremos de la embarcación estaban hechos con ramas de abeto, y sus puntas habían sido afiladas con el objetivo de facilitar el gobierno.

Después de superar la desagradable sensación de mareo —propia de gente de secano como ellos—, quedaron maravillados del ingenio que demostraban tener los hombres con quienes compartían la travesía.

La navegación por las tranquilas aguas resultó ser una experiencia difícil de olvidar. Las montañas se levantaban, ásperas como la tierra, muchos metros por encima del río, y las rocas formaban unas extrañas figuras con las que la imaginación de Luna jugaba a crear seres y figuras imposibles.

Pasaron por Benifallet, Tivenys y Xerta, donde los musulmanes habían construido siglos atrás una presa con la que domaban las aguas para facilitar el regadío de los campos.

Salvador se esforzó en aprender todo lo posible de los navateros, pero solo fue capaz de reforzar los nudos de la embarcación con ciertas garantías cuando ya habían pasado Aldover y la silueta de una magnífica ciudad, Tortosa, se levantaba imponente en el horizonte.

Aquella era la primera escala importante del viaje que habían emprendido hacia un futuro incierto.

Tortosa

Cuando desembarcaron en Tortosa, a la vera del puente de las Barcas, Luna se quedó boquiabierta.

Acostumbrada a la serenidad del campo, el ensordecedor bullicio la atrapó irremediablemente mientras estimulaba todos sus sentidos.

A aquella próspera ciudad, vinculada desde sus orígenes más lejanos al gran río que le daba vida, llegaban continuos cargamentos de productos esenciales, como lo eran el aceite, la carne y la madera. Materia prima que los artesanos y los mercaderes se encargaban de transformar de acuerdo a las necesidades de una clientela que no hacía más que crecer.

Quedaba claro que Tortosa se había convertido en uno de los centros culturales y artísticos más importantes de toda Cataluña.

Y a pesar de que los sentidos de Luna todavía estaban embotados por la mezcla de olores que desprendían las cajas que trajinaban a su alrededor, el castillo de la Suda captó inmediatamente su atención.

Verlo allí, en las alturas, la transportó hacia tiempos muy remotos, cuando la ciudad de Tortosa era tierra de sarracenos y formaba parte del califato de Córdoba.

Con la vista todavía puesta sobre el castillo, Luna y Salvador continuaron avanzando por la orilla del Ebro, siguiendo el paseo de la ribera, que discurría paralelo al río en dirección a la sede de la cofradía de San Telmo, patrón de los marineros.

Allí, el fraile quería preguntar por un viejo amigo, capitán mercante, que sin duda les ayudaría a encontrar un medio para llegar hasta Barcelona.

Una vez en la Lonja —desde donde podían ver las atarazanas y el varadero a la lejanía—, les resultó fácil encontrar al capitán Arnau.

Simplemente se dirigieron al lugar donde estaba plantada la bandera de la cofradía de marineros, representada por un llagut, y preguntaron por él.

Al poco, apareció un hombre alto y fuerte que, a pesar de su aspecto fiero y decidido, gastaba unas maneras que sorprendieron a Luna.

—¿Salvador? ¿Eres tú? —dijo Arnau, mientras se abrazaba a su viejo amigo—. ¡Dime que mis ojos no me están jugando una mala pasada!

—¡Soy yo! ¡Pero si me sigues abrazando con tanta fuerza me acabarás matando!

—¡Todavía eres un buen hombre, Salvador, pero necesitas un trabajo de verdad para hacerte más duro! —dijo el capitán entre risas.

—Pues esta vez es posible que te haga caso y nos enrolemos contigo. Arnau, tenemos que llegar a Barcelona cuanto antes. Y necesitamos que el viaje se haga con

mucha discreción.

Arnau cambió rápidamente la cara risueña por un semblante serio, lleno de complicidad. El experimentado marinero no quiso hacer más preguntas.

Era consciente de que la petición de su viejo amigo no era fruto de ningún capricho, sino de la necesidad urgente de poner tierra de por medio.

—No es necesario que me expliques nada. Me parece que tengo precisamente lo que andas buscando. Por cierto, ¿quién es esta joven tan hermosa que te acompaña?

—Me llamo Luna —dijo ella tímidamente.

Arnau la observó durante unos segundos y, después de clavarle la mirada como si quisiera averiguar la tonalidad de su alma, se dio por satisfecho.

—Pues es un placer conocerte, Luna —le dijo el capitán mientras le dedicaba una cálida sonrisa.

Arnau había entendido al instante que su amigo tenía problemas y por eso lo condujo a un lugar más tranquilo, lejos de miradas curiosas, para poder hablar discretamente del asunto.

—¿Qué pasa, Salvador?

—Hemos tenido que huir de Arnes. De momento me parece que la situación está controlada, pero me temo que se trata de la calma que precede a la tempestad, y por este motivo tenemos que llegar a Barcelona sin mayor demora.

—Salvador, no quiero meterme dónde no me llaman, ¿pero vuestros problemas no tendrán nada que ver con un tal Diego Sarmiento?

—¡Sí! —respondió el fraile, mientras una gota de sudor helada le resbalaba lentamente por la espalda—. ¿Pero, tú qué sabes de todo esto? —preguntó asustado.

—No mucho, la verdad. Hace unos días se extendió el rumor de que un alto representante de la Inquisición, llegado de Arnes, había despertado a uno de los capitanes en plena noche y le había ordenado que le llevara a Barcelona con suma urgencia.

—¿Y cuándo partieron? —insistió el fraile.

—Tenían el viento a su favor, así que a estas horas ya habrán llegado a su destino —reconoció el navegante.

—Tenemos que llegar a Barcelona lo antes posible, Arnau. Es de vital importancia —le pidió de nuevo Salvador.

Ante tal afirmación, Arnau no necesitó más explicaciones.

El motivo por el que Salvador se comportaba con tanta prudencia estaba más que justificado, pero lo más importante era que el marinero se sentía en deuda con el fraile desde que, hacía ya mucho tiempo, había acudido a las puertas del convento de Tortosa con su hijo enfermo en brazos.

Así que, si Salvador tenía problemas, él no podía fallarle.

—Mi barco está cargando sal, regaliz y sanguijuelas en la desembocadura del río. Yo me tengo que ir esta tarde para supervisar el trabajo de mis hombres y dentro de dos días zarparemos. Después de almorzar acercaos al puente de las Barcas, donde os

estaré esperando con uno de mis hombres de confianza. Así que os recomiendo que ahora aprovechéis vuestra estancia para dar un paseo por la ciudad. Ha cambiado mucho desde tu última estancia aquí, Salvador, y seguro que os gustará.

—Gracias, Arnau —respondió el fraile.

—No tienes que agradecerme nada, Salvador. Eres tú quien tendrá siempre mi agradecimiento por haber salvado a mi hijo. Y ahora id —añadió el marinero, mientras se despedía desde lejos de Luna.

—¿Qué te ha dicho? —le preguntó la muchacha al fraile cuando se le acercó.

—Todo está arreglado. Esta tarde nos reuniremos con él en el Puente de las Barcas y nos iremos juntos hacia el Delta, donde tiene fondeado el barco. Así que ahora iremos en busca de mi otro amigo, Despuig, que sin duda será nuestro mejor guía para recorrer estas calles. La última vez que coincidí con él me quedé maravillado con un libro que estaba escribiendo, al que tituló *Los coloquios de la insigne ciudad de Tortosa*.

—¡Pero, Salvador, esta ciudad es enorme! ¿Dónde lo encontraremos?

—Es muy sencillo, Luna. Él es tan buen escritor como amante del vino, con lo que no te quepa ninguna duda de que lo encontraremos en la taberna del puerto.

Y tal como había intuido el fraile, el reencuentro con su amigo fue en las mismas puertas de la taberna, aunque bajo circunstancias muy diferentes a las esperadas.

En el momento en que Luna y Salvador se asomaban a la calle, el escritor estaba enzarzado en una pelea que, según les explicó un joven que contemplaba impasible la escena, había empezado por unas supuestas trampas de juego.

Justo cuando el tramposo desenfundaba la daga que llevaba colgada en el cinto, un Despuig sereno quiso advertirle a su rival:

—Vete a casa a dormir la borrachera. Y no olvides nunca que quien a hierro mata a hierro muere.

No hizo falta nada más, dado que el amigo del fraile sonrió al verle y empezó a alejarse del lugar.

Mientras dejaban la taberna atrás, podían escuchar las blasfemias que el borracho —herido en su orgullo— gritaba a los cuatro vientos mientras, sentado en un barril, les amenazaba con el puño cerrado.

—¡Amigo, veo que sigues cultivando tu afición por el juego y el vino de mala calidad! —le dijo Salvador, con cierta sorna—. Confío que estas malas costumbres no te enturbien demasiado la cabeza y te permitan escribir con el mismo talento de siempre.

—¡Salvador! ¡Qué alegría verte! —respondió el hombre con la respiración entrecortada por el esfuerzo de la pelea y el haber caminado hasta su posición—. Eres mi ángel de la guarda. Siempre apareces en el momento oportuno —añadió mientras se arreglaba la ropa antes de fundirse en un abrazo con el fraile.

La mañana transcurrió tranquila y Luna se quedó impresionada por el recorrido que Despuig les ofreció por la ciudad, permitiéndoles visitar la catedral de Santa María, donde vieron los púlpitos y los retablos de la Virgen de la Estrella y el de la Transfiguración; Los Reales Colegios de San Jaime y San Matías, fundados con el objetivo de adoctrinar a los moriscos en la fe verdadera, y donde vieron los bustos de los reyes y las reinas de la Corona de Aragón, así como las imágenes de profetas y apóstoles. Y para terminar, el antiguo barrio judío, lleno de callejones pintados de blanco, que en otra época había sido un importante centro económico.

Llegada la hora convenida, se despidieron con amabilidad y Luna y Salvador se dirigieron al puente de las Barcas, donde les esperaba Arnau y su joven grumete, que sería el encargado de llevarlos a través de las aguas del Ebro hasta su desembocadura, donde el Rosa de los Vientos estaba acabando de llenar las bodegas con una preciada carga.

—Sed bienvenidos a bordo —dijo el joven, mientras les ayudaba a embarcar en el llagut.

Acto seguido, mientras Arnau se estiraba perezosamente sobre unos sacos de harina que tapizaban la cubierta de la embarcación, el grumete desplegaba las velas para comenzar el recorrido que les llevaría hasta el lugar exacto donde el Ebro se fundía con las saladas aguas del Mediterráneo.

El Delta del Ebro

La navegación fue plácida y tranquila hasta la desembocadura misma del río. El trayecto les había llevado menos tiempo de lo previsto, y Luna y Salvador habían disfrutado como niños haciendo buena parte de la travesía con los ojos cerrados, por el simple placer de soñar despiertos en compañía de los cantos de los pájaros y la relajante brisa que les refrescaba.

Cuando llegaron a la altura del pequeño pueblo de Jesús y María, hicieron una parada para reponer fuerzas y pescar algo con la que acallar sus estómagos, cada vez más ruidosos.

El joven grumete, que evidenciaba una habilidad sorprendente, a ratos impulsado por una larga vara con la que empujaba el llagut, demostró ser también un pescador experimentado. Con la ayuda de una pequeña red, y en el tiempo justo de encender una hoguera en la playa fluvial donde se habían detenido, apareció con un succulento cargamento de pescado que asaron lentamente sobre las brasas.

—Prefiero las costillas de cordero, pero he de reconocer que este pescado está delicioso —confesó Luna, mientras le daba un afectuoso golpe en el hombro de Salvador.

Comían a la fresca de un frondoso bosque de ribera que rebosaba vida por todas partes, y Arnau no tardó en explayarse, explicando viejas historias de intrépidos piratas en las que la realidad se fundía sutilmente con la fantasía. Con ello lograba crear una atmósfera de suspense que les mantenía a todos con los ojos abiertos como platos.

Pero si había algo que tanto Luna como Salvador recordarían durante el resto de sus días, fue la espectacular llegada a la desembocadura del río, iluminada por un espléndido sol que apareció repentinamente de entre las nubes y que parecía dedicarles una sonrisa desde el cielo, mientras la suave brisa acariciaba sus rostros.

Desde hacía miles de años, los sedimentos arrancados en la cabecera del río se habían ido depositando en su confluencia con el mar, hasta crear una flecha de arena y tierras húmedas que se adentraban muchos kilómetros en el agua salada.

Al poco de llegar, la agradable brisa que les había acompañado fue transformándose en duras rachas de viento del norte, que hizo temer a Arnau por la seguridad del barco y la carga que poco a poco llenaba su bodega en las salinas de la punta de la Banya.

Por tal razón, y después de dejar a Luna y Salvador muy cerca de la torre de vigía

del Garxal, en compañía del grumete, partió a toda vela para reunirse con la tripulación del Rosa de los Vientos y acelerar y controlar los trabajos de estiba.

—Es más seguro que os quedéis aquí, en el faro —les había dicho el capitán momentos antes de irse rápidamente hacia las salinas—. ¡Mañana nos encontraremos en la bahía del Fangar!

—¡Ve con cuidado! —le gritó Salvador, preocupado.

Pero Arnau, que estaba hecho todo un lobo de mar y tenía una dilatada experiencia y muchas millas a sus espaldas, había salido disparado.

Con los ojos medio cerrados por culpa del agua salada que le salpicaba violentamente la cara, y los labios llenos de salitre, tomó rumbo a su barco.

Al mismo tiempo, el joven grumete, con una inmensa sonrisa, tranquilizó a Luna y Salvador, y les hizo una propuesta que los dejó boquiabiertos.

—Mi abuela vive muy cerca de aquí. Así que si queréis, podemos pasar la noche en su barraca. Así podremos cenar caliente...

—¿No es peligroso andar con esta ventisca? —preguntó Luna mientras esperaba la reacción de Salvador.

Pero el joven grumete, que ya había empezado a andar, se detuvo un momento y, mientras clavaba la mirada en Luna, añadió con voz temblorosa:

—¡Por favor, acompañadme! ¡Mi abuela te espera desde hace mucho tiempo!

Aquellas misteriosas palabras consiguieron despertar una sensación medio adormecida en el interior de Luna.

Y a pesar del fuerte viento que levantaba con violencia diminutos granos de arena que insistían en metérseles en los ojos y la boca, avanzaron a buen ritmo.

En un suspiro llegaron a la playa de la Marquesa, desde donde, una vez más, comprobaron la fuerza de la naturaleza. La espuma de las olas rompía a unos pocos metros de donde caminaban, y sobre sus cabezas observaron extasiados los bailes de las gaviotas que se dejaban llevar cada vez más alto por las corrientes de aire.

Cuando llegaron a la altura de una balsa, rompieron por un camino que se adentraba otra vez en tierra firme, hasta que en el horizonte descubrieron una barraca de paredes blancas que a Luna le hizo recordar viejas historias que le explicaba su madre al lado del fuego.

Después de entrar y dar una vuelta por la casa, comprobaron que no había nadie.

—Mi abuela debe estar recogiendo hierbas —dijo el grumete mientras fijaba la mirada en Luna—. Salvador, si te parece bien, podemos ir a buscar un poco de leña. Así ya tendremos el fuego preparado para cuando regrese.

—¿Y yo que puedo hacer mientras tanto? —preguntó Luna.

—Podrías acercarte a la laguna y traer las anguilas que se hayan quedado atrapadas en las trampas. Sigue este sendero hasta el final. Ya verás cómo está mucho más cerca de lo que parece.

Luna, inquieta desde el mismo momento en que el muchacho le había hablado de su abuela, respiró profundamente y, desconcertada, se despidió de Salvador.

El sendero estaba flanqueado por cañaverales de una altura que superaba de largo el cuerpo de la joven y, a pesar de la extraña sensación de ahogo, Luna se esforzó para llegar a su destino.

Pero en más de una ocasión sintió la necesidad imperiosa de volver sobre sus pasos y empezar a correr para refugiarse en la seguridad de la barraca.

Sin saber muy bien por qué, enseguida le vino a la memoria el camino iniciático que muchos meses antes había recorrido sola hasta la cima de la montaña de Santa Bárbara, en Horta de Sant Joan.

Y aquel recuerdo la reconfortó paulatinamente, hasta que, de repente, descubrió delante de sus ojos una gran laguna donde había centenares de flamencos de plumas rosadas que manchaban las aguas de mil colores.

Era como una masa viva de tonos blancos y rosas que dejaron a la joven con la boca abierta.

Luna, tal como le había indicado el joven grumete, encontró las trampas con facilidad y, después de descargar las anguilas en el cesto de mimbre que había cogido al salir de la barraca, inició el camino de regreso justo en el momento en el que el sol se ponía y una nube de mosquitos se elevaba de los márgenes de la laguna, dirigiéndose a gran velocidad hacia ella.

Al sentir el escozor de las primeras picadas, Luna empezó a correr y, justo cuando conseguía salir del cañaveral, se detuvo al ver en la lejanía una figura encorvada que a pesar del viento, y a pesar de avanzar pesadamente con la ayuda de un bastón, desprendía una dignidad que le recordó a su querida madre.

Sin pensárselo dos veces, Luna se dirigió hacia la etérea figura que se había detenido para contemplar el mar en medio del temporal. La joven se acercó muy lentamente, con prudencia, mientras el regusto salado del mar le rondaba la boca. Misteriosamente, como si fuera un sueño, con cada paso que daba le venían a la cabeza imágenes inconexas y fantasmagóricas en las que su madre y su abuela Magdalena acompañaban un grupo de mujeres de rostros desconocidos y formas difusas.

Solo cuando vio con claridad la cara de la mujer, se dio cuenta de que era una de las que, en aquel sueño despierto que acababa de revivir, aparecía al lado de su madre.

—¿Quién sois? —preguntó Luna mientras se detenía a su lado y notaba cómo el corazón se le aceleraba.

—Una amiga, querida —respondió la misteriosa mujer con un tono de voz que reconfortó inmediatamente a la joven.

—¿Nos conocemos, verdad?

—Sí, nos conocemos.

—¿Pero, quién sois? —insistió Luna—. Sé que nos conocemos, pero solo tengo vagos recuerdos.

—Cuando eras una niña te tuve en mis brazos muchas veces. A ti, y en su día

también a tu madre, María —aclaró la mujer.

—¡Pero no os recuerdo! —insistió Luna mientras reprimía las ganas de llorar.

—No me recuerdas porque todo el dolor y el sufrimiento que has vivido durante las últimas semanas ha dormido lo que se estaba despertando. Pero no te preocupes, porque hoy volverás a recordar.

—¿Pero, quién sois? ¿Qué sabéis de mí? —quiso saber Luna mientras sentía como caían las primeras lágrimas.

—Eres Luna, la hija de María y Martín. Eres la nieta de Magdalena y la legítima heredera de la Tradición. Eres la Elegida. ¿Necesitas que te diga algo más para que te sientas entre amigos?

—¡Sí, lo necesito! ¡Basta de misterios, por favor!

—Luna, yo soy aquella que habla con los muertos. Tengo ese don. Mi nombre es Sara, y puedo decirte que tus padres siempre estarán a tu lado para guiarte y acompañarte hasta el fin de los tiempos.

Al escucharla, Luna no pudo evitar abrazar a la mujer durante un largo rato para consolarse.

Simplemente, cerró los ojos para rendirse a la sensación de bienestar y seguridad que la rodeaba, y que le recordaba a lo que sentía al abrazar a su madre.

—¿Cómo podíais saber que yo venía? ¿Cómo podíais saber lo que ha pasado?

—Me lo ha contado el viento, hija mía... —respondió la mujer mientras le besaba la frente—. Lamento de todo corazón la muerte de tu madre —añadió entre lágrimas.

Luna cayó de rodillas y llevó la cabeza hacia delante hasta que notó el contacto de la arena húmeda de la playa, y de repente sintió como la invadía una inmensa pena que había permanecido enterrada en su alma.

—Llora, niña, llora hoy todo lo que no pudiste llorar en su momento —añadió Sara, mientras se retiraba unos metros de la muchacha para sentarse sobre una pequeña duna que se levantaba a unos metros.

Y Luna perdió la noción del tiempo.

Con cada lágrima que derramaba sentía que una fuerza desconocida, pero liberadora, crecía imparable en su interior.

Cuando la luna llena las visitó, Sara ayudó a levantar a Luna, y después de besarla en las mejillas, la cogió de la mano y la llevó por caminos y senderos perdidos mientras le hablaba sin parar de secretos casi olvidados.

Al mismo tiempo, la muchacha se esforzaba en recordar, consciente de la importancia de aquel encuentro.

—Las cosas que te he explicado resumen todo lo que yo sé, querida niña, y deseo que ayuden a que puedas hacer realidad tu propósito. Tu futuro se me aparece luminoso.

Luna asintió con la cabeza y se dio cuenta de que lentamente se iban acercando a la barraca donde esperaban, como lobos hambrientos, Salvador y el joven grumete.

Durante la cena, que consistió en diferentes platos provistos de ancas de rana

fritas, anguila guisada y pato salvaje, apenas hubo tiempo para las palabras.

Y el último pensamiento que tuvo Luna antes de dormirse rendida, y con la panza bien llena, estuvo dedicado al magnífico banquete recién devorado.

De buena mañana, cuando Luna, Salvador y el grumete tomaron el camino que les llevaría a encontrarse con Arnau, Sara ya hacía rato que había salido de la barraca para perderse, un día más, entre los misterios y los secretos del Delta.

Mientras Luna acariciaba el collar de pechinas que Sara le había regalado y olía el ramo de artemisa que se había encontrado al lado de su almohada, la bahía del Fangar se presentaba imponente frente a sus ojos.

Y en la lejanía no tardaron en divisar la silueta del Rosa de los Vientos, cargado hasta arriba de sal, regaliz y sanguijuelas, y listo para levar anclas y poner rumbo a Barcelona.

—¡Me alegro de veros! —dijo el capitán Arnau cuando se reunió con los tres compañeros—. Tenemos el viento a nuestro favor y no quiero perder ni un minuto más, ¡así que preparaos para el viaje!

Mientras desde un bote se cargaban los últimos barriles llenos de sal, Salvador aprovechó para comentar al capitán un hecho que, hasta aquel momento, le había pasado por alto.

—Arnau, cuando nos acercábamos al barco he visto en el horizonte una nube de velas que se dirigían hacia aquí.

—¿Barcas de pesca?

—No lo tengo claro. Pero me ha parecido ver que, entre todas ellas, había una negra.

Arnau dejó al fraile con la palabra en la boca y, con la preocupación dibujada en el rostro, se fue rápidamente a buscar un catalejo.

Cuando miró en la dirección que le había indicado Salvador, el capitán empezó a gesticular visiblemente nervioso y, con toda la fuerza albergada en sus pulmones, ordenó izar el ancla inmediatamente y soltar todas la velas.

—¡Por vuestras vidas, corred todos a vuestros puestos y vayámonos enseguida! ¡Los piratas bereberes están aquí!

¡Piratas!

Dragut, el nombre con el que era conocido en Occidente, había tenido muy buenos maestros desde la infancia.

A los doce años se había enrolado en una nave turca, destacando pronto por sus habilidades como piloto y artillero. Con el paso del tiempo había llegado a capitanear su propia galera, convirtiéndose en la peor pesadilla de los mercaderes venecianos que navegaban por el Egeo. Poco después, llegó a ser lugarteniente del mismo Barbarroja; el más temido de todos los piratas que jamás habían navegado por el Mediterráneo.

Era evidente que Dragut había sido un alumno aventajado en la dura y siempre exigente escuela de la mar, y ahora que había ascendido al rango de comandante en jefe de todos los piratas bereberes, necesitaba alimentar su gloria a cualquier precio. Sus hombres tenían sed de sangre y hambre de oro, y por esta razón, desde hacía semanas, castigaban las costas de Alicante, Valencia y Castellón.

Dragut necesitaba esclavos para sus imponentes galeras, las máquinas de guerra más terribles que surcaban el Mediterráneo, y necesitaba oro para pagar a sus hombres, que ya comenzaban a tener ganas de partir en busca de aventuras más estimulantes.

—¡Trípoli es nuestro nuevo destino! —les había dicho pocos días antes, entre evidentes muestras de alegría.

Y a pesar de que las bodegas de sus naves estaban cargadas de hombres y de tesoros, el pirata quiso tentar un poco más la buena suerte que les había acompañado durante las últimas incursiones en las que habían asolado la villa de Cullera y sus alrededores.

Tras la victoria, y borracho por la sangre derramada, había decidido costear hacia el norte, esperando encontrar nuevas presas a las que dar caza.

Dragut se sentía seguro y confiado, y cuando miraba la flota que le acompañaba, hinchaba el pecho con orgullo. Lo que más le gustaba era castigar personalmente, con la ayuda del látigo, a todos aquellos que no remaran con suficiente fuerza, especialmente si los pobres desgraciados eran cristianos.

Cuando el pirata divisó la fina línea de tierra del Delta adentrándose en el mar, sonrió satisfecho. Su plan estaba saliendo a la perfección y ahora solo quedaba esperar a que la flota se reagrupara para iniciar el ataque contra las poblaciones que se levantaban a orillas del Ebro. El viento les era favorable, y esperaba poder comenzar el ascenso por el río al cabo de un par de días.

Con los músculos tensos por la emoción, recorrió la vista por la costa norte del

Delta, hasta que vio en el horizonte una gran vela blanca que se hinchaba con el viento del norte y que enfilaba hacia Tarragona.

Dragut, que era un zorro viejo, enseguida observó que, por culpa del peso de las bodegas, la embarcación avanzaba lentamente.

«Debe estar cargado de tesoros», pensó mientras se le iluminaban los ojos.

E inmediatamente ordenó al barco que patroneaba su propio hijo, Adil, que persiguiera y abordara el mercante que intentaba perderse en la lejanía.

El joven había demostrado tener buenas dotes de mando durante la expedición, y Dragut pensó que el hecho de encargarle la caza de aquel navío era un buen regalo para el que estaba predestinado a ser su legítimo sucesor.

Adil, pronto agradeció la oportunidad y ordenó a su lugarteniente que utilizara todos los medios que tuviera a su alcance para obligar a los remeros a esforzarse al máximo.

El sonido del tambor que marcaba el ritmo a los galeotes se mezcló con los gritos que soltaban los hombres cada vez que el látigo les castigaba el cuerpo, hasta que la proa del barco empezó a romper las olas del mar a la velocidad que su comandante consideró adecuada.

Mientras tanto, en el bando contrario, Arnau observaba atentamente los movimientos de una galera solitaria que se alejaba del grupo y emprendía su persecución. Pero lo que le heló la sangre fue ver como se izaba la bandera que cualquier marinero rehuía como si se tratara de la peste. Al ver el escudo de Dragut cosido en medio del trapo negro, Arnau tragó saliva e inmediatamente ordenó a sus hombres que amarraran bien las drizas y las escotas de las velas para que pudieran soportar la tensión.

Después, con el miedo calado en los huesos, lo único que pudo hacer fue comprobar como la distancia entre ellos se reducía hasta que la primera de las andanadas que habían lanzado sus perseguidores, impactó a pocos metros de popa.

Mientras sucedía todo aquello, Salvador y Luna permanecían escondidos en la bodega, donde escuchaban el revuelo que les llegaba desde la cubierta.

—¡Escondeos en la bodega! —les había ordenado Arnau—. ¡Nos atacan los moros!

La primera reacción del fraile y de la muchacha había sido tomarse a broma las palabras del capitán, pero tan pronto como escucharon los cañones, entendieron que la advertencia de su amigo iba en serio y que la seguridad de la nave estaba en grave peligro.

Cuando la galera que les perseguía desplegó su gran vela triangular —negra como el corazón de los hombres que la izaban—, Arnau supo que estaban perdidos. Ahora no solo avanzaban impulsados por la fuerza de los brazos de los esclavos, sino que, además, los piratas contaban con el impulso añadido del viento.

«Navegamos a toda vela», pensó Arnau, «y la distancia que nos separa disminuye cada vez más».

Y mientras el capitán del mercante pensaba en la fatalidad del destino, sucedió lo peor que le puede pasar a alguien que huye de una muerte segura: el viento amainó y se hizo la más absoluta de las calmas.

A medida que el barco mercante perdía velocidad, Arnau ordenó a sus hombres que se acercaran a la costa, con el objetivo de embarrancar la nave. Perder la carga era un mal menor comparado con lo que podía representar caer en manos de los temibles piratas bereberes.

Pero el viento había cesado de golpe y el barco parecía una frágil cáscara que flotaba en medio de las corrientes que lo llevaban mar a dentro, justo en la dirección contraria a la que Arnau hubiera querido dirigirse.

Viendo que la opción de desembarcar era inviable, el capitán mercante ordenó a sus hombres que se armaran con los pocos mosquetes y las espadas que había a bordo. Si iban a ser abordados, como mínimo su orgullo de capitán le obligaba a vender cara la piel y, si era necesario, moriría llevándose por delante tantos piratas como fuera posible.

Mientras los hombres mantenían sus posiciones en cubierta, escondidos detrás de algunos sacos que habían subido de la bodega, vieron como la galera pirata se colocaba a barlovento, aprovechando las últimas rachas del impetuoso viento.

Con aquella decisión, conseguía una situación de superioridad estratégica, antes de que los cañones comenzaran a disparar sobre el palo mayor.

La tripulación del Rosa de los Vientos estaba preparada para repeler el abordaje.

Eran experimentados hombres de la mar, a pesar de que pocos de ellos habían pasado por una situación tan extrema. Estaban curtidos por la sal y los rayos de sol, pero cuando vieron las caras de sus enemigos sintieron que una muerte segura les rondaba, y más de uno estuvo seriamente tentado de lanzarse al mar.

—¡Aguantad, hombres! —ordenó Arnau mientras cogía con fuerza las dos pistolas que llevaba colgando de la cintura—. ¡Y cuando dé la orden abrid fuego sobre su cubierta y matad todo lo que se mueva!

Y justo cuando se escuchaban los primeros disparos y los primeros hombres de los dos bandos caían heridos, Luna apareció en cubierta.

Ante la sorpresa de todos, se dirigió al botalón de proa mientras levantaba los brazos al cielo y entonaba una plegaria desesperada.

—Fuerzas de los elementos, haced que la niebla los envuelva. Fuerza del mar y del viento, haced que la oscuridad les visite. Padre sol, haz que sus ojos se cieguen. Sal marina, haz que sus bocas se sequen...

Inmediatamente, y cuando los piratas iniciaban la maniobra de abordaje, una misteriosa niebla aparecida de la nada los envolvió por completo. Era imposible ver si el hombre que tenían al lado era amigo o enemigo.

Y entre gritos de rabia e impotencia, los piratas se vieron obligados a abortar el abordaje. Su única prioridad era controlar el rumbo de la nave, que avanzaba hacia un destino desconocido en medio de una gran confusión.

Adil mandó callar a todos sus hombres para intentar localizar a su esquiva presa, pero el silencio que les rodeaba hizo imposible conocer cuál era su posición exacta.

Lo que sí pudo escuchar con total claridad fue el terrible impacto de la galera contra unas rocas traicioneras que, como si de unos cuchillos afiladísimos se trataran, abrieron una herida mortal en la parte baja de la embarcación.

Los gritos de terror de los piratas se elevaron más allá de la niebla, e impedían que nadie pudiera entender las desesperadas órdenes del capitán bereber, que ordenaba a sus hombres que abandonaran la nave.

Dragut observaba impotente cómo la nave de su hijo se despedazaba contra las rocas, y lo único que pudo hacer, cuando su barco llegó al lugar del naufragio, fue recuperar del agua el cuerpo sin vida de su primogénito y de los marineros que le acompañaban.

Al tiempo que las lágrimas empañaban los ojos de Dragut, la tripulación del Rosa de los Vientos celebraba la aparición de la misteriosa niebla que les había salvado de una muerte segura.

Salvador acompañó discretamente a Luna hasta la bodega de la nave para que pudiera descansar, después de la demostración que acababa de protagonizar.

Arnau, el valiente capitán mercante, los observaba atentamente, entre sorprendido y curioso, y repitiéndose una y otra vez que aquella muchacha era sin duda el tesoro más valioso que llevaba en el barco.

A las puertas de la ciudad

El resto de la singladura, después del susto vivido en la desembocadura del delta del Ebro, se convirtió en un auténtico viaje de placer para Luna y Salvador.

La muchacha, colmada de atenciones y muestras de simpatía por parte de toda la tripulación, disfrutaba como una niña viendo las piruetas de los grupos de delfines que emergían de las profundidades del mar.

Jugaban con la estela de espuma que el casco de la nave iba arando en las aguas de un Mediterráneo que, definitivamente, le había robado el corazón.

El Rosa de los Vientos llegó a Barcelona con las primeras luces del día y, para sorpresa de Luna, la vista que veía desde la cubierta se correspondía punto por punto con la imagen visionada en su camino iniciático y en algunos sueños.

La única diferencia era que ni su madre ni el gran lobo blanco podrían compartir con ella la emoción del momento.

Si Tortosa la había impresionado, la vista de Barcelona desde el mar la dejó sin palabras.

En la cima de la montaña de Montjuïc, San Ferriol, la torre de vigilancia y defensa que tantas veces había dado la voz de alarma frente la llegada de los invasores, parecía contemplar, esta vez con total indiferencia, un enjambre de barcos amigos.

Embarcaciones de vela y de remos, que llenaban el mar, sereno y calmado como un espejo.

Entre las naves, galeras y llaguts, había algunas que, ya ancladas, se balanceaban plácidamente al ritmo de las olas. Otras maniobraban lentamente, buscando el mejor lugar donde detenerse para descargar las bodegas.

Al mismo tiempo, los timoneles vigilaban atentamente los numerosos bancos de arena, así como las traidoras rocas que habían herido mortalmente a más de una embarcación, enviándola para siempre al fondo del mar.

La fachada marítima de Barcelona, abierta a las saladas aguas desde los orígenes de la ciudad, había sido fortificada con la muralla del Mar por orden del Consell de Cent a raíz de la aparición, un día de junio de 1359, de una escuadra de naves castellanas y genovesas que pretendían atacar la ciudad.

A raíz de aquella incursión, las autoridades tuvieron que aceptar la necesidad de amurallar la ciudad, además de levantar torres de defensa y abrir diferentes portales para asegurar el paso, tanto de personas como de mercancías y pequeñas embarcaciones.

Con la mirada vidriosa y la boca abierta de pura admiración, Luna se fijó en un

portal, el del Mar, que emergía en medio de carreras, gritos y movimiento de personas y animales que se esforzaban por acarrear todo tipo de mercancías. En el extremo occidental de la ciudad, destacaba el edificio de las atarazanas reales, donde muy poco antes, más de dos mil obreros habían tenido que trabajar de sol a sol para terminar la treintena de galeras que habían participado en la victoriosa campaña imperial de Túnez.

Un poco más allá, y por encima de la muralla, se intuía el edificio de la lonja y otras joyas de la ciudad, como la catedral y Santa María del Mar, que parecían guiñar el ojo para darle la bienvenida a su nuevo hogar.

Sin más dilación, la invitaban a entrar, a una ciudad que deseaba acogerla con los brazos abiertos.

—¡Estoy en casa, Salvador! ¡Estoy en casa! —repetía Luna una y otra vez al fraile mientras corría nerviosamente por la cubierta, incapaz de estarse quieta ni un solo instante.

Mientras la ciudad se presentaba a la muchacha, siempre bajo la divertida y atenta mirada de su querido amigo, Arnau dio la orden de soltar el ancla.

El navío por fin había llegado a su deseado destino, y solo quedaba asegurar la maniobra y esperar la llegada de los botes que iban a llevarles, tanto a ellos como a la mercancía, hasta tierra firme.

En la primera de las barcas subieron los tres amigos con destino a la playa que se extendía frente al portal del Mar.

Allí se abría una puerta en la muralla, a modo de boca misteriosa, que conducía directamente al corazón de la ciudad.

Y antes de traspasar el portal, Luna y Salvador sintieron como sus cuerpos todavía se balanceaban, llevados por una marea invisible que les hacía andar con dificultad.

A pesar de la extraña sensación de mareo, con cada paso se olvidaban un poco más de su propio malestar físico, quizás por los continuos estímulos que recibían mediante el juego de colores, olores, movimientos y voces que se escuchaban aquí y allí, algunas en lenguas que les eran totalmente desconocidas.

Mientras Arnau se reunía con el mayorista que le había comprado el preciado cargamento que sus hombres lentamente iban transportando hasta la playa, Luna y Salvador observaban, curiosos, todo el ajetreo que les rodeaba.

A solo unos metros de su ubicación, un grupo de pescadores descargaba pescado fresco, entre risas y canciones. Sepias, merluzas y algún rape —feo como un pecado a los ojos de Luna—, que acabarían siendo cocinados en alguna casa acomodada de la ciudad.

Por la misma zona, otros compañeros de la mar, tarareaban canciones subidas de tono mientras arreglaban cuidadosamente las redes que se habían roto por una mala maniobra o por algún inesperado golpe del oleaje.

A pocos metros, un grupo de hombres cargaba, en un carro conducido por un asno

de aspecto triste y cansado, una docena de barriles que, según pudieron escuchar, estaban llenos a rebosar de vino dulce procedente de una población del litoral llamada Sitges.

Arnau apareció de entre el gentío con el rostro sonriente y los ojos brillantes como el sol que ya comenzaba a calentar el nuevo día.

—¡Me habéis traído suerte, amigos! ¡Mucha suerte! He hecho un negocio magnífico. ¡Y lo tenemos que celebrar! —añadió satisfecho mientras les enseñaba, muy discretamente, una bolsa de cuero llena de monedas.

Al cabo de un rato, después de que Arnau diera las últimas órdenes a su suboficial, los tres se dirigieron hacia el portal del Mar para entrar, esta vez sí, en la Ciudad Condal.

Solo traspasarlo, ante sus ojos apareció un mercado abarrotado de clientes y vendedores, en el que las paradas más sencillas, donde se podía encontrar vino, sal o pescado, contrastaban con otras donde estaban a la venta delicados objetos. Aquel era precisamente el centro de distribución de todo el trigo que llegaba a la ciudad por mar y, como si de una enorme telaraña se tratara, se podían encontrar mil y un pequeños puestos de venta. La mezcla de olores, de intensos colores y el bullicio formado, no dejó indiferente a Luna, que lo quería absorber todo con un ansia incontrolable.

Su curiosidad la obligaba a observarlo todo nerviosamente.

Bajo un radiante sol de primavera, elegantes damas paseaban acompañadas por sus sirvientes, que buscaban alguna tela o quizás alguna joya a buen precio.

Soldados y estudiantes a la caza de algún vestido en buen uso, agricultores y sacerdotes, mercaderes y ladrones, que se movían entre las paradas con una seguridad y una gracia natural, casi indiferente, que sorprendió a los recién llegados.

Y las criaturas, sobre todo las criaturas. Niños y niñas de todas las edades jugaban, a veces en grupo y a veces solos, ajenos a todo lo que les rodeaba. Simplemente parecían felices.

Después del impacto inicial, Salvador, que estaba redescubriendo aquella ciudad en la que había vivido durante la infancia, pensó que era necesario encontrar un lugar donde establecerse durante unos días.

Quería dedicarse a buscar tranquilamente a los descendientes de los Montcada.

Y el capitán Arnau, ante la petición de su amigo, enseguida supo qué hacer.

—Conozco un sitio —les dijo—, en el que me he quedado a dormir en alguna ocasión. Su propietario es buen hombre y seguro que os hará un buen precio. ¿Vamos? —Finalizó ante la aprobación del fraile y la joven.

El Hostal de la Flor del Lirio estaba en la calle Carders, muy cerca del convento de Santa Caterina. Y mientras Arnau cerraba el trato con su viejo conocido, Luna y Salvador observaban las salas con cara de sorpresa mal disimulada.

La primera cosa que les llamó la atención fue la considerable presencia de comerciantes procedentes de Francia. Aunque muchas de las mesas estaban ocupadas por estudiantes que fanfarroneaban en voz alta sobre supuestas conquistas amorosas mientras jugaban a dados o a cartas.

Otros eran soldados que dormían, ebrios, al lado de grandes jarras de vino medio vacías, y el resto, seguramente, eran ladrones que esperaban el momento oportuno para aligerar las bolsas de algún cliente despistado.

Después de cerrar el alojamiento de sus amigos, el capitán consideró que había llegado el momento de despedirse.

—Querida Luna, sé que nos has salvado la vida —le dijo a la muchacha con gran respeto—. Tienes mi agradecimiento eterno hasta el día en el que muera.

Como respuesta, Luna le dio un par de besos en las mejillas y un fuerte abrazo y, para sorpresa del marinero, extendió la mano para ofrecerle el collar de pechinas que Sara, la mujer que vivía en el Delta y tenía el don de hablar con los muertos, le había regalado.

—Por favor, cógelo. Sé que te traerá buena suerte —le dijo la muchacha antes reunirse con Salvador, que se había adelantado unos metros.

Al tener la necesidad del alojamiento resuelta, decidieron pasear por aquella ciudad llena de avenidas espaciosas y limpias, todas enlosadas.

Una urbe de monumentales edificios, donde los olores y los sabores se mezclaban con tanta sutileza, que les obligaba a andar con la boca abierta y el rostro de radiante felicidad.

—¡Me siento como en casa! —gritó Luna de nuevo.

Y ante la sorpresa de Salvador, la joven comenzó a correr por la calle Ample, sin ni siquiera imaginar que, a cada paso que daba por la Ciudad Condal, el destino le sonreía un poco más.

El descendiente de los Montcada

Encontrar la residencia de los Montcada fue una tarea mucho más sencilla de lo que Luna y Salvador habían imaginado.

El enorme palacio se levantaba justo en el centro de la ciudad, muy cerca de la iglesia de Santa María del Mar, en la calle que, para su sorpresa, daba nombre el linaje de nobles con los que debían ponerse en contacto urgentemente.

La calle Montcada era una de las vías más aristocráticas y distinguidas de la ciudad. Los numerosos palacios y mansiones que se habían levantado estaban habitadas por los nobles y los potentados más ricos de toda Barcelona.

Hombres que valoraban, por encima de todo, su proximidad al Born y a la iglesia del Mar.

—¿Cómo nos presentaremos? —preguntó Luna preocupada y cohibida por la importancia de las personas que vivían tras las puertas que estaban a punto de llamar.

—Solo podemos hacer una cosa, Luna. Decir la verdad y explicar los motivos que nos han traído hasta aquí —respondió el fraile, sincerándose con su amiga.

Cuando la pesada puerta se abrió, un desconfiado sirviente los miró de arriba a abajo e, inmediatamente, con un gesto de disgusto, les cerró la puerta sin dar ningún tipo de explicación.

—¡No nos ha dejado ni tan siquiera explicar el motivo de nuestra visita! —se quejó Luna, visiblemente molesta.

—¡Pues insistiremos hasta que nos escuchen! —respondió el fraile mientras volvía a golpear enérgicamente con el pesado picaporte.

Pero, a pesar de su insistencia, a pesar de los golpes y los gritos pidiendo la oportunidad de ver al señor de la casa, la puerta permaneció cerrada y muda.

Las primeras gotas de lluvia todavía fueron recibidas con alegría. El propósito de su viaje estaba a punto de cumplirse y, por muy diligente que fuera el criado del señor de Montcada, nada ni nadie les podría detener.

Cuando las nubes empezaron a descargar con furia torrencial, Luna y Salvador se miraron con la duda reflejada en los ojos, pero no desistieron en sus intentos.

Así que se refugiaron rápidamente bajo la entrada del palacio de los Montcada, que continuaba cerrada e impertérrita a su sufrimiento.

Como la tormenta no amainaba, Luna comenzó a preocuparse por el estado del contenido del hatillo que llevaba escondido en la bolsa de cuero que le colgaba del hombro.

Y tras lanzar algunas miradas furtivas a su interior, para comprobar satisfacción que el Libro estaba seco y en buen estado, decidieron no tentar más a la suerte,

regresando al Hostal de la Flor del Lirio para descansar.

Su visita había resultado infructuosa, pero quizás a la jornada siguiente la suerte les sonreiría.

El nuevo día se despertó sereno y raso, y con algunas nubes altas que indicaban que la primavera estaba en su punto álgido, pero Luna y Salvador no se levantaron hasta bien entrada la mañana.

Quizás fue porque estaban acostumbrados a despertarse acompañados por los cantos de los gallos, o quizás porque el largo viaje hasta Barcelona les había dejado extenuados, pero cuando se dieron cuenta de la hora que era, salieron casi a medio vestir para llegar a casa del señor de Montcada.

Pretendían hacer guardia hasta ser escuchados.

—Señor, hay un fraile y una muchacha que preguntan por vos —explicó el criado al ver que Luna y Salvador volvían a estar frente a las puertas del domicilio—. Hoy es el segundo día que vienen a pedirnos audiencia.

—¿Y no te han explicado cuál es el motivo de su visita? Dales unas monedas y un plato de sopa caliente, y que se vayan.

—Ya se lo he ofrecido, señor. Pero ellos se han negado amablemente y me han pedido que os de un mensaje.

—¿De qué se trata? Hoy tengo cuestiones muy importantes que resolver.

—Solo me han dicho que vienen de Horta de Sant Joan y que son unos viejos amigos de vuestra familia.

Hugo de Montcada se levantó súbitamente de la silla que ocupaba uno de los laterales de su despacho personal y, después de reflexionar en silencio durante unos minutos, pidió al criado que le repitiera unas cuantas veces el mensaje que los desconocidos que esperaban ante su puerta le habían transmitido.

—Dices que vienen de Horta de Sant Joan y que son viejos amigos de la familia, ¿verdad? —preguntó el noble por enésima vez.

—Ciertamente, señor.

—Busca a mi secretario y dile que cancele todas las reuniones de hoy. Y trae a los desconocidos ante mi presencia.

Después de la larga espera a la que habían sido sometidos, Salvador y Luna quedaron gratamente sorprendidos cuando el criado abrió la puerta y les pidió, educada y atentamente, que le siguieran al interior del edificio.

—Mi señor os quiere ver. Acompañadme, por favor —dijo usando un tono de voz y unas maneras exquisitas, muy diferentes del trato que les había dispensado solo un día antes.

La planta baja del palacio tenía las paredes decoradas con una colección de relieves figurativos de mármol, muchos de ellos auténticos retratos por la precisión y el detalle con el que habían sido trabajados, y desprendía frescor y olor a rosas, en

parte gracias a la fuente que presidía el patio.

Allí crecían plantas acuáticas de tonalidad blanca como la nieve y habían construido con suma gracia una especie de cascada de piedras naturales a cuyos pies se amontonaban unos peces anaranjados que esperaban, impacientes, su ración diaria de comida.

Cuando el criado se dio cuenta de que estaba subiendo solo por la escalera de piedra, se detuvo y observó a los extraños viajeros por los que su señor había sido capaz de cancelar todas las actividades del día.

—¡Mi señor os espera! —les recordó mientras continuaba subiendo las escaleras, ahora de dos en dos.

Hugo de Montcada se revolvía en la silla. La inquietud que sentía estaba provocada por el montón de viejos recuerdos que se le habían despertado de repente.

Su padre le había hablado de una vieja historia que había sucedido cientos de años atrás, y ahora todo aquello parecía cobrar sentido.

Sin duda había escuchado perfectamente el mensaje que le había transmitido su criado. Y para corroborarlo, le había pedido que lo repitiera por lo menos una docena de veces.

Y en el momento en que el fraile y Luna entraron en la sala, ricamente decorada con tapices y cuadros de sus antepasados, el silencio se hizo palpable durante un buen rato. Los tres se observaron sin abrir la boca, y fue Hugo de Montcada quién se animó a iniciar una conversación que, obviamente, no podían demorar eternamente.

—¿En qué os puedo servir, ilustres peregrinos? —preguntó con cautela el noble.

—Estamos buscando al descendiente de Ramón de Montcada —respondió Salvador.

—¿Ramón de Montcada? Os estáis remontando muchos siglos atrás, sin duda. ¿Y puedo saber qué relación os une a mi antepasado? —preguntó sorprendido el noble.

—¿Sois vos su descendiente? —insistió Salvador.

—Efectivamente, buen fraile. Mi nombre es Hugo de Montcada. ¿Puedo preguntar vuestros nombres?

—Desde luego, señor. Mi nombre es Salvador y soy un franciscano que, hasta hace unos días, pertenecía a la congregación del convento que hay en Horta de Sant Joan.

—¿Y tú, muchacha? ¿Acaso se te ha comido la lengua el gato?

—No, señor —respondió Luna decidida, mientras se quitaba el gorro y dejaba al aire su larga melena—. Hemos venido a pedirnos que cumpláis un sagrado juramento que vuestro antepasado hizo hace muchos años. Juró proteger un libro y a sus legítimos custodios al precio que fuera. Y es por ello que ahora necesitamos vuestra ayuda —explicó la joven, ante el asombro del descendiente de los Montcada.

La conversación se alargó durante horas, por lo mucho que debían explicar.

«Algunos hechos son más creíbles que otros», pensó Hugo de Montcada, pero cuando Luna extrajo del hatillo el libro de tapas de cuero gastado y ennegrecido por el paso del tiempo, adornado con varias incrustaciones de oro, todas las dudas desaparecieron como por arte de magia; y no volvieron jamás.

—Todavía no me has dicho tu nombre, joven —dijo Hugo, antes de retirarse a sus aposentos para meditar sobre lo que le acababan de contar.

—Me llamo Luna, señor. Luna Aymerich.

Hugo se fue a dormir en compañía de unas extrañas cosquillas que le rondaban por el estómago. Una sensación maravillosa que, a pesar del cansancio, le impidió conciliar el sueño hasta bien entrada la madrugada.

Luna, que ocupaba una de las habitaciones de invitados, allí donde se alojaban los más ilustres, tampoco pudo dormir demasiado bien aquella noche.

La cabeza no paraba de darle vueltas a todo lo que había vivido. Recordó cada momento compartido con su madre, la milagrosa aparición de Salvador en sus vidas, el gran lobo blanco, las torturas y la cruel muerte de quién le había dado la vida.

Pero sus últimos pensamientos del día fueron dirigidos hacia aquel robusto hombre de ojos negros, barba espesa y pelo oscuro que, de la noche a la mañana, se había convertido en el protector y protagonista de sus sueños y deseos más ocultos.

«¡Necesito ver sus ojos otra vez!», se dijo entusiasmada mientras aparecían de nuevo las mariposas que habían estado paseando por su vientre, nerviosas y traviesas, desde el mismo momento en que había conocido a Hugo de Montcada, el digno sucesor de un linaje cargado de historia.

La cara y la cruz

A petición del señor de Montcada, el inspector Francisco de Vaca acudió puntualmente a la reunión a la que había sido convocado el día anterior.

Una vez hubo escuchado los testimonios del fraile y de Luna, que coincidían punto por punto con los informes que le había ido enviando regularmente el arzobispo Hernando de Aragón, nadie tuvo dudas de que había llegado el momento de actuar.

Y era necesario hacerlo con contundencia.

El Consejo de la Suprema de Barcelona, el máximo organismo directivo de la Inquisición, al cabo de pocos días encargó al mismo inspector Francisco de Vaca la misión de investigar las diferentes causas en las que habían estado implicados el inquisidor Diego Sarmiento y su hombre de confianza, Juan Malet.

La investigación resultó ser más larga y complicada de lo que había previsto. Sin duda existía un pacto de silencio que protegía las actuaciones del inquisidor y del cazador de brujas de cualquier mirada indiscreta que pudiera incriminarlos en la infinidad de atrocidades que habían cometido a lo largo de sus carreras.

Pero cuando el inspector consiguió suficientes pruebas, gracias a la ayuda incondicional de mil y un testimonios que parecían salir incluso de debajo de las piedras, nadie dudó sobre la culpabilidad de los inquisidores.

Los excesos y la brutalidad con los que habían actuado contra centenares de mujeres acusadas falsamente de brujería eran fruto de unas mentes enfermizas y torturadas.

Juan Malet, el hombre de ojos azules y penetrantes, fue detenido por la Inquisición valenciana a causa de las numerosas denuncias que había contra él en aquellas tierras, y fue inmediatamente reclamado por el inspector De Vaca y obligado a ser conducido a la ciudad de Barcelona. El poderoso inquisidor del tribunal de Barcelona, Diego Sarmiento, fue sometido a una vigilancia estrecha e implacable por parte de los hombres del inspector, que se convirtieron en su sombra, tanto de día como de noche, esperando que cometiera un error, por insignificante que fuera, para lanzarse sobre él con todo el peso de la justicia.

—Dadme un solo motivo, por insignificante que sea, y haré que os pudráis para siempre en la prisión —le había advertido el inspector Francisco de Vaca en una de las sesiones de interrogatorio a las que le había sometido—. De momento, os prohíbo salir de Barcelona hasta que todo se aclare.

En el mismo corazón de la Iglesia estaba cogiendo fuerza una corriente revolucionaria cuyos representantes ya eran conocidos por todos, tanto nobles como plebeyos, con el nombre de los defensores de las brujas.

Los juicios se alargaron durante semanas, y cuando la primavera exhibía con orgullo todo su esplendor, Luna quedó libre de cualquier sospecha.

Al mismo tiempo, muchas otras mujeres de toda Cataluña fueron absueltas definitivamente de sus cargos y liberadas de las prisiones donde habían sido retenidas y torturadas hasta la extenuación.

Con Juan Malet camino de Barcelona y Diego Sarmiento vigilado día y noche, Luna pudo dormir tranquila. Las pesadillas habían acabado y el recuerdo del dolor por la muerte de su madre, a manos de sus torturadores, se fue transformando en un sentimiento mucho más profundo.

Con el paso de los días, la joven empezó a sentir su estancia en la Ciudad Condal como un auténtico regalo.

El tiempo transcurría a la velocidad justa, ni muy lento ni demasiado rápido, y con cada nuevo descubrimiento, que hacía al perderse por las calles barcelonesas, experimentaba la ilusión propia de un niño; simplemente abría todos sus sentidos a la vida.

Desde hacía varios días, además, Luna y Salvador tenían un acompañante de excepción. Y es que, cuando el mismo Hugo de Montcada se ofreció a guiarlos por los rincones más desconocidos de la ciudad, a la muchacha el corazón casi le saltó del pecho.

Y a Salvador no le pasó desapercibido aquel evidente y mutuo interés, entre la joven y el noble, que parecía crecer minuto a minuto.

—¿Luna, qué piensas de Hugo? —le preguntó el fraile un día, como el que no quiere la cosa.

—¿Hugo de Montcada? Pues no está nada mal... Es un joven muy atento y bien parecido.

—No, Luna, no quiero decir eso. Solo quería saber si te imaginabas que el encuentro con el descendiente de los Montcada sería tal como ha sido —aclaró Salvador.

—Sí, creo que sí —confesó la muchacha con las mejillas enrojecidas por la vergüenza de lo que acababa de confesar.

—Claro, Luna, claro —añadió el fraile mientras ejecutaba una mueca llena de ternura.

La primera vez que Hugo de Montcada les acompañó, fue para recorrer la huella que habían dejado los romanos en la ciudad.

—La antigua colonia romana se fundó en tiempos del emperador Augusto —comenzó a explicar el joven—. En aquella época, la ciudad tenía poco más de mil

habitantes y su centro estaba en el punto más alto de una pequeña colina, ubicada precisamente en esta plaza, la de Sant Jaume, por la que estamos paseando ahora. El terreno se cerró con unas murallas que comunicaban al exterior mediante cuatro puertas que se encontraban en los ejes de las principales calles que se cruzaban en el lugar donde se había levantado el foro.

—¿Te refieres a Barcino, verdad? —preguntó Salvador frente a la mirada de admiración de Luna.

—Efectivamente, Barcino. Una ciudad memorable que vio nacer incluso a héroes que encontraron la gloria en Grecia, durante la celebración de los Juegos Olímpicos.

—¿Héroes de Barcelona en Grecia? —se repitió la joven Luna entre risas mientras escuchaba, totalmente absorta, las explicaciones de Hugo.

—El suministro de agua de la ciudad se aseguraba por medio de dos acueductos que transportaban el valioso líquido desde el río Besós y la montaña de Collserola, y aquí podéis ver los restos —añadió el noble mientras señalaba los arcos de una construcción medio destruida que se levantaba al comienzo de la calle del Bisbe. Justo donde aparecía, frente de sus ojos, la explanada de la Catedral.

Durante los días siguientes, los paseos se alargaron hasta bien entrada la tarde y, después de enseñarles los orígenes de la ciudad, el descendiente de los Montcada los condujo por pequeñas plazas y callejones, llenos de encanto y de historia, para descubrirles la ciudad artesana.

En el antiguo Mercadal había el centro de distribución del grano que llegaba por tierra. En las calles y en las plazas de sus alrededores, la plaza de l'Oli y la plaza de les Cols, donde se ofrecían todo tipo de verduras, y la bajada de la Llet, donde se habían abierto tiendas y paradas para comprar todo tipo de productos de alimentación.

Y un poco más allá de aquellos espacios cargados de olores dulces y salados, de colores rojos, amarillos y verdes, también se habían ido concentrando otros mercados donde se vendían tejidos de lana, lana hilada o, incluso, muebles.

A medida que se adentraban en las raíces más profundas de Barcelona, Luna abría su corazón a Hugo de Montcada y, de una manera completamente espontánea, entre paseos y lecciones de historia, la joven también le comenzó a hablar de sus propias vivencias.

Algunas divertidas, otras más oscuras, que el noble, con una delicadeza y un tacto reconfortantes, siempre escuchaba con verdadero interés.

—Lamento mucho la trágica muerte de tu madre —le había dicho Montcada, después de que ella le hablara de aquellos recuerdos tan dolorosos.

Y fue durante uno de aquellos paseos llenos de confesiones mutuas, justo cuando estaban al lado del mar, bajo las murallas, cuando sus miradas se cruzaron.

Por primera vez, los dos encontraron el valor necesario para no apartarlas. Solo estaban ellos dos, sus sentimientos más íntimos y el rumor de un mar y de unas olas que acariciaban suavemente la arena de la playa. No era necesario expresar con

palabras lo que sentían el uno por el otro, pero cuando rozaron la piel de sus manos, ninguno de los dos hizo el mínimo esfuerzo por evitar el contacto.

Al verlo, Salvador se alejó discretamente, para contemplar emocionado la escena.

Los sabios judíos de Montjuïc

Cuando pasados unos cuantos días Luna se atrevió a confesarle a Hugo su intención de convertirse en médico, la perplejidad se reflejó en la cara del noble.

—Es un oficio de hombres —le dijo—. Y no se me ocurre cómo podría ayudarte. Mi influencia no llega tan lejos, Luna, pero conozco a alguien que podría abrirte las puertas a los estudios generales de Medicina.

Y así fue como, de buena mañana, Luna cruzó el portal de Framenors, al lado del convento de los franciscanos, para dirigirse a la parte baja de la Rambla.

Lo que más le sorprendió fue la miseria que había a su alrededor. La zona apenas había sido urbanizada, y aquí y allá podían verse algunas casas tan míseras y pobres como la mayoría de los espíritus que vivían en su interior.

Por allí vagabundeaban marineros, espadachines que por muy pocas monedas se dedicaban a solucionar conflictos entre hombres ricos sedientos de justicia, bergantes y jornaleros que se dejaban caer con la esperanza de encontrar algún que otro trabajo.

Por todas partes se apreciaba un gran murmullo de fondo que provenía de los numerosos grupos de hombres medio borrachos que se jugaban a los dados el poco dinero que poseían, y Luna quiso esquivar discretamente todo aquello que parecía conflictivo, para no llamar la atención.

Después, continuó hasta atravesar el portal de Santa Madrona, al lado de las atarazanas, y a buen paso cruzó los huertos de San Bertrán, donde las tomateras y los manzanos impregnaban el aire de un aroma familiar que enseguida la transportó a su querida Terra Alta.

A medida que la joven ascendía por el camino que serpenteaba por la montaña de Montjuïc, su mente regresó de nuevo al pasado. Y cada paso, cada respiración, cada latido de su corazón le recordaba el sendero que había recorrido en solitario hasta la cima de la montaña de Santa Bárbara, en Horta de Sant Joan.

Antes de llegar a su destino, dedicó unos momentos a contemplar las canteras que habían servido para construir las murallas de la ciudad y, como todavía era temprano, decidió llegar hasta la cima de la montaña para poder contemplar la vista.

Cuando estaba a la altura de la torre de vigilancia de San Ferriol, en medio de la cima, paseó entre la casa del guarda y la masía fortificada que estaba muy cerca, acompañada por los ladridos de los perros que amenazaban de perseguirla.

Pero el esfuerzo había valido la pena, y se quedó un buen rato contemplando la ciudad que se levantaba, imponente, a sus pies: los huertos, en primer lugar, las murallas, las casas, las personas minúsculas como hormigas, los barcos y el mar se fundían en un equilibrio perfecto.

A Luna le costaba entender por qué un grupo de personas tan ilustres la habían citado en un lugar tan lúgubre como un cementerio. Pero ella, acostumbrada a que la vida la sorprendiera con hechos inesperados, acudió puntualmente a la cita organizada por su apreciado Hugo.

El extraño nombre de la montaña tenía unos orígenes bastante controvertidos. Según le había explicado el joven, había quien defendía que el nombre procedía del latín *Mons Iovis*, o monte de Júpiter, pero la versión más extendida era que su procedencia derivaba del hecho de que allí hubiera un cementerio judío.

La necrópolis a la que se dirigía estaba en la cara norte de la montaña. En un pequeño campo situado a un centenar de metros sobre el nivel del mar, desde donde también se tenía una vista privilegiada de la ciudad.

Pero la muchacha esperaba algo muy distinto de lo que se encontró cuando llegó al lugar convenido. Las lápidas habían sido saqueadas hacía mucho tiempo y la vegetación amenazaba con cubrirlo todo con un espeso manto verde.

—¿Te sorprende lo que ves, joven Luna? —Escuchó que le decía una voz a sus espaldas.

—Sí, me sorprende —respondió la joven, mientras se giraba hacia el hombre que le hablaba—. Parece un cementerio abandonado.

—Así es. Este cementerio fue saqueado hace ya muchos días y muchas noches. Pero nosotros nos negamos a aceptar que caiga en el olvido —le dijo un anciano mientras señalaba a media docena de hombres, todos ellos de edad muy avanzada que, con una paciencia y respeto infinitos, arrancaban las plantas que crecían sobre las tumbas.

—¿Sois judíos? —quiso saber Luna.

—Sí, todos nosotros somos judíos.

—Entonces tenemos muchas más cosas en común de lo que me imaginaba...

—¿Qué quieres decir exactamente? —preguntó el anciano mientras, poco a poco, el resto de hombres se les acercaban para unirse a la conversación.

—Pues, que yo también sé lo que es sufrir la intolerancia de la gente hasta unos límites que jamás hubiera podido sospechar.

—¿Y por qué has sido perseguida? —preguntó el hombre.

—Por el simple hecho de existir. Por haber nacido mujer y por ser la heredera de un legado que se ha transmitido en mi familia de generación en generación.

—Entiendo... ¿Y en qué podemos servirte? ¿Qué quieres de nosotros?

—Solo os pido una oportunidad.

—¿Una oportunidad para qué? —quiso saber el más anciano de todos.

—Una oportunidad para que todo lo que he aprendido no caiga en el olvido. Vosotros venís aquí para que la memoria de vuestros antepasados siga viva a pesar del paso de los siglos. Yo deseo lo mismo. Solo eso.

—¿Y qué quieres exactamente?

—Que se me permita hacer la prueba de ingreso a los estudios generales de

Medicina —solicitó Luna con decisión.

—Nos estás pidiendo algo muy difícil de conseguir —dijo el mismo anciano.

—Que sea difícil no quiere decir que sea imposible.

Tras escuchar la petición de aquella joven, los sabios judíos de Montjuïc, los últimos depositarios de unos conocimientos casi olvidados que abrazaban ciencias como la medicina, la alquimia, la astrología y la magia, se retiraron bajo la sombra de los pinos para hablar sobre la petición de Luna.

La deliberación se alargó durante unas horas, y cuando el sol comenzaba a perderse de vista, le pidieron que se reuniera con ellos.

—Luna Aymerich, sabemos muy bien quien eres, y por este motivo hemos aceptado esta reunión. Te hemos escuchado atentamente y queremos comunicarte que, tan pronto como tomemos una decisión, te la haremos saber. Agradecemos tu paciencia y deseamos que la luz siga iluminando tu corazón —comentó uno de los viejos, provocándole una cierta desilusión a la joven.

A Luna le costó dormir aquella noche, pero al lograrlo soñó con su madre, con su pueblo y con el gran lobo blanco. Soñó con el consejo de ancianos que estaban discutiendo su futuro y soñó, con gran sorpresa por su parte, que estaba entre los brazos de Hugo de Montcada, jurándose amor eterno entre besos y caricias.

Cuando el sol llamó a su puerta, se libró de la pereza estirándose como un enérgico felino, y justo cuando ponía los pies en el suelo, se dio cuenta de que sobre la mesita de noche reposaba un sobre lacrado dirigido a su nombre.

Con los ojos todavía medio cerrados por el sueño, rompió el sello de cera y leyó una y otra vez el contenido de la nota:

«Que se cumpla la voluntad de Yahvé. Harás la prueba de acceso».

Eran pocas letras. Solo unas palabras. Pero la alegría que la invadió se transformó rápidamente en un sentimiento de incredulidad cuando se fijó en el extraño símbolo dorado que firmaba la nota.

Para asegurarse de que ya lo había visto con anterioridad, deshizo el hatillo que siempre la acompañaba y miró detenidamente las tapas del Libro de las Esencias.

Su intuición no la había engañado. El símbolo con el que habían firmado la carta que le permitía realizar la prueba de ingreso a los estudios generales de Medicina, era el mismo símbolo dorado que estaba incrustado en las tapas del libro.

Los estudios de Medicina

Cuando al cabo de unos cuantos días Luna llegó a la parte alta de la Rambla, conocida popularmente como la Rambla de los Estudios, se dirigió rápidamente a la casa del Estudio General.

Tras unos momentos de duda, la muchacha se acercó al bedel para preguntarle por el lugar donde se hacían las pruebas de ingreso de Medicina, con la intención, si las aprobaba, de asistir a las clases de los tres catedráticos encargados de impartir el curso.

—¿Qué quieres, muchacha?

—Vengo a hacer la prueba de ingreso a los estudios generales de Medicina.

—Lo lamento, pero eso es imposible. La matrícula no se abre hasta el mes de octubre y, además, disculpa porque no te quiero ofender, pero aquí las mujeres no son muy bien recibidas.

—No me importa. He sido citada a esta hora para hacer la prueba. Si tuvierais la amabilidad de comprobarlo, os lo agradecería —insistió Luna, decidida a no abandonar el lugar sin realizar la prueba.

—Muchacha, no me hagas perder más el tiempo. Te lo ruego —insistió él, amablemente.

Aquello no avanzaba, así que Luna, demostrando una paciencia infinita, optó por mostrarle al hombre la carta que había recibido unos días antes.

Y el bedel, al leer la nota firmada por los tres catedráticos responsables de los estudios de Medicina, tragó saliva:

—Discúlpame un momento, Luna Aymerich. Voy a ver si te pueden recibir ahora mismo —comentó antes de salir como alma que persigue el Diablo, escaleras arriba.

Cuando Luna entró en la sala noble del edificio, se encontró con que la estancia, que tenía una larga mesa de madera y tres sillas, estaba ocupada por unos hombres que Luna identificó rápidamente como los tres catedráticos de los estudios generales de Medicina.

—Entra, por favor —le dijo el hombre que ocupaba el centro de la mesa—. Mi nombre es Pere Joan Grimosachs y estos son mis colegas: Onofre Bruguera y Llorens Benet —añadió mientras señalaba a derecha e izquierda—. Tu caso no es nada habitual, la verdad, pero hay gente muy poderosa que ha insistido para que te escuchemos y seas evaluada para ver si estás capacitada para estudiar aquí. Así que, antes de examinarte, nos gustaría saber más cosas sobre ti. ¿Quién eres en realidad, Luna Aymerich?

Luna supo que no era momento para dejar nada en el tintero, de manera que se

explayó largo y tendido, hablando primero de su propia historia, y después respondiendo durante horas a las preguntas que los catedráticos le planteaban sobre las cuestiones más diversas.

La joven salió a la calle exultante de alegría. Todo había ido bien, muy bien. Y cuando llegó corriendo al palacio donde la esperaban impacientes Salvador y Hugo, les tendió un papel en el que había anotados unos horarios que apenas podían entender.

De 7 a 8, De Simplibus, Galeno.

De 8 a 9, De differentis febrius, Galeno.

De 9 a 10, De differentis morbo, Galeno.

De 10 a 11, Cirugía.

De 2 a 3, Anatomía.

De 3 a 4, De natura humana, Hipócrates.

De 4 a 5, Práctica, Jaime Silvio.

—¿Qué es esto? ¿Qué significa? —preguntaron casi al unísono, Salvador y Hugo, mientras una sonrisa se les empezaba a dibujar en la cara.

—¡Son los horarios de las clases! —exclamó Luna, incapaz de aguantarse durante más tiempo las ganas de compartir la buena noticia—. ¡He sido aceptada como estudiante de Medicina!

La felicidad ocupaba todos los rincones del despacho personal del señor de Montcada, y cuando Luna y Hugo se quedaron a solas —Salvador se había excusado para visitar la capilla de palacio—, sus bocas se fueron acercando lentamente hasta que sus almas se fundieron en un largo beso lleno de ternura.

—Eres mi vida —le dijo Hugo cuando sus labios se separaron—. Y espero que aceptes ser la dueña de mi corazón hasta el fin de mis días.

Salvador, que entraba en aquellos momentos por la puerta, se vio moralmente obligado a regresar corriendo a la capilla para dar de nuevo gracias a Dios y rezar por la felicidad eterna de la pareja.

El hereje quemado

A pesar de la discreción con la que se había tramitado el proceso contra Juan Malet, la noticia de su condena inmediata conmocionó a casi todo el mundo.

A medida que salían a la luz los detalles de todas las atrocidades que había cometido durante sus actuaciones por el sur del país, las muestras de rechazo iban creciendo por todas partes.

Y por ironías del destino, aquel hombre que se hacía llamar maestro, aquel hombre de mirada fría y penetrante que hizo de la tortura y la muerte su lucrativo oficio, había sido condenado por la inquisición de Barcelona a morir en la hoguera.

El inspector Francisco de Vaca se sentía satisfecho. Había tenido que llamar a muchas puertas, y al abrirlas había descubierto muchas víctimas inocentes de los horrores y del sufrimiento que el cazador de brujas había provocado en nombre de un Dios que, obviamente, no era el suyo.

El testimonio de Luna había sido fundamental para poder conseguir su objetivo y, a pesar de que al inspector le había resultado imposible incriminar a Diego Sarmiento, había conseguido negociar una solución que, aunque solo le satisfacía a medias, era mejor que nada.

El día señalado, la plaza del Rey se llenó de gente desde primera hora de la mañana. Muchos se habían acercado movidos por la curiosidad, y a todos les resultaba extraño que, alguien que durante tanto tiempo había trabajado para la Inquisición, estuviera condenado por brujería.

Era indudable que dentro de la temida Inquisición se vivían tiempos difíciles, y muchos de sus nuevos integrantes por fin habían encontrado el coraje necesario para cuestionar los métodos que se habían utilizado durante siglos.

Luna, Salvador y Hugo de Montcada se situaron en uno de los rincones de la plaza, allí donde todavía quedaban algunos espacios libres, y observaron con atención la llegada del condenado vestido con el sambenito. A la joven se le despertaron mil y un recuerdos desagradables que la empujaban a huir, como si con la distancia pudiera borrar su memoria, pero luchó para convencerse de que lo que estaba a punto de suceder era una cuestión de justicia, y no la farsa que habían tenido que soportar ella y su madre.

—Juan Malet, en el día de hoy haremos cumplir la condena. Seréis atado al poste que preside el centro de la plaza y dejaremos que las llamas os consuman hasta la muerte —dijo solemnemente el inspector Francisco de Vaca—. ¿Tenéis algo que decir antes de que se cumpla la condena?

—¡Las debería haber matado a todas con mis manos! —respondió Malet lleno de

odio—. ¡No debería haber dejado a nadie con vida! —añadió mientras los gritos de reprobación se oían cada vez con mayor fuerza.

Al escuchar los reproches y amenazas de Juan Malet, el inspector fue el primer decepcionado por la respuesta. Era indudable que, con hombres como aquel, sería muy complicado que la institución a la que pertenecía pudiera llegar a ser vista de otra manera entre sus convecinos. Desgraciadamente, y por motivos evidentes, la asociaban con la muerte de muchas víctimas inocentes.

«Confío y deseo que a partir de hoy, con este acto, comiencen a cambiar las cosas», pensó mientras ordenaba al verdugo que encendiera el montón de leña.

Malet, mientras retaba con la mirada al verdugo, que se le iba acercando lentamente, todavía tuvo la arrogancia de lanzar un último vistazo a los hombres y mujeres que habían acudido a la plaza del Rey para presenciar su muerte.

Y, a pesar de que en un primer momento pensó que la imaginación le estaba gastando una broma pesada, cuando se fijó bien confirmó que, entre los presentes, estaban Salvador y Luna. Aquella joven con quien tan bien se lo había pasado mientras la torturaba y que ahora presenciaba, con cara inexpresiva, que era él quien estaba a punto de morir quemado.

—¡Putá! —le gritó mientras las llamas le empezaban a encender la ropa—. ¡Eres tú quien debería morir y no yo! —añadió mientras un intenso y desagradable olor a carne quemada comenzaba a inundar el ambiente.

Pero apenas tuvo tiempo de nada más, porque, a pesar de sus intentos por deshacerse de las cuerdas que le mantenían atado al poste, le resultó imposible escapar a su destino.

Mientras se agitaba con violencia y lanzaba mil improperios, el verdugo, ahora convertido en víctima, moría entre grandes sufrimientos ante la mirada vacía de todos los presentes.

—Vayámonos de aquí —pidió Luna a sus amigos antes de que el cuerpo de su agresor se quemara del todo.

Algo más tarde, mientras los verdugos retiraban los restos carbonizados de Juan Malet, un grupo de soldados armados escoltaban a Diego Sarmiento hasta el barco que debería conducirlo a su obligado exilio.

—Habéis salvado la vida esta vez, pero si regresáis, tened por seguro que nada ni nadie podrá evitar que seáis ajusticiado. Tenéis mi palabra —le había advertido el inspector Francisco de Vaca, después de asistir a su cita obligada de la plaza del Rey.

Tan pronto como llegó al palacio, Luna se retiró a su habitación. Ni tan siquiera quiso comer durante el resto del día. Sin quererlo, se habían vuelto a abrir las profundas heridas que aún necesitaba cerrar.

«El tiempo lo cura todo», se dijo a sí misma antes de quedarse medio dormida.

Y efectivamente, solo el paso del tiempo iba a poder cicatrizar todo aquel dolor.

Cuando despertó al día siguiente, se juró solemnemente entregarse en cuerpo y alma a su nueva vida, y encerró, en uno de los cajones más remotos de su memoria, todos aquellos malos recuerdos que la mantenían anclada a un pasado gris y oscuro.

La despedida

Cuando Luna y Hugo le comunicaron a Salvador su intención de contraer matrimonio muy pronto, el fraile sintió que el corazón se le dividía en dos.

Era evidente que la futura boda de sus amigos le llenaba de satisfacción, pero por otro lado tuvo claro que ya no podía esconder más tiempo las órdenes que había recibido del padre provincial de su propia orden.

—¿Salvador, estás bien? —le preguntó Luna cuando se dio cuenta de la mala cara que tenía su amigo.

—Sí, Luna, estoy bien y soy muy feliz, me alegro de vuestra noticia. Pero hace unos cuantos días que no consigo conciliar el sueño por una razón... Luna, yo... Yo también tengo algo importante que decirte —empezó a confesar el fraile.

—Dime, por favor. ¿Qué sucede?

—Luna, mis superiores me han asignado un nuevo destino.

—Pero, esta es una buena noticia, ¿verdad Salvador?

—No, Luna, no lo es. El último día de primavera debo embarcar rumbo a Cerdeña.

La joven apenas supo qué decir. Ahora entendía el porqué de aquellas largas noches en vela y la mala cara que acompañaba a su amigo del alma.

—¿Y eso qué significa, Salvador? —preguntó Luna para confirmar lo que ya sabía.

—Pues que nuestros caminos deberán separarse muy pronto, pequeña. Esto es lo que significa —respondió el fraile mientras se acercaba a Luna para fundirse en un sincero abrazo de amistad.

Cuando más tarde la muchacha se lo explicó a Hugo, a este se le ocurrió lo que a Luna le pareció una idea genial. Sin duda era el mejor homenaje que podían hacer a quien se había convertido en una presencia fundamental para sus vidas.

—¿Crees que lo aceptará? —preguntó Luna a su prometido.

—Deseo y confío en que así lo haga.

El día de la boda, la iglesia de Santa María del Mar se vistió de gala, tal como requería la ocasión. Las flores frescas, recién cortadas, tapizaban con una gama de colores sorprendentes el paseo del Born, la avenida por donde los prometidos debían hacer su entrada triunfal a la casa de Dios y, a ambos lados de la calle, una multitud

enfervorizada de alegría, esperaba el momento oportuno para cubrir a los novios con los pétalos de rosas rojas y blancas que habían traído expresamente de toda la ciudad.

Cuando la novia llegó, el noble Montcada se quedó fascinado por la belleza que irradiaba. El vestido blanco contrastaba con el color tostado de primavera que su piel había ido adquiriendo a medida que paseaban por la ciudad.

Pero si algo cautivaba todas las miradas era la diadema de piedras preciosas que llevaba Luna, y que brillaba con toda su intensidad bajo los rayos del sol.

—Parece una diosa —susurraba la gente—. Y corre el rumor de que la han aceptado en los estudios generales de Medicina —añadían con admiración.

En el momento en que Hugo y Luna entraron en la iglesia, abarrotada por la presencia de las personalidades más relevantes de la ciudad, se quedaron prendados por el magnífico aspecto que lucía Salvador en aquel día tan especial.

El modesto fraile había quedado gratamente sorprendido por el atrevimiento de la propuesta que le habían hecho sus amigos. Pensaba que, a causa del noble linaje de Hugo de Montcada, su boda sería oficiada por el mismo obispo de Barcelona.

—Lo arreglaremos, Salvador, tú no te preocupes —fue la respuesta que recibió cuando expuso la duda razonable que le rondaba por la cabeza.

Y era evidente que lo habían podido solucionar sin que ninguna de las autoridades religiosas de la ciudad se sintiera ofendida.

Aunque el momento de mayor emoción fue cuando, después de que los novios se dijeran el «sí, quiero» que los convertía en marido y mujer, el fraile se saltó cualquier protocolo establecido, fundiéndose en un inmenso abrazo con sus amigos, en el mismo altar mayor de la iglesia de Santa María del Mar.

Y lo hizo ante las miradas cómplices de todos los presentes, que poco a poco se dejaron ir para acompañar con un gran aplauso de alegría aquella magnífica muestra de amistad que, a pesar de la distancia, nadie tendría nunca la osadía de cuestionar.

El último día de primavera despertó lleno de nubes que amenazaban con descargar en cualquier momento, pero a medida que pasaban las horas, se dispersaron para dejar paso a un sol pleno y decidido que ya se empezaba a vestir de verano sin complejos.

Salvador, mientras el barco se alejaba lentamente de la costa, permanecía inmóvil, con la mirada fija en Luna y su esposo.

Tantos pensamientos y emociones rondaban por su cabeza, que había sido incapaz de pronunciar ni una sola palabra en el momento de la despedida.

Solo se había fundido en un sentido abrazo con su amiga y juntos habían dejado que llegara el momento de embarcar, sin necesidad de decirse nada más.

Pero ahora que empezaba a acumularse la distancia, sentía que, de repente, las palabras se le agolpaban en la boca.

—¡Siempre te querré! —gritó Salvador con todas sus fuerzas mientras corría por

la cubierta de la nave para no perder de vista a Luna—. ¡No lo olvides jamás! —añadió mientras las lágrimas se le empezaban a escapar.

—¡Siempre te querré! —respondió Luna con la voz entrecortada por la emoción.

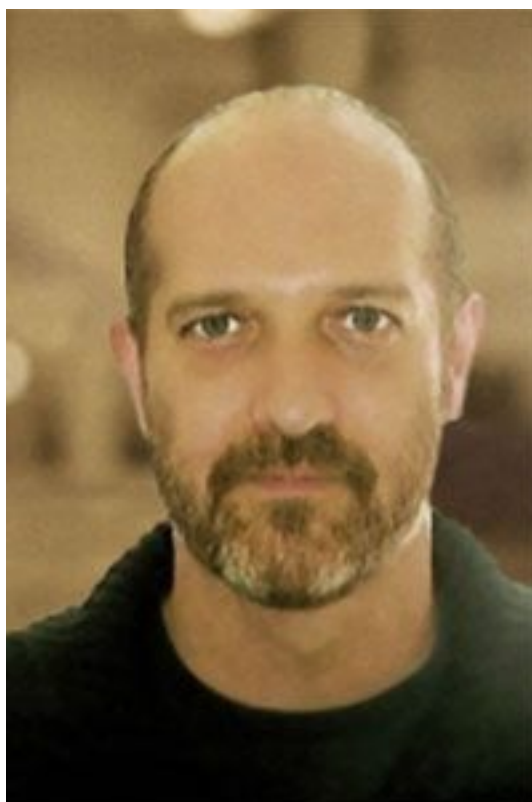
El fraile estaba sonriente, mientras apretaba contra su pecho la bolsa que le había dado Luna antes de partir. Cuando la abrió, curioso, se quedó de piedra al comprobar que tenía entre las manos el Libro de las Esencias.

«Estoy convencida de que no existirá jamás custodio más digno que tú», decía la nota que acompañaba el gran tesoro.

Mientras Salvador estallaba en una gran carcajada, Luna sintió la necesidad de llevar una de sus manos al vientre, para sentir cómo la vida empezaba a despertar en su interior.

La joven y su esposo se quedaron cogidos de la mano hasta que las velas del barco se hicieron invisibles a sus ojos y, antes de emprender el camino de regreso a casa, se fundieron en un beso que María y Martín no pudieron dejar de aplaudir desde el cielo.

Y aunque resulte difícil de creer, mientras se besaban, a Luna le pareció escuchar, como traído por el rumor de las olas de aquel mar que acariciaba las playas de su ciudad, el aullido de un lobo que también deseaba compartir con ellos aquel mágico instante cargado de felicidad.



DAVID MARTÍ MARTÍNEZ (Barcelona, 1970), humanista de formación, trabajó durante muchos años como profesor, consultor y responsable de proyectos relacionados con el uso de las nuevas tecnologías para empresas, organismos públicos y entidades sin ánimo de lucro. Pero un buen día decidió dejarlo todo, cambiar de vida y dedicarse a la escritura y a dar conferencias.

En 2008 publicó el libro *La (r)evolución interior* y en 2010 *Les bruixes d'Arnes*, su primera novela, todo un éxito entre los lectores, y en 2012 *La metgessa de Barcelona*, también con gran acogida por parte del público. En 2013 nos sorprende con *El guerrero dormido*, una novela inspirada en hechos reales que nos hace creer en la magia de la vida y de la que cualquiera podría ser el protagonista.

Actualmente presenta y dirige *Club Dante*, el programa de libros de RNE Radio 4.